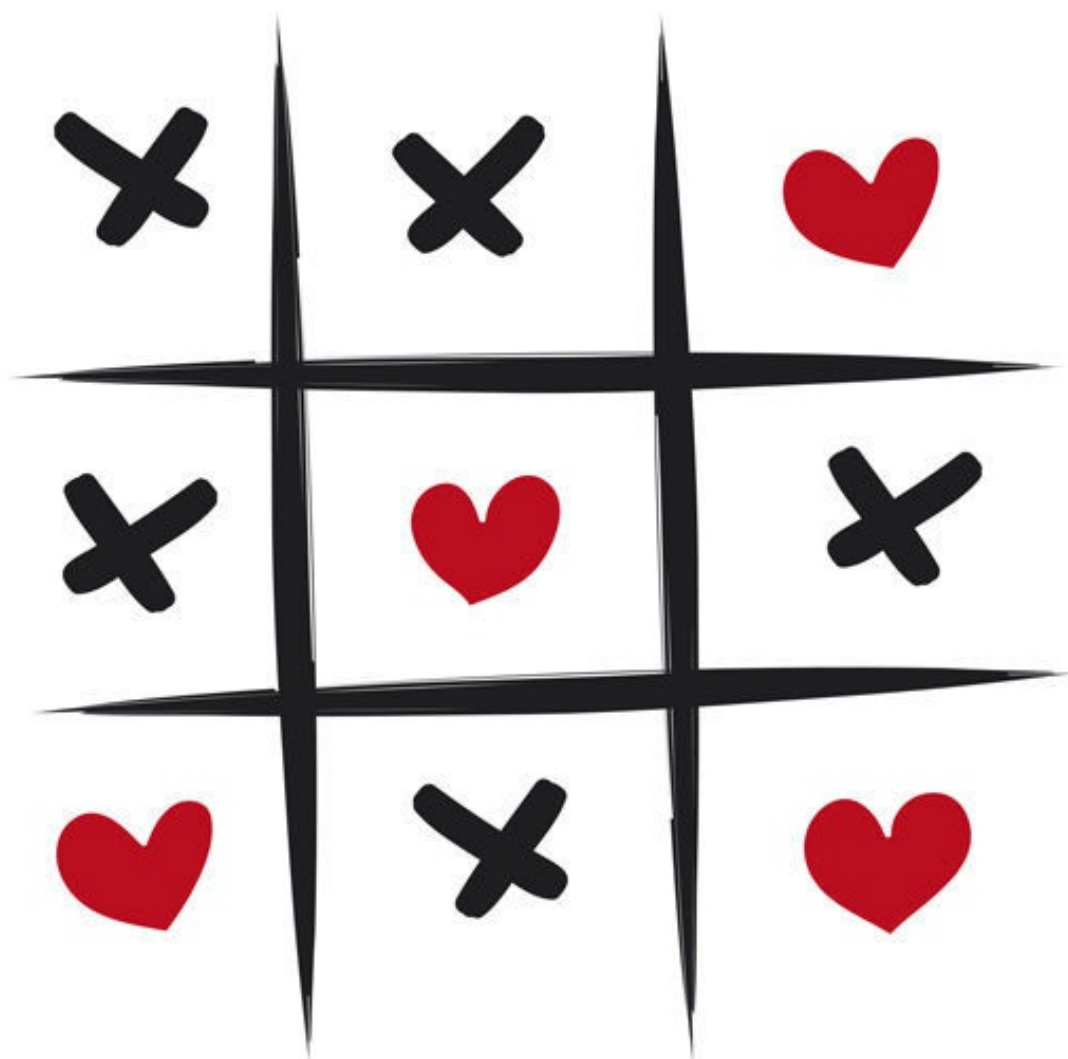


JOSÉ PEDRO MANGLANO

EL AMOR

Y OTRAS IDIOTECES



freshbook

José Pedro Manglano
EL AMOR Y OTRAS IDIOTECES



freshbook.es

«El amor es como el pan: si no es del día, se queda duro». Así comienza el Decálogo para noveles en el amor, epílogo de una obra de José Pedro Manglano que nos engancha desde el comienzo.

El autor va desmontando una a una las ideas que sobre la libertad y las relaciones han arraigado en los últimos años, y recupera una concepción del amor más verdadera y humana.

En un libro ágil, fácil de leer y ameno, José Pedro Manglano huye de teorizar en abstracto e ilustra sus planteamientos con personajes de la literatura contemporánea. Plantea al lector una serie de preguntas sobre la naturaleza del amor: ¿qué es lo que amo cuando digo que amo? ¿Cómo puedo identificar el amor y diferenciarlo de las sensaciones subjetivas que despierta en mí otra persona? ¿Qué sentido tiene el matrimonio, si lo importante ya lo tenemos nosotros solos?

«En amor solo hay dos calificaciones: sobresaliente o suspenso». Con habilidad y maestría, José Pedro Manglano nos propone un arte de amar moderno, escrito con sabiduría y buen humor, que no solo ayudará a conseguir el amor, sino, lo que es más importante, a mantenerlo.

A Sofía y Vicente.

*A Sofía y Paco, Kankes y Antonio José,
Teresa y Vicente, Maruja y Miguel,
Xame y Nano, Carolina y Fran,
Marian y Pablo, Sofi y Víctor,
María y Vicente, Teisi y Vicente.*

*A María y Emiliano, Blanca y Pablo,
Almudena y Jon, Nerea y Pablo,
Ana y José, Paloma y Nacho,
Teresa y Alfonso, Menchi y Luis,
Paloma y Luis, Blanca y Josedaniel,
Inma y Enrique, Cristina y Quique,
Pilar y Martín, Maribel y Carlos,
Cecilia y Juan, Begoña y Urkiol,
Miriam y Aitor, María y Carlos,
Isa y Borja...*

A Mat.

INTRODUCCIÓN

Estamos en las primeras décadas del siglo XIII. En Teruel suenan campanas de boda; es el sonido que recibe a un caballero que, exhausto, llega a la villa por la cuesta de la Andaquilla.

Se trata del popularmente conocido como Diego de Marcilla (Juan Martínez de Marcilla según los textos históricos), que regresa rico y famoso tras tomar parte en múltiples batallas.

Diego (o Juan) está enamorado desde niño de Isabel de Segura con un sentimiento correspondido. Pero mientras que ella es de una familia importante, él es hijo segundo de otra más modesta. Sin embargo, el padre de Isabel accede a darle cinco años de tiempo para enriquecerse, tras los cuales y con este requisito podrá desposar a Isabel.

Corre el año 1217. El mismo día que cumple el plazo, Diego regresa a Teruel.

Al poco de llegar, es informado de que el ambiente festivo y engalanamiento de la villa se debe a que Isabel de Segura acaba de desposarse. La presión de la familia y un pretendiente muy principal han acelerado el enlace.

Los sentimientos de Diego son contradictorios: cólera, pesar, desazón, rabia... Decide ir al encuentro de su amada, para escuchar de su boca que se ha casado con Pedro Fernández de Azagra, hermano del señor de Albarracín.

Le pide un beso a Isabel, pero ella se niega porque ahora pertenece a otro hombre. Diego no resiste la negativa, es como si algo se le rompiera por dentro. Cae fulminado al suelo. Ha muerto.

Al día siguiente, las campanas de boda han trocado sus tañidos por los de funeral. Una comitiva triste y silenciosa transporta el cadáver del infortunado amante depositándolo en el templo. Cuando van a comenzar los funerales, sale de entre el gentío una mujer con la cara velada que se acerca al fallecido: es Isabel de Segura.

Destocándose, se acerca a su amado para darle el beso negado en vida, lo deposita en sus fríos labios y se desploma muriendo sobre él. La tradición asegura que murieron de amor, por eso fueron enterrados juntos, y juntos han permanecido hasta hoy.

Así nos cuentan fuentes turolenses la historia de Isabel de Segura (web: *Fundación Bodas de Isabel*). La tradición nos ha transmitido, también, el veredicto popular: «Los

amantes de Teruel, tonta ella y tonto él». Así, para el pueblo, amor e idiotez parecen estar emparentados.

Es cierto que mucha *lógica* no tienen esta y otras historias de amor. Menos mal — piensan algunos— que el tiempo suele sacar de este estado de idiocia a los enamorados para recuperar el «sentido común», dejándoles como herencia un «sano» escepticismo que, por fin, les devuelve a la «realidad».

Hablando sobre el amor con escritores de novelas, muchos me comentaban que más bien sus libros tratan de los desengaños del amor, de su imposibilidad, de ese sueño y su despertar. Y hablando con pensadores «valientes» de nuestros días, confesaban que el amor es poco más que un consuelo que buscamos los hombres para hacer más soportable esta vida; la razón de la vida no sería el amor —nuestra mayoría de edad ilustrada no puede seguir creyendo en esas abstracciones, que nos hacen huir de la realidad de manera infantil y cobarde— sino en la ciencia, que sí tiene capacidad de procurar mayor felicidad al hombre con sus pasos seguros.

Sí, el amor parece una idiotez. Matizaría: *un tipo* de idiotez. Si el título que presenta estas páginas dice «el amor y otras idioteces» es por entender que el amor es una idiotez aparte, otro género de idiotez.

Sí, de acuerdo con los diccionarios, el idiota es el débil mental que cortó su desarrollo intelectual a temprana edad, el amante —el verdadero amante— es un robusto mental que cortó su desarrollo racional en una de las dimensiones de su vida. El amor sí que aparca la razón, ¡y ay de aquel que no lo haga! Es condición de supervivencia.

El amor existe, sí. Pero existe sólo en aquellos que son capaces de introducirse en una experiencia *no-racional*. El amor se ahoga si se le encapsula en la razón. El amor corresponde a la persona entera: no es sólo razón, ni sólo sentimiento, ni sólo voluntad... Aunque pueda molestar a nuestra sensibilidad cultural, el amor tiene *su propia razón*: «son cosas del amor», solemos decir. Sí, el amor, esa realidad misteriosa y corporal, humana y divina, enajenante y personalísima, esclavizante y liberadora... tiene sus cosas: encarna sin remilgos las mayores paradojas de la existencia humana.

En estas páginas hablaremos de seis claves que nos ayudarán a una buena gestión del propio amor, una guía para no perder a quien tú quieres. Seis llaves para entrar en el misterioso hecho del amor, llaves en forma de palabra: *ego, amor, pareja, cuerpo, estabilidad, felicidad*. Esas seis palabras significan cosas muy distintas según la filosofía con la que cada uno haya formateado su «cabeza». A cada palabra dedicamos un capítulo.

Está claro que todos hablamos de pareja, y que en toda relación interviene el cuerpo y la sexualidad, pero... qué sea una pareja no está tan claro; y cómo hacer para que el cuerpo una y no separe, tampoco.

¿Y qué es lo que amas cuando dices que amas? ¿Lleva el amor el sufrimiento en sus

entrañas, o se puede y debe evitar? ¿Cuáles son las perspectivas del amor: el sufrimiento o la felicidad?

Con el fin de que cualquiera pueda encontrarse retratado en las ideas aquí tratadas, recurriremos a la literatura. Los protagonistas de cada una de las novelas se rige por un modo de entender estas seis palabras. Según se emplee una llave u otra, el lugar en el que entramos es distinto.

«Con lo fácil que podría ser todo». Así suena el lamento del agotado amante que no sabe muy bien por qué hay que complicarlo todo. No cabe duda de que con algunas «claves» se hace más fácil, entender por qué no es tan fácil. Sólo quien conoce el significado de esas seis palabras, o mejor, los distintos modos de entenderlas, logrará una relación segura que evitará perder a quien ya quiere.

Ojalá, con la ayuda de este libro, algunos puedan lograr *entontecer* de amor.

CAPÍTULO 1

TODO DEPENDE DEL *YO* CON QUE SE MIRE

El *yo* que ama

La mirada de quien se cree listo es distinta a la de aquel que se considera torpe; la del chulo, distinta a la del inseguro, y la del tímido a la del extrovertido. El modo en que nos percibimos a nosotros mismos determina nuestra manera de actuar.

Vamos a hablar del amor, una de las más importantes relaciones que se establecen entre seres humanos, en la que un *yo* establece un vínculo con otro *yo*. Éste es el punto de partida: amante y amado son dos *yoes*, uno y otro.

Pretender dibujar el amor sin bañar el pincel en el óleo del *yo* significaría dejar el lienzo en blanco. La tarea más urgente será la de saber qué es *ser un yo*.

Decimos «yo» desde que empezamos a hablar, y somos *yo* desde el primer respiro. Pero, ¿qué es y en qué consiste ser un *yo*? ¿Qué es lo que realmente nos constituye como tal? ¿Qué cosas de las que encontramos en nuestro interior *son yo* y cuáles *pertenecen* a él? ¿Dónde se encuentra la línea que separa aquellas realidades personales importantes de aquellas otras que son secundarias para el *yo*?

En nuestro ambiente cultural encontramos fundamentalmente dos propuestas de lo que es el *yo*. Son claramente distintas. Y como quien toma el camino que tiene ante sus pies llega a un lugar distinto al que escoge el camino que se abre a sus espaldas, así vivirá un amor distinto quien entienda el *yo* de un modo u otro. Cada uno se levanta sobre una filosofía concreta, pero nosotros lo vamos a ver mejor hecho vida en

personajes de la literatura actual.

La chica y la autoestopista

El escolar que tan sólo pretende aprobar matemáticas busca los trucos para resolver los problemas, sin importarle demasiado la teoría que hay detrás. Entender la explicación de por qué las cosas son como son no parece despertarle interés. La línea que recorre la teoría parece no cruzarse nunca con esa otra que dibuja lo que le interesa. «Basta de teorías», parece gritar, «lo que me interesa es la práctica». Algo parecido puede ocurrir con el amor. No es raro pensar que cada uno ama como le parece, y que no hay nada que saber, ninguna teoría, detrás de la práctica del amor. Importante error.

Milan Kundera, en su obra «El falso autoestop»¹, desdobra a uno de sus personajes, conduciéndolo hábilmente a comportarse según los dos modos de entender el *yo*, ofreciéndonos sobre el mismo lienzo los marcados contrastes de estas dos concepciones.

No conocemos el nombre de ella: Kundera nos habla sencillamente de «la chica». Sabemos que va de viaje con su novio. Al autor le bastan pocas palabras para presentárnosla, y lo hace con la voz del chico:

«Lo que más apreciaba de la chica que estaba sentada a su lado era precisamente aquello que hasta entonces había encontrado con menor frecuencia en las mujeres: su pureza».

Sin embargo, ella se siente incómoda y rara por ser así:

«Ella sabía que la vergüenza que sentía era ridícula y pasada de moda. En el trabajo había podido comprobar muchas veces que la gente se reía de su susceptibilidad y que la provocaban a propósito. Sentía siempre vergüenza anticipada sólo de pensar que iba a darle vergüenza. Con frecuencia deseaba poder sentirse libre dentro de su cuerpo, despreocupada y sin angustias, como lo hacía la mayoría de las mujeres a su alrededor. Hasta había llegado a inventarse un sistema especial de convencimiento pedagógico: se decía que cada persona recibía al nacer uno de los millones de cuerpos que estaban preparados, como si le adjudicasen una de las millones de habitaciones de un inmenso hotel; que aquel cuerpo era, por tanto, casual e impersonal; que era una cosa prestada y hecha en serie. Lo repetía una y otra vez, en distintas versiones, pero nunca era capaz de sentir de ese modo. Aquel dualismo del cuerpo y el alma le era ajeno. Ella misma era excesivamente su propio cuerpo, y por eso siempre lo sentía con angustia.

»Con esa misma angustia se había aproximado también al joven a quien había conocido hacía un año y con el que era feliz quizá precisamente porque nunca separaba su cuerpo de su alma y con él podía vivir *por entero*. En aquella indivisión residía su felicidad, sólo que tras la felicidad siempre se agazapaba la sospecha, y la chica estaba

llena de sospechas. Con frecuencia pensaba que las otras mujeres (las que no se angustiaban) eran más seductoras y atractivas, y que el joven, que no ocultaba que conocía bien a aquel tipo de mujeres, se le iría alguna vez con alguna de ellas. (Es cierto que el joven afirmaba que ya estaba harto de ese tipo de mujeres para el resto de su vida, pero la chica sabía que él era mucho más joven de lo que pensaba). Ella quería que fuese suyo por completo y ser ella por completo de él, pero con frecuencia le parecía que cuanto más trataba de dárselo todo, más le negaba algo: lo que da precisamente el amor carente de profundidad y superficial, lo que da el *flirt*. Sufría por no saber ser, además de seria, ligera».

Así es la chica, y ésta es su preocupación: independizarse de su cuerpo. Con habilidad, Kundera encuentra el modo de ofrecer la posibilidad de que la chica sea otra: mientras el joven pone gasolina, ella se aleja paseando por la carretera; cuando ve que se acerca el coche, hace autoestop, el joven la recoge, la chica se olvida de sí misma y se entrega a desempeñar *un papel*. Así será, por un rato, la que *pretende* ser.

«¿Su papel? ¿Cuál? Era un papel de literatura barata. Una autoestopista había parado un coche, no para que la llevase, sino para seducir al hombre que iba en el coche; era una seductora experimentada que dominaba estupendamente sus encantos. La chica se compenetró con aquel estúpido personaje de novela con una facilidad que a ella misma la dejó, acto seguido, sorprendida y encantada.

»Y así iban en coche y charlaban; un conductor desconocido y una autoestopista desconocida».

Paran a cenar en un restaurante, y la ficción continúa:

«Cuando terminó el tercer vodka con soda, la chica se levantó y dijo con coquetería:

»—Perdone.

»El joven dijo:

»—¿Puedo preguntarle adónde va, señorita?

»—A mear, si no le importa —dijo la chica y se alejó por entre las mesas hacia una cortina de terciopelo.

»Estaba contenta de haber dejado estupefacto al joven con aquella palabra que —a pesar de su inocencia— nunca le había oído decir: le parecía que nada reflejaba mejor al tipo de mujer a la que jugaba que la coquetería con la que había puesto el énfasis en la mencionada palabra: sí, estaba completamente satisfecha; aquel juego le entusiasmaba; le hacía sentir lo que nunca había sentido: por ejemplo aquella *sensación de despreocupada irresponsabilidad*.

»Ella, que siempre había tenido miedo de cada paso que tenía que dar, de pronto se sentía completamente suelta. Aquella vida ajena dentro de la que se encontraba era una vida sin vergüenza, sin determinaciones biográficas, sin pasado y sin futuro, sin ataduras; era una vida excepcionalmente libre. La chica, siendo autoestopista, podía

hacerlo todo: todo le estaba permitido; decir cualquier cosa, hacer cualquier cosa, sentir cualquier cosa».

La situación empezó a molestar al joven:

«Todo aquello era un juego raro. La rareza consistía, por ejemplo, en que el joven, aunque había asumido estupendamente la función de conductor desconocido, no dejaba de ver en la autoestopista desconocida a su chica. Y eso era precisamente lo más doloroso [...].

»Lo peor era que la adoraba más que la amaba; siempre le había parecido que su ser sólo era *real* dentro de los límites de la fidelidad y la pureza y que más allá de esos límites simplemente no existía; que más allá de aquellos límites habría dejado de ser ella misma, tal como el agua deja de ser agua más allá del límite de la ebullición. Ahora, al verla trasponer con natural elegancia aquel horrible límite, se llenaba de rabia».

«El joven la miraba y trataba de descubrir, tras la expresión lasciva, los familiares rasgos de la chica, a los que amaba con ternura. Era como si mirase dos imágenes metidas en un mismo visor, dos imágenes puestas una encima de otra y que se transparentasen la una a través de la otra. Aquellas dos imágenes que se transparentaban le decían que en la chica había *de todo*, que su alma era terriblemente amorfa, que cabía en ella la fidelidad y la infidelidad, la traición y la inocencia, la coquetería y el recato; aquella mezcla brutal le parecía asquerosa como la variedad de un basurero. Las dos imágenes seguían transparentándose la una a través de la otra y el joven pensaba en que la chica sólo se diferenciaba de las demás superficialmente, pero que en sus extensas profundidades era igual a otras mujeres, llena de todos los pensamientos, las sensaciones, los vicios posibles, dándoles así la razón a sus dudas y a sus celos secretos; que lo que parece un perfil que marca sus límites como individuo es sólo una falacia que engaña al otro, a quien la mira, a él. Le parecía que aquella chica, tal como él la quería, no era más que un producto de su deseo, de su capacidad de abstracción, de su confianza, y que la chica *real* estaba ahora ante él y era desesperadamente *extraña*, desesperadamente *ambigua*. La odiaba».

Cualquiera de nosotros tiene también la posibilidad de desdoblarse, es decir, de entenderse, de ser y de obrar de dos modos distintos. Quizá el rasgo de mayor contraste entre ambas maneras de ser se encuentre en el binomio unidad-dualismo: mientras que la chica es una, en la autoestopista hay dos. Me explico.

La chica se entiende a sí misma como *un todo* («Ella misma era excesivamente su propio cuerpo»); ser así le posibilita amar de un modo que le hace feliz («con el que era feliz quizá precisamente porque nunca separaba su cuerpo de su alma y con él podía vivir *por entero*»); ser ella misma siempre y en todo confiere seriedad a todo lo que hace.

La autoestopista, sin embargo, conquista —no le surge natural— un dualismo

mediante el cual logra *impersonalizar su cuerpo*. No quiere que éste le comprometa. Quiere entender que ella no es únicamente cuerpo, y consigue liberarse de él, de manera que lo puede usar con soltura, alcanzando la deseada y cómoda «sensación de despreocupada irresponsabilidad». Sin embargo, no cae en la cuenta de todas sus consecuencias: ahora su cuerpo —suyo pero no ella— ya no le sirve para entregarse. Se siente libre porque puede hacer cualquier cosa, sentir cualquier cosa, decir cualquier cosa. Pero el joven la encuentra difícil de amar, pues encuentra que «su alma era terriblemente amorfa».

La autoestopista y el problema del amor-sirope

Cada personaje de la literatura es la creación de su autor. El escritor, creador de habitantes del mundo del papel, levanta en cada protagonista un *yo*. En el personaje de la autoestopista vemos reflejado el modo más común de entender al hombre en nuestra cultura. En filosofía se habla de *individuo*.

El individuo se entiende a sí mismo como un ser *atomizado*. Cuerpo, sentimientos, pensamientos, pasiones, ilusiones, relaciones... son como átomos; realidades que cada uno encontramos en nuestro interior, ligadas de algún modo a nuestras vidas, pero de alguna manera independientes de nosotros mismos e inconexas entre sí. Por eso la autoestopista es aquella que logra entender y sentir verdaderamente que su cuerpo es una de las tantas partículas que están con ella, y para lograr sentirse atomizada «se decía que cada persona recibía al nacer uno de los millones de cuerpos que estaban preparados, como si le adjudicasen una de las millones de habitaciones de un inmenso hotel; que aquel cuerpo era, por tanto, casual e impersonal; que era una cosa prestada y hecha en serie». Todo se concentra y pulula sin ton ni son en torno al *yo*.

Así se percibe el protagonista de Luis Landero, el gran Faroni, la mañana del 4 de octubre en la que se inician los recuerdos que recoge la novela:

«Cuando al fin oyó los pasos de palo en la escalera, abrió los ojos y reconoció por entre la persiana la luz del otoño. Entonces recordó con exactitud su vida, tal como la dejara la noche anterior, y aunque se remontó al pasado buscándole un sentido que lo redimiese del presente y lo justificase en aquella hora decisiva, muy pronto volvió a comprobar que su existencia estaba hecha de fragmentos que no encajaban entre sí, y todo cuanto fuese buscarles un orden equivaldría siempre a un juego solitario de azar, donde todo se pierde o se gana pero donde al final se deshace el orden de las piezas y se comienza de nuevo, una y otra vez. “Es como intentar tachar una equis, con pluma o espada”, se dijo, y en ese instante el presente se le desplomó encima con un derrumbe de instrumentos de música»².

Un conglomerado carente de unidad, falto de orientación, sin una conciencia e intimidad que protejan su identidad. El novio de la autoestopista lo ha percibido enseguida, y lamenta «que la chica *real* estaba ahora ante él y era desesperadamente *extraña*, desesperadamente *ambigua*».

El individuo —la autoestopista— se entiende a sí mismo como una anarquía de átomos que le componen, sin orden ni concierto entre ellos. ¿A qué se debe esto? ¿Qué consecuencias tiene? ¿En qué se refleja? Recordemos que cualquier experiencia de amor queda determinada por la forma de entenderse a uno mismo; lo que nos resulta difícil es saber cómo nos entendemos.

Lo que pretende la autoestopista es poder decir y sentir el recurrido eslogan: «Con mi cuerpo hago lo que quiero». El pronombre posesivo «*mi*» siempre designa una relación de pertenencia, pero admite sentidos diversos. Cuando hablo de *mi* país lo empleo en sentido distinto a cuando lo aplico a *mi* abuela o a *mi* perro o a *mis* zapatos. ¿En qué sentido se usa en «Con *mi* cuerpo.»? Si con él «hago lo que quiero», se entiende que el cuerpo es propiedad y posesión mía, de la que dispongo absolutamente. El cuerpo es mío, pero no soy *yo*. *Yo* y *el cuerpo* somos cosas distintas: el cuerpo es como un traje que viste el *yo*, algo superpuesto, propiedad suya, de lo que dispone —por qué no— a merced de sus caprichos.

Ante la noticia de un personaje público, líder religioso, que desvelaba ser transexual, la prensa recogía la opinión de una vecina: «Cada uno puede hacer con su vida lo que le venga en gana. Mi lema es vive y deja vivir. Cada uno es como es y hace con su vida lo que quiere hacer».

Una persona nace con un sexo, pero por los motivos que sean, prefiere realizar su vida con el contrario.

¿Qué hacer? «Vive y deja vivir. Cada uno es como es y hace con su vida lo que quiere hacer», como decía la vecina. Esto es: si te gusta el otro sexo, y puedes cambiarlo, ¿qué te lo impide? Dentro de lo que te sea posible, haz con tu sexo lo que quieras, porque es tuyo. Tu más profunda verdad no está comprometida con ser hombre o mujer. Tu *yo* no es sexuado: el sexo lo puedes escoger. El *yo* se encuentra en un nivel de profundidad mucho mayor que la sexualidad.

De alguna manera, igual que el *yo* tiene un par de zapatos, así también tiene un sexo. Pero uno y otro son suyos, no le comprometen, no le obligan a nada, le pertenecen y él dispone sobre ellos.

Lo mismo ocurre con las relaciones que uno establece. En una entrevista sobre las parejas de homosexuales se lee: «Si hay personas que se quieren unir sin ninguna atadura, ¿por qué impedirselo?» Las relaciones que el *yo* pueda establecer con los demás tampoco forman parte de lo esencial, no son algo intrínseco a la persona.

¿Qué oculta idea de hombre sustenta estas opiniones? Todos ellos entienden el *yo*

como individuo, un átomo atomizado. Entonces, cuando nos buscamos a nosotros mismos, cuando nos replegamos y reflexionamos acerca de quiénes somos, ¿qué encontramos? En ese momento aprendemos que el cuerpo no es algo propiamente nuestro; sí, disponemos de él, pero no nos constituye, no pertenece a la esencia de lo que somos, puesto que es algo ajeno al *yo*. Tampoco la sexualidad constituye el *yo*; el sexo no es nuestro de manera intrínseca, y queda a disposición de cada uno educarlo y dirigirlo como prefiera. Tampoco las relaciones son inherentes al *yo*, ya que, como citaba la entrevista, si hay personas que se quieren unir sin ninguna atadura, ¿por qué impedirselo?; las relaciones son más pero no me constituyen, no me atan.

Retomamos la cuestión inicial. ¿Qué es el *yo* que quiere amar? Si me entiendo como individuo, me sumerjo en mí mismo en busca de lo que me constituye, y como el chaval que abre un misterioso baúl y encuentra todo tipo de objetos curiosos, encuentro en el baúl de mis adentros el cuerpo. Lo saco y aparto porque eso no *soy yo*, no es lo que me define; encuentro las omnipresentes dimensiones de la sexualidad, pero también las arrojo fuera, pues el sexo tampoco es intrínseco a mi persona, es mío pero tampoco *soy yo*; el baúl está lleno también de relaciones: hijo de, vecino de, esposo de, padre de, que prometió a, que ha dicho que, y muchas otras que voy sacando una a una, ya que las relaciones tampoco son algo que me constituyen, no me atan más que en la medida y durante el tiempo que yo disponga. También esa relación que llamamos amor no es mucho más que un sirope, un algo líquido que baña superficialmente al individuo.

Al final, resultará que el baúl estaba lleno de cosas de las que disponía el *yo* — cuerpo, sexo, relaciones...—, pero que no eran el *yo*. Al sacarlas todas, ¿queda algo? Sí, queda algo, de lo contrario, el *yo* sería una abstracción lógica, una mera sensación psicológica. ¿Qué es lo que queda como constitutivo del individuo? O lo que es lo mismo: ¿qué es el hombre? Lo único que me constituye como *yo* es la propia libertad; lo que realmente me define es únicamente la libertad.

Según este modo de ver al ser humano, el hombre *es* libertad. Se entiende que algunos hayan definido esta situación como el «drama del hombre vacío», y otros hablen de «libertad vacía» o «libertad sin referencias». Así lo entiende, por ejemplo, J.P. Sartre: para el hombre, único ser que empieza a vivir sin estar definido, en el que la existencia es anterior a la esencia, la peor de sus condenas es la de ser libre. El hecho de que a cada momento deba decidir qué es lo que debe hacer de sí mismo, estando únicamente en sus manos, sin un atisbo de verdad que le oriente... ése sí que es el drama del hombre.

La chica íntegra

La autoestopista es, entonces, la chica dividida, atomizada. Pero el autor ha querido

señalar con claridad —y con intención— un hecho: nos presenta a una joven que se percibe a sí misma como un *yo* unitario. Antes de la experiencia por la que se violenta para descomponerse, entiende que todo lo suyo forma su *yo*. En filosofía se diría que se percibe como *persona*, integralmente en todas sus dimensiones (carnal y espiritual), en la que todas las concreciones son parte de una unidad: cuerpo, sexualidad, relaciones... no son «cosas» que casualmente se yuxtaponen al *yo* personal, sino que lo constituyen. Si el individuo, como un átomo atomizado, estaba marcado por la división, la persona entiende que todo es uno con el propio *yo*.

Existen características determinadas como la voluntad, la libertad, el entendimiento, pero éstas giran en torno a una naturaleza que le es intrínseca al individuo. Desde su doble dimensión (corporal y espiritual, cuerpo y alma) que le constituye, el hombre establece relaciones, entendiendo que éstas, así como la sexualidad y el cuerpo, son sólo partes, átomos de esa gran unidad que es el *yo*, y ninguna de ellas por separado le define totalmente.

Paradojas

Vale la pena destacar las paradojas que presenta el *yo* como persona o como individuo. Han quedado magistralmente recogidas en el relato. Lo que una mirada superficial podría tener por nimiedades o matices, resulta que en el amor tienen una trascendencia fundamental. Señalamos dos.

a. Obligaciones: compromiso o esclavitud

La chica —cuando se comporta como persona— se encuentra seria: que su cuerpo sea ella misma le compromete. Pretende ser más ligera, pero cuando se encuentra en el juego descubre que el flirteo la esclaviza:

Mientras están en el restaurante, «la conversación era una suma de barbaridades cada vez mayores; la chica estaba un poco espantada, pero no podía protestar. También el juego encierra falta de libertad para el hombre, también el juego es una trampa para el jugador; si aquello no fuera un juego, si estuvieran sentadas frente a frente dos personas extrañas, la autoestopista se hubiera podido ofender hace tiempo y hubiera podido marcharse; pero el juego no tiene escapatoria; el equipo no puede huir del campo antes de que finalice el juego, las piezas de ajedrez no pueden escaparse del tablero, los límites del campo de juego no pueden traspasarse. La chica sabía que tenía que aceptar cualquier juego, precisamente porque era un juego. Sabía que cuanto más exagerado fuera, más sería un juego y más obediente iba a tener que ser al jugar. Y era inútil invocar la razón y

advertir al alma alocada que debía mantener las distancias con respecto al juego y no tomárselo en serio. Precisamente porque se trataba sólo de un juego, el alma no tenía miedo, no se resistía y caía en él como alucinada»³.

Ir de persona *compromete*; ir de individuo *esclaviza*. ¿No se trata acaso de lo mismo? No, no son palabras sinónimas. La fuerza del compromiso nace de dentro, del mismo ser de las cosas. La fuerza de la esclavitud viene de fuera, de algo externo a mí, de una autoridad ajena.

Pero, en la práctica, ¿no suponen los dos obligación? En el caso del compromiso a uno le obliga su propia verdad, como el cuadrado está obligado a tener cuatro lados y el triángulo tres. Sin embargo, estar esclavizado obliga porque no queda más remedio, porque uno es limitado y no ha conseguido evitar esa limitación.

b. El yo que ofrezco: coherencia o despreocupación

La segunda paradoja la vemos en las siguientes líneas: la chica «quería que (el joven) fuese suyo por completo y ser ella por completo de él, pero con frecuencia le parecía» que no sabía darle «el amor carente de profundidad y superficial, lo que da el *flirt*». Por eso «sufría por no saber ser, además de seria, ligera». Dicho de otro modo, piensa que los contornos de su identidad —ser siempre ella y responsablemente ella— parece que limitan su amor. Esta intuición femenina tampoco era infundada: «No había nada que el joven hubiera echado tanto en falta en su vida como la despreocupación».

Sin embargo, cuando quiere superar esa limitación para amar más, lo hace dejando de ser ella. ¿Cuál es el resultado? Que el amor se diluye. ¿Por qué? Muy sencillo: cuando deja de ser ella no puede ser amada. La ambigüedad que presenta no ofrece al amante un perfil definido al que dirigirse, conocer y amar. No es posible amar la abstracción, la ambigüedad, lo que no tiene identidad.

El amor no funciona con cualquier yo: Alice y Eduard

Parece mentira que algo tan básico como la cuestión que nos ocupa —entenderse como individuo o como persona—, sea el portón de entrada que nos conduzca a destinos tan diversos: al soleado país donde el amor se desarrollará a sus anchas, o a tierras lúgubres y secas donde sobrevivir supone toda una epopeya.

Desconozco la biografía en detalle del autor checo Milan Kundera, pero la claridad con la que trata en sus personajes la cuestión del *yo* me hace pensar que se trata de algo aprendido en su propia vida. Bien lo describe en otra de sus novelas a través de sus personajes, los enamorados Alice y Eduard⁴.

Eduard va detrás de la joven y encantadora Alice:

«Intentó muchas veces en sus paseos vespertinos pasarle el brazo por la espalda de manera que su mano tocara desde atrás el borde de su pecho derecho, pero siempre le cogía la mano y se la hacía quitar. Un día, tras repetir nuevamente aquel intento y hacerle quitar ella (nuevamente) la mano, la chica se detuvo y le preguntó:

»—¿Tú crees en Dios?

»[...] Alice le gustaba demasiado como para que estuviera dispuesto a perderla nada más que por una sola pregunta.

»—¿Y tú? —le preguntó para ganar tiempo.

»—Yo sí —dijo Alice y volvió a insistir para que le diese una respuesta.

»Hasta entonces nunca se le había ocurrido creer en Dios. Pero comprendió que ahora no podía reconocerlo, que, por el contrario, debía aprovechar la oportunidad y construir con la fe en Dios un bonito caballo de madera dentro de cuyas entrañas, siguiendo el antiguo ejemplo, pudiera deslizarse sin ser visto hasta las profundidades de la chica. Pero Eduard no era capaz de decirle a Alice, así sin más: “Sí, creo en Dios”; no era un hombre sin escrúpulos y le daba vergüenza mentir; le molestaba la grosería de una mentira directa; si la mentira era imprescindible, quería que lo hiciese quedar en una situación que se pareciese lo más posible a la verdad. Por eso respondió con voz excepcionalmente pensativa:

»—Ni siquiera sé qué decirte, Alice. Claro, creo en Dios. Pero... —hizo una pausa y Alice lo miró sorprendida—. Pero quiero ser totalmente sincero contigo. ¿Puedo ser sincero contigo?

»—Tienes que ser sincero —dijo Alice—. Si no, no tendría sentido que estuviéramos juntos.

»—¿De verdad?

»—De verdad —dijo Alice.

»—A veces me invaden ciertas dudas —dijo Eduard en voz baja—. A veces dudo que de verdad exista.

»—Pero ¡cómo puedes dudar! —casi gritó Alice—. La conversación siguió, él cauteloso y ella apasionada. Eduard conocía apenas el cristianismo y tampoco se había planteado grandes cuestiones acerca de su verdad, por lo que se veía obligado a irse refugiando en tópicos. El primero fue el conocido problema del mal: cómo va a haber un Dios que permita tanta maldad. La razón fue expuesta con el tono de tristeza que exige el guion. Alice, impresionada por su sensibilidad, le cogió de la mano:

«—Sí, es verdad que el mundo está lleno de maldad. Eso lo sé muy bien. Pero precisamente por eso tienes que creer en Dios. Sin él todo ese sufrimiento sería gratuito. Nada tendría sentido. Y yo sería incapaz de vivir.

»—Puede que tengas razón —dijo Eduard pensativo, y el domingo fue a misa con

ella. [...]

»Cuando todo terminó Alice lo miró con ojos radiantes:

»—¿Todavía puedes decir que dudas de él?

»—No —dijo Eduard.

»Y Alice dijo:

»—Me gustaría enseñarte a amarle como yo lo amo.

»Estaban de pie en las amplias escaleras por las que se salía de la iglesia y el alma de Eduard estaba llena de risa. Por desgracia en ese preciso momento pasó por allí la directora del colegio y los vio».

Las circunstancias históricas del relato hacían que la religión no estuviese exenta de peligros verdaderos. A Eduard le supuso una dura entrevista y una seria llamada de atención por parte de la dirección del colegio.

«¡Señoras y señores, aquéllas fueron semanas de padecimientos! Eduard sentía por Alice un deseo endiablado. El cuerpo de ella lo excitaba y precisamente ese cuerpo le era totalmente inaccesible. También eran fuente de padecimiento los escenarios en los que tenían lugar sus encuentros; o bien vagaban una o dos horas por las calles en penumbras o iban al cine; lo reiterativo y las ínfimas posibilidades eróticas de ambas variantes (otras no había) hicieron pensar a Eduard que quizás alcanzaría éxitos más significativos con Alice si pudiese encontrarse con ella en otro ambiente. Por eso le propuso una vez, con cara de inocencia, ir el sábado y el domingo a visitar a su hermano que tenía una casa de campo en un valle boscoso, junto a un río. Le describió con entusiasmo las inocentes bellezas naturales, pero Alice (en todo lo demás ingenua y confiada) adivinó astutamente sus intenciones y las rechazó de plano. Y es que no era Alice quien lo rechazaba. Era el mismísimo (eternamente vigilante y despierto) Dios de Alice».

Eduard pensaba que Alice «convertía para sí aquel Dios oscuro, difuminado, abstracto, en un Dios completamente definido, comprensible y concreto: *el Dios de la no fornicación*».

»Díganme, por favor, ¿dónde comienza la fornicación? Cada mujer determina aquí la frontera según unos criterios totalmente misteriosos. Alice no tenía inconveniente alguno en permitir que Eduard la besase y, tras muchos y muchos intentos, finalmente se resignó a que le acariciase los pechos, pero en medio de su cuerpo, pongamos por caso al nivel del ombligo, trazó una línea precisa que no admitía compromisos, más allá de la cual se extendía el territorio de las prohibiciones divinas, el territorio del rechazo de Moisés y de la ira del Señor».

Eduard se dio cuenta de que si quería obtener algún triunfo, era preciso empuñar las mismas armas de Alice. Estaba claro: debía empezar a leer la Biblia y a estudiar algo del cristianismo.

«Como ya dijimos, fueron semanas de padecimientos. Y los padecimientos eran aún

mayores porque el deseo que Eduard sentía por Alice no era ni mucho menos sólo el deseo de un cuerpo por otro cuerpo; al contrario, cuanto más lo rechazaba el cuerpo, más nostálgico y dolido se volvía y más deseaba su corazón; pero ni el cuerpo ni el corazón de ella querían saber una palabra de eso, los dos eran igualmente fríos, estaban igualmente encerrados en sí mismos, satisfechos y autosuficientes». Eduard continuó sufriendo presiones en el colegio e incomprensiones en su casa, pero se jugó todo por seguir acompañando a Alice a la iglesia; a pesar de los problemas y disgustos que le supuso en el ámbito escolar y familiar, se comportó —a los ojos de Alice— como un verdadero mártir, aunque de hecho no lo era. Ella valoraba su comportamiento, y quería agradecersele de algún modo.

«Alice dijo después de un susurro:

»—Sería capaz de hacer cualquier cosa por ti.

»Hasta entonces nadie le había dicho a Eduard semejante frase; semejante frase era un regalo inesperado. Claro que Eduard sabía que era un regalo inmerecido, pero se dijo que si el destino le negaba los regalos merecidos, tenía pleno derecho a quedarse con los inmerecidos, por eso dijo:

»—Ya nadie puede hacer nada por mí.

»—¿Por qué?

»—Me echarán del colegio y ninguno de los que hoy hablan de mí como si yo fuera un héroe será capaz de mover un dedo. Sólo hay una cosa segura. Que me quedaré completamente solo.

»—No te quedarás —Alice negaba con la cabeza.

»—Me quedaré.

»—¡No te quedarás! —gritaba casi Alice.

»—Todos reniegan de mí.

»—Yo nunca renegaré —dijo Alice.

»—Renegarás —dijo Eduard con tristeza.

»—No renegaré —dijo Alice.

»—No, Alice —dijo Eduard—, tú no me quieres. Tú nunca me has querido.

»—Eso no es verdad —susurró Alice, y Eduard advirtió con satisfacción que tenía los ojos mojados.

»—No me quieres, Alice, eso se siente. Tú siempre has sido totalmente fría conmigo. No es así como se comporta una mujer enamorada. Eso lo sé muy bien. Y ahora sientes compasión por mí, porque sabes que quieren hundirme. Pero no me quieres y no me gusta que pretendas convencerte a ti misma.

»Seguían andando, callaban y se cogían de la mano. Alice lloraba en silencio y después se detuvo de pronto y dijo lloriqueando:

»—No, eso no es verdad, no debes creerlo, eso no es verdad.

»—Sí lo es —dijo Eduard y, como Alice no dejaba de llorar, le propuso que fueran el sábado al campo.

»En el hermoso valle junto al río está la casa de campo del hermano en la que podrán estar a solas. Alice tenía la cara mojada por las lágrimas y asintió sin decir palabra».

Tras unos desagradables episodios de Eduard con la directora del colegio, llegó el fin de semana esperado. Por fin, el sábado, en cuanto pueden, salen de viaje. Lo primero fue visitar a su hermano que, enseguida, les dio las llaves de la casa de campo, que no estaba lejos.

«Los dos enamorados se marcharon y pasaron toda la tarde recorriendo bosques y prados. Se besaron y Eduard comprobó con manos satisfechas que la línea imaginaria que pasaba por el ombligo y dividía la esfera de la inocencia de la esfera de la fornicación había perdido su valor. Al principio tuvo ganas de confirmar con palabras este acontecimiento tanto tiempo esperado, pero después se asustó y comprendió que debía callar.

»Al parecer, su deducción fue del todo correcta; la inesperada transformación de Alice se había producido independientemente de las muchas semanas que él había dedicado a convencerla, independientemente de su argumentación, independientemente de cualquier tipo de deducción lógica; por el contrario, se basaba exclusivamente en la noticia sobre el martirio de Eduard, y por tanto en un error, e incluso había sido deducida de ese error de forma totalmente ilógica; porque, reflexionemos: ¿por qué iba a tener como resultado la fidelidad de Eduard como mártir de la fe el que Alice, por su parte, fuera infiel a la ley divina? Si Eduard no había traicionado a Dios ante la Comisión Investigadora, ¿por qué iba a tener ella que traicionarlo ahora ante Eduard?»

La perplejidad de Eduard crecía por momentos. Era evidente que convenía callar, porque si daba volumen a sus pensamientos, Alice descubriría su falta de lógica. Además, ella estaba tan contenta y parlanchina que, por un lado, no llamaba la atención su silencio, y, por otro, le hacía suponer que la transformación de Alice no le había supuesto ningún trauma o dolor. De ahí la perplejidad de Eduard: el supuesto profundo convencimiento de Alice había sido traicionado por ella misma de manera indolora.

«Tantas semanas había pasado Eduard anhelando que llegase este momento y, curiosamente, ahora, cuando por fin llegaba, no tenía en absoluto la sensación de que fuese tan importante como lo indicaba todo el tiempo que había estado esperándolo; le pareció tan sencillo y normal que durante el acto amoroso estuvo casi distraído, intentando en vano alejar los pensamientos que le venían a la cabeza: se acordaba de aquellas largas semanas inútiles en las que Alice le había hecho sufrir con su frialdad, se acordaba de todos los problemas que le había causado en el colegio, de manera que, en lugar de gratitud por su entrega, empezó a sentir dentro de sí una especie de enfado y de deseo de venganza. Le irritaba pensar en la facilidad con la que traicionaba ahora a su

Dios de la no fornicación, al que antes adoraba con tanto fanatismo; le irritaba que nada fuera capaz de hacerla salir de su medida, ningún deseo, ningún acontecimiento, ningún cambio; le irritaba que lo viviese todo sin contradicciones internas, confiada y con facilidad».

Las horas van pasando. Ya en la oscuridad, Alice se acurruca sobre su pecho y se duerme enseguida. La sacudida que Eduard vive en su interior le deja en vela por mucho tiempo. Primero le sorprende que «no sentía satisfacción alguna». Después realiza un curioso ejercicio de imaginación: trata de imaginársela, «pero no en su aspecto físico, sino, de ser posible, todo su ser en conjunto», y advierte algo que le da la clave para comprender lo que está ocurriendo: al imaginar el ser de Alice en conjunto... la veía «borrosa».

«Detengámonos en esta palabra: Alice, tal como Eduard la había visto hasta ahora, era, pese a su ingenuidad, un ser firme y claro: la clara sencillez de su aspecto parecía corresponder sencillamente a la simplicidad de su fe, y la sencillez de su destino parecía ser la justificación de su actitud. Eduard hasta ahora la había encontrado uniforme y articulada; podía reírse de ella, podía maldecirla, podía asediarla con sus astucias, pero se veía obligado (sin pretenderlo) a respetarla.

»Ahora, en cambio, la imprevista trampa de la noticia falsa había desarmado la articulación de su ser y Eduard tenía la impresión de que sus opiniones no eran en realidad más que algo que estaba adherido a su destino y su destino algo adherido a su cuerpo, la veía como una combinación casual de cuerpo, ideas y transcurso vital, como una combinación inorgánica, arbitraria e inestable. Se imaginaba a Alice (respiraba profundamente apoyada en su hombro) y veía a su cuerpo por una parte y a sus ideas por otra; el cuerpo le gustaba, las ideas le parecían ridículas y en conjunto aquello no formaba ser alguno; la veía como una raya absorbida por un papel secante: sin perfil, sin forma».

La estancia en la casa de campo, tantas veces soñada, lo había consumido. El domingo por la tarde toman el tren que les devuelve a la ciudad. Les toca un compartimento en el que están solos. Alice sigue animada y charlatana. La cabeza de Eduard continúa valorando los hechos.

«... Eduard se acordaba de cómo había deseado encontrar en su relación voluntaria con Alice algo serio en la vida, ya que sus obligaciones no se lo ofrecían, y advertía apenado (el tren golpeteaba idílicamente contra las uniones de los rieles) que la historia de amor que había vivido con Alice no tenía consistencia, estaba hecha de casualidad y errores, carecía de toda seriedad y de todo sentido; oía las palabras de Alice, veía sus gestos (le apretaba la mano) y se le ocurrió pensar que eran signos desprovistos de significado, monedas sin coberturas, pesas de papel a las que no podía dar más valor [...]; y de pronto le pareció que todas las personas con las que se había encontrado en su

nuevo lugar de trabajo eran sólo rayas absorbidas por un papel secante, seres con posturas intercambiables, seres sin una esencia firme; pero lo que es peor, lo que es mucho peor (siguió pensando), él mismo no es más que una sombra de todas esas gentes hechas de sombras, no ha empleado su inteligencia más que en adaptarse a ellas, en imitarlas, y aunque las imitara riéndose para sus adentros, sin tomárselo en serio, aunque al hacerlo procurara burlarse de ellas en secreto (justificando así su adaptación), eso no cambia en nada las cosas, porque una imitación malintencionada sigue siendo una imitación y una sombra que se burla sigue siendo una sombra, subordinada y derivada, pobre y simple».

Llegó el momento en el que Eduard debía romper su silencio. Alice no había sido capaz de adivinar que Eduard, consumido por las reflexiones que ella le había provocado, había pasado horas de sufriente desconcierto.

«—Alice ¿eres feliz?

»—Sí —dijo Alice.

»—Yo estoy desesperado —dijo Eduard.

»—¿Te has vuelto loco? —dijo Alice.

»—No debimos haberlo hecho. No tenía que haber sucedido.

»—¿Qué se te ha metido en la cabeza? ¡Si eras tú el que quería!

»—Sí, quería —dijo Eduard—. Pero ése fue mi gran error y Dios nunca me lo perdonará. Ha sido un pecado, Alice.

»—Pero ¿qué te pasa? —dijo la muchachita con tranquilidad—. ¡Si eras tú el que siempre decía que lo que quiere Dios es ante todo amor!

»Cuando Eduard oyó que Alice se apoderaba tranquilamente, *ex post*, del sofisma teológico con el que tiempo atrás se había lanzado él, con tan poco éxito, al campo de batalla, se enfureció:

»—Sólo te lo decía para ponerte a prueba. ¡Ahora me he dado cuenta de cómo sabes serle fiel a Dios! Pero ¡el que es capaz de traicionar a Dios, es capaz de traicionar con mucha mayor facilidad a otra persona!» Las paradojas se repiten. Alice arriesga su noviazgo por sus ideas; cuando las deja a un lado para premiar a Eduard, ella se hace difícil de amar, pues a partir de ese momento «veía a su cuerpo por una parte y a sus ideas por otra; ... y en conjunto aquello no formaba ser alguno». La conciencia, los principios, las creencias... son parte del *yo*. En la medida en que se abandonan, se deja de ofrecer el *yo* al amante. El *todo* que es la persona es lo que se puede amar, y no otra cosa.

La sensibilidad para advertir las profundidades del hombre por parte de muchos autores literarios hace que abunden novelas que muestran que el amor no consigue prosperar cuando un amante se *descompromete* con lo que es él mismo.

Ernesto Sabato nos lo dice en boca de Juan Pablo, pintor perdidamente enamorado de

María, que cuando advierte el *yo* fraccionado de ella, no puede menos que replantearse sus sentimientos. En una carta le manifiesta que:

«[...] seguía sin comprender cómo era posible que una mujer como ella fuera capaz de decir palabras de amor a su marido y a mí, al mismo tiempo que se acostaba con Hunter. Con el agravante —agregué— de que también se acostaba con el marido y conmigo. Terminaba diciendo que, como ella podría darse cuenta, esa clase de actitudes daba mucho que pensar, etcétera»⁵.

Pero otros autores no se limitan a ver la disgregación de la persona en los asuntos de relaciones sexuales. Sería un análisis excesivamente superficial. ¿Qué más da estar descomprometido con el propio cuerpo, o con las propias ideas, o con los compromisos adquiridos, o con lo que sea? Con la infidelidad a uno mismo entra la ley de la atomización en el interior del *yo*, y hasta los gestos quedan desprovistos de significado: no es posible comunicarse.

Es más, autores como Pirandello se dan cuenta de que la conciencia es lo que cohesiona a cada individuo. Estar comprometido con la propia conciencia es lo que con mayor contundencia da unidad a nuestro *yo*, haciendo de cada uno una persona y, por lo tanto, un ser *amable*. En este sentido la conciencia sería como «una red elástica, que si se afloja un poco, ¡se acabó!, escapa la locura que cada uno custodia en su interior»⁶.

Los dos caminos invisibles

Terminamos esta primera cuestión planteando tres preguntas. Dependiendo que se entienda el *yo* como individuo o como persona, las contestaciones serán radicalmente distintas.

a. El individuo a examen

1. La primera es acerca de la libertad: ¿cómo soy libre? ¿O qué hago *yo* con esta libertad? ¿Hacia dónde voy? ¿Cómo la empleo?

El individuo, vacío de toda determinación y atadura, entiende que él *es* libertad. Tiene que hacer actos libres, o bien dejará de tener sentido. Necesariamente tiene que actuar. Proyectos, capacidades, energías, tiempo... posibilitan realizar actos. Es importante realizarlos, pues los actos le *constituyen* a uno. El que al principio no es más que un poco de libertad abstracta, en cada momento adquirirá el valor que le den sus propios actos libres. Cada uno no es más que lo que hace. Cada uno vale según sus actos. Por eso, unos son VIP, y otros insignificantes y sin valor: todo depende de lo que cada uno haga. Cada vida parte de cero, es una libertad sin definir, lo único que puede hacer

son actos y su valor vendrá determinado por los actos que realice.

2. Pero ¿cómo los realizo?; es decir, para acertar y evitar equivocaciones, ¿qué criterios me pueden guiar a la hora de emplear mi libertad en esos actos?

La *veracidad*, en el sentido de *autenticidad*. Declaraba una mujer respecto al caso de una persona con responsabilidades que se declaraba transexual: «Eso, ¿qué importancia tiene? Esos problemas ni me van ni me vienen. Que sea gay o que sea heterosexual me da igual. Lo importante es que sea una buena persona y Pepe lo es». Lo importante es que los actos sean veraces, que cada uno actúe de acuerdo consigo mismo. Puesto que en cada uno lo único que hay es libertad, el criterio será: sé tú mismo, lo que hagas hazlo siendo tú, según tu libertad; será bueno aquello que realices con espontaneidad, sin otro criterio que la propia libertad. Lo natural es lo espontáneo; lo contranatural es hacer algo sin apetencia.

3. ¿Qué es lo bueno, entonces, para el hombre? Simplificando mucho, como consecuencia de lo anterior, es bueno lo que abre posibilidades y es malo lo que las cierra. Lo más propiamente mío, prácticamente lo único que tengo, es la indeterminación y capacidad de elección libre. Lo que me cierra es malo, y lo que me posibilita más es bueno. Como consecuencia, el compromiso es una importante amenaza para el hombre libre, y convendrá evitarlo. No es lógico cerrarse posibilidades gratuitamente.

b. La persona a examen

Las mismas cuestiones se resuelven de otro modo para quien entiende el yo como persona.

1. ¿Cómo soy libre?

Claro que, como todo hombre, necesita realizar actos, pero entiende que los actos no le constituyen —es decir, que no es lo que es por lo que hace—, sino que los actos le realizan —es decir, es lo que es con independencia de lo que haga; aunque con sus actos simplemente desarrolla o realiza lo que ya es—. La diferencia es importante.

Pensemos, por ejemplo, en una persona invalidada por la enfermedad, tetraplégica o en coma, incapaz de desarrollar una actividad que aporte algo a la sociedad, que hace poco más que consumir dinero de la Seguridad Social; si sus actos la constituyen, si el valor de su persona depende de lo que hace, él no vale nada. Pero si, por el contrario, es su propia naturaleza la que le hace valioso, tiene un valor en sí mismo.

Los actos me realizan, el *ser hombre* lo tengo en germen, mis actos libres me hacen crecer hasta ser un hombre lo más perfecto posible, realizan la plenitud o perfección del

ser humano.

2. ¿Qué criterios pueden guiar a la hora de emplear mi libertad en esos actos?

El único criterio de la concepción individualista era la autenticidad o veracidad respecto de uno mismo. Quien entiende al hombre como persona descubre que el criterio del buen actuar es la verdad.

La verdad hace referencia a algo externo, con un valor objetivo. En la medida en que yo me adecue a la verdad, esos actos serán válidos; si no me adecuo, esos actos no serán válidos. La veracidad, que es subjetiva, es sustituida con la *verdad*, que es objetiva. Y la espontaneidad es sustituida por la *bondad* —se trata de realizar el bien, no la apetencia—. Es cierto que sólo la veracidad de mi ser me conduce a la verdad, pero se entiende que la verdad no la hace cada uno, sino que la descubre.

3. ¿Qué es bueno, entonces, para la persona? Aquello que permite realizarse en perfección, llegar a ser lo que uno ha empezado a ser, llegar a ser lo que a cada uno se le ha dado, de lo que ha partido, ser fiel a la misión de uno mismo, sabiendo que en el punto de partida de cada uno se tiene la naturaleza humana.

Es bueno lo que desarrolla la propia naturaleza y es malo lo que dificulta ese desarrollo, lo que dificulta la perfección personal, el crecimiento como hombre, lo que va contra la vocación de *ser hombre*.

CAPÍTULO 2

¿QUÉ ES LO QUE AMAS CUANDO DICES QUE AMAS?

El amor del yo plastificado y del yo transpirable

Vale la pena leer el diario personal de Lev Tolstói correspondiente a los años 1862 y 1863; en esas páginas accedemos a la intimidad del escritor en los meses que preceden y que siguen a su boda con Sofía Bers. Salpicado por agudas cavilaciones y vivos sentimientos contradictorios según los días, desvela una continua búsqueda de seguridad nunca alcanzada: «¡Es una criatura! ¡Lo parece! ¡Qué confusión tan grande!

»¡Oh, si tan sólo pudiera alcanzar una posición clara y honesta!... Tengo miedo de mí mismo, qué pasaría si esto no fuera amor sino el deseo del amor»¹.

Este fuego del miedo se alimenta de quebradizos sentimientos de los más diversos colores: «Pienso menos en Sonia, pero cuando pienso, me siento bien». Al día siguiente hace una referencia a que lo que encuentra es «nada más que la satisfacción de las necesidades». A los tres días: «Asco de tipo, no pienses en el matrimonio, tu vocación es otra, y ya te ha sido dado mucho». Al día siguiente: «No es amor como antes, no son celos, ni siquiera es piedad, aunque se parece, sino algo dulce: un poco de esperanza (que no debería haber). Cerdo. Un poquito, como de piedad y de tristeza». Un día después: «Damos un paseo, la pérgola, estamos en casa después de la cena... sus ojos, pero ¡es de noche! Estúpido, no tiene nada que ver contigo, y sin embargo estás

enamorado, como de (y escribe el nombre de otras dos chicas), nada más». La semana siguiente vuelve a tener cierta seguridad:

«Nunca me imaginé mi futuro con una mujer con tanta claridad, tanta alegría y tanta serenidad como ahora. [...] Lo importante es que parece tan sencillo, tan a tiempo, sin pasión, ni miedo, ni un segundo de arrepentimiento». Cinco días más tarde registra algo que le extraña: «Para mí en ella no hay nada de todo lo que siempre ha habido en las otras mujeres, algo de lo convencionalmente poético y cautivador y, sin embargo, me atrae de una manera irresistible». El día siguiente: «No dormí hasta las tres de la mañana. Como un adolescente de dieciséis años soñaba y me atormentaba». Otra noche más en la que la intranquilidad no le permite dormir: «¡Dios! Ayúdame, enséñame. De nuevo una noche de insomnio y de tortura, lo presiento, yo, que siempre me río de los sufrimientos de los enamorados. De lo que te ríes, de eso te vuelves esclavo». Al día siguiente habla con su buen amigo Vasia, su confidente: «No me atreví a ir a su casa. [...] Hablé con Vasia. Sólo Dios puede ayudarme. Eso le pido. [...] No hay nadie para mí. Estoy cansado. Tengo un cierto malestar físico».

En el mes de septiembre se casa. Han sido meses intensos en los que, junto a síntomas de enamorado adolescente, alberga cierta confusión. ¿Tan difícil es saber si se ama a alguien? Sabemos que sí. ¿Por qué?

Tolstói, con sus treinta y cuatro años de entonces, cuenta ya con una fabulosa sensibilidad para discernir en el mundo interior del hombre: «Tengo miedo de mí mismo, qué pasaría si esto no fuera *amor* sino *el deseo del amor*». Interesante. Sería posible confundir el amor con un deseo, o con cualquiera de las muchas sensaciones interiores. Como dice en otra ocasión, podría tratarse «nada más que la satisfacción de las necesidades». Es fácil la confusión, es lógico el temor porque esta variopinta tipología de experiencias las vive en su interior, cada una de ellas, todas juntas, mezcladas y en el mismo lugar.

Por un lado, el amor es una experiencia que se da en el interior del sujeto, en su subjetividad. Sea cual sea la forma en que se manifieste: pasión, sentimiento, atracción, satisfacción, gozo o lo que sea, es en *su interior* donde cada uno lo descubre.

Pero, ¿no es posible que la sensación experimentada sea, en vez de amor, la satisfacción que acompaña al enriquecimiento personal? El hombre está hecho de tal manera que tiende a perfeccionarse. Crecer y saber, por ejemplo, son formas de ir alcanzando mayor perfección. Cuando hablamos de *la media naranja*, entendemos que el hombre y la mujer encuentran un complemento el uno en el otro.

Los humanos advertimos una carencia, un vacío que sólo se llena con la presencia de aquel otro a quien «se ama». Ese otro se percibe como una riqueza. Es por esto que una de las primeras experiencias del amor es la de la perfección, la de haber alcanzado una integridad que faltaba y de cuya falta no se era del todo consciente hasta que la puso de

manifiesto la conciencia de necesitar al otro. No es fácil precisar en qué medida la aflicción de Romeo por la muerte de Julieta se debiera no tanto al dolor por lo ocurrido a su amada, a la persona única e irremplazable que era ella, sino en gran parte al perjuicio personal que significaba para él dicha muerte: sin ella, él dejaría de ser una persona completa, enriquecida, y tendría que vivir precariamente, sufriendo en su ser el «hueco» que la partida de ella le ocasionaba. Precisamente por el valor de riqueza, que es remedio para la personal precariedad, la novedad que el amor trae es la posibilidad de ser uno mismo. También todo esto lo percibe uno *en su interior*.

Y existe también otra posibilidad, más frecuente y difícil de discernir: ¿no es posible que se confunda la experiencia amorosa con la sensación —siempre satisfactoria— de cubrir las carencias más básicas de la persona? El ser humano tiene unas necesidades radicales, en las que se juega el sentido de su existencia: necesita ser aceptado, sentirse seguro, ocupar cierta centralidad, autoafirmarse, etc. Estas carencias exigen el encuentro con otro ser humano que las satisfaga. Al igual que el beneficio personal que nos reporta el amor, estas necesidades, y su satisfacción, son percibidas por cada uno *en su interior*.

Así son las cosas. Efectivamente. Y aquí encuentra su razón de ser la pregunta: ¿qué es lo que amas cuando dices que amas? Es posible que sea alguien, que ame a un *yo* distinto al mío —al que llamo «tú» en su sentido más pleno—. Pero existe una fatal posibilidad: que lo que ame no sea nada distinto a lo que encuentro en mí mismo. Así formulado podría parecer un complicado juego malabar, pero justamente por eso conviene estar atentos ya que, como suele ocurrir, el obstáculo más peligroso es el que no se considera.

Quizá sea éste uno de los aspectos más interesantes en la literatura que versa sobre el amor, que da una fabulosa profundidad a los relatos. Se entiende por eso que tantas novelas contemplen esta posibilidad de que lo amado no sea la persona real que tengo enfrente, sino un aspecto de nosotros mismos. De aquí que a veces exista esa lucha para que nada oculte a la persona amada, para no ahogarla, para que no desaparezca cubierta por las aguas de las propias necesidades. Así lo confiesa el anciano protagonista de Ferreira, cuando su cuerpo ya está en ruinas, recordando su pasado con Mónica, su mujer:

«En esta casa estoy solo con mi cuerpo, me acuerdo perfectamente de cuando éramos dos en uno e íbamos a crear el mundo entero, era nuestra obligación. Salíamos de un baile, no sé si te acuerdas, era una noche de verano. Paseábamos por la orilla del río y éramos grandes. Me gustaría saber qué éramos en realidad. Poseíamos toda la verdad porque no queríamos nada más. Y poseíamos la belleza porque estábamos contentos, pero no sabíamos muy bien por qué. Era un momento excesivo en el que incluso Dios podría haber aparecido. Era uno de esos instantes en que todo oscila y eso es demasiado y lo único que queda es matarse. No había en nosotros suficiente humanidad, era lo

único posible. Estábamos tremendamente el uno junto al otro como nunca, y era terrible. No había nadie cerca para compartírnos. Veníamos de la fiesta, supongo que lo recuerdas. Y yo te amaba tan estúpidamente animalmente. Estaba tu belleza un poco insolente agresiva, tal vez hubiera sido prudente aniquilarla para que ningún dios la diese. Tal vez hubiera sido sensato destruirla para que nadie más la viese y la vida recuperara su orden natural. Lo pienso ahora con mucha intensidad, querida. Perteneceías a otra naturaleza de seres vivos, a otra ontología, me parece ahora. ¿Cómo diablos podía llegar hasta ti con mi desastre de ser humano? Todo esto lo pienso ahora con tu esencia filtrada de toda la suciedad circunstancial que te llegó»².

Cuando ha pasado el tiempo, cuando su mirada se fija en la esencia ya filtrada de su amada, este anciano ve con claridad la lucha que mantuvo en sus primeros momentos, cuando la amaba estúpidamente: por eso reconoce que hubiese sido prudente aniquilar aquella insolente belleza para que otros dioses menores al verdadero amor no ahogasen el *tú* que era ella. Y es que, como reconoce en otro momento: «Necesitaba conocer mejor tu rostro, porque cuando se ve el resto la cara no existe».

Cuando es cuestión de buenas sensaciones

Me gustaría subrayar algo. El argumento no es que el egoísmo ahogue el *tú*, e imposibilite el amor. No. Aunque pueda ocurrir, no es lo que ahora pretendo mostrar. No es un problema moral. ¿Qué es lo que amas cuando dices que amas? La contestación no es: ten cuidado, porque si eres egoísta te amarás a ti mismo en lugar de al otro. Es posible, pero no es este nuestro discurso. Entonces, ¿de qué se trata?

El año 2003 seguramente quedará marcado para siempre por la invasión militar de Estados Unidos a Iraq. La reacción popular fue masiva. Durante aquellas semanas lo incierto de las consecuencias de aquella guerra tomó forma en un temor generalizado. Uno de esos días comía con un grupo de universitarios y una chica, simpática y extrovertida, manifestó allí sus miedos: «Cuando le dije a mi novio que tenía pánico por lo que pudiera pasar, me dijo: “No te preocupes, que todavía no estoy en edad militar”». Le hizo reír la ingenuidad de su novio, y le contestó: «Si a mí me da igual lo que puedan hacer contigo. Lo que me preocupa es lo que pueda pasar conmigo, con este cuerpecito mío» —añadió con tono de guasa mientras se lo palpaba.

No deja de ser un hecho anecdótico. Sin embargo, la espontaneidad de esta chica es elocuente, y nos permite ver algo acerca de cómo entiende la relación de amor. Ella lo quiere. No es consciente de estar siendo egoísta en sus inquietudes, y seguramente no lo será. Sencillamente lo que ella entiende por amarle refleja una situación cultural: el amor entre ellos significa una relación similar a la existente entre dos átomos.

¿Por qué?

Cuando esta chica contó el sucedido, todos nos reímos. Alguien expresó en tono amistoso que su novio era ese chico... como podría ser *cualquier otro*. Me parece un análisis acertado. Ese novio podría ser fácilmente *reemplazado*. ¿Por qué? Porque en esa relación, el amor no está determinado por *tal* persona, en su especificidad y unicidad concreta. Lo que determina ese amor es el hecho de consistir en una afirmación gozosa —o mejor, afirmación disfrutada— motivada por unas tendencias de la chica que han sido satisfechas; esta satisfacción está asociada a un «algo» —en este caso el chico que no está en edad militar— a lo que el deseo se encuentra momentáneamente vinculado.

Entendemos que el amor es una relación entre dos sujetos. Ella es un sujeto, sí, con toda su singularidad y riqueza interior. Sin embargo, el chico —para ella, y seguramente sin darse cuenta— no es otro sujeto, sino una *ocasión* en la que son cumplidas las expectativas y satisfechas las necesidades de la chica.

Éste es un punto esencial de la psicología moderna. Ésta reduce la afectividad a *puro estado subjetivo*. Por eso, cuando uno no sabe si ama o no ama a otra persona, busca en su sensibilidad: ¿cómo reacciono?

¿Qué siento? ¿Indiferencia, alegría, gusto, preocupación, añoranza? En los sentimientos que causa el otro en nuestra sensibilidad, encontramos la respuesta a la cuestión de si se ama o no se ama.

De este modo, la situación afectiva queda como separada, desgajada del objeto. El objeto —en este caso el novio— debería ser el *motivo* verdadero del amor, pero resulta que no es más que *ocasión de sentir que amo*. Y ser *motivo* u *ocasión* son cosas bien distintas.

Según este modo de entender las cosas, el amor es algo fantástico en sí mismo, con independencia de su objeto, de su «hacia qué». Desde esta óptica amar sería simplemente un *estado afectivo inmotivado*, en el sentido de que no tiene un *motivo*, *alguien* que sea objeto y causa del amor. Más que un motivo, el amado desempeña el papel de *algo* que ocasiona que el amante sienta que ama.

Alguien podría objetar que eso no es posible, pues uno ama a fulano y no a mengano. Efectivamente. Amamos a aquel que, por las circunstancias que sean, es capaz de despertar en nosotros atracción, de darnos gusto, alguien que hace que nos sintamos aceptados, queridos, centro de algo, importantes. Pero aun así, el otro no deja de ser más que una ocasión; la ocasión adecuada, sí, pero nada más que eso.

Dicho de otro modo, a la chica (o al chico) no la amo porque es buena, sino que es buena porque es buena para mí, porque produce efectos positivos en mí, porque despierta satisfacción en mí, y a estas consecuencias que experimento las llamo amor; que es tanto como decir: *Ella es buena porque la amo*.

No sé si aparece clara la línea que separa estas dos proposiciones. Quizá sirva la

metáfora de Stendhal, su *teoría de la cristalización*, en la que sintetiza su pensamiento acerca de la realidad del amor.

«Si en las minas de Salzburgo se arroja una rama de arbusto y se recoge al día siguiente, aparece transformada. La humilde forma botánica se ha cubierto de irisados cristales que recaman prodigiosamente su aspecto. Según Stendhal, en el alma capaz de amor acontece un proceso semejante. La imagen real de una mujer cae dentro del alma masculina y poco a poco se va recamando de superposiciones imaginarias, que acumulan, sobre la nuda imagen, toda posible perfección»³.

En consecuencia, no es extraño que en el momento en que desaparezca la creación imaginativa, el amor muera; que en el momento en el que el supuesto amado deje de despertar los sentimientos amorosos en el amante, el amor muera. Las pretensiones sentidas de totalidad y exclusividad que normalmente acompañan al enamoramiento, serían entonces características del entusiasmo sostenido por una ilusión; caído el «dios», ya no se sostienen.

Por eso le llamo «amor de átomos»: el amante no precisa de puertas y ventanas por las que salir de sí para encontrar al amado. En esta concepción gestada en la época moderna —encuentra sus raíces en la filosofía de Espinoza—, el amor es algo que en todo momento *permanece en la subjetividad* de quien ama. El amante es un ser cerrado, no mantiene «verdadera relación amorosa» con nadie. Sencillamente *el otro* es *despertador* de sus tendencias, *ocasión* de satisfacer necesidades personales.

Queda bien caricaturizado este tipo de amor en Martín, cuarentón casado que no renuncia a abandonar las juguetonas aventuras con mujeres. Nos lo cuenta su compañero de aventuras:

«En aquel momento sentí que le tenía aprecio a Martín y que también le tenía aprecio a la enseña bajo la cual se pasaba la vida marchando: la enseña del eterno acoso a las mujeres. [...]

»Seguía pensando en aquella enseña. Y también en que, con cada año que pasaba, lo que cada vez importaba menos de aquel acoso a las mujeres eran las mujeres, y lo que cada vez importaba más era el acoso en sí. Siempre que se trate de antemano de una persecución vana, es posible perseguir diariamente a cualquier cantidad de mujeres y convertir así este acoso en un acoso absoluto»⁴.

La teoría que se había construido distinguía grados:

«A esto le llama Martín *registro*. Parte de sus ricas experiencias, que le hicieron llegar a la conclusión de que no es tan difícil *seducir* a una chica como, si tenemos unas elevadas exigencias cuantitativas en este sentido, *conocer* siempre a una cantidad suficiente de chicas a las que hasta ahora no hemos seducido.

»Por eso afirma que es necesario siempre, en cualquier sitio y en cualquier situación, llevar a cabo un amplio registro, es decir apuntar, en un libro de notas o en la memoria,

los nombres de las mujeres que han llamado nuestra atención y con las que alguna vez podríamos *contactar*.

»El *contacto* ya es un nivel más elevado de actividad e implica que establecemos con determinada mujer una relación, que la conocemos, que logramos tener acceso a ella.

»Si uno disfruta mirando hacia atrás para vanagloriarse, pone el acento en los nombres de las mujeres *amadas*; pero si mira hacia delante, hacia el futuro, debe preocuparse, sobre todo, de tener a suficientes mujeres *registradas y contactadas*.

»Por encima del contacto sólo existe ya un único nivel de actividad, el último, y quisiera señalar, para hacerle justicia a Martín, que aquellos que solo persiguen este último nivel son hombres míseros primitivos que me recuerdan a los jugadores de fútbol de pueblo, que se precipitan irreflexivamente hacia la portería del adversario, olvidando que lo que conduce al gol (y a muchos goles más) no es la simple voluntad alocada de disparar, sino, ante todo, un juego preciso y honesto en el medio campo».

Quizá el filósofo que más ha influido en el modo de entender el amor en el mundo moderno sea Rousseau. Con razón se le ha llamado el «democratizador del amor». Sostiene que el amor *es imaginario*: «¿Y qué es el verdadero amor sino una quimera, una mentira y una ilusión? Amamos la imagen que fabricamos para nosotros mismos más que el objeto al cual la aplicamos»⁵.

Cabe preguntarse: ¿cómo podemos creer en aquello que sabemos que es producto de nuestra imaginación? Rousseau enseña que preparar la imaginación es tarea de toda una vida. El protagonista de su novela, Emilio, es educado así desde su infancia. Antes de buscar a la mujer a quien amar, «a solas con ayuda de su maestro» (el novelista), debe crearla en su imaginación. Su maestro propone el nombre Sofía para esta mujer ideal. Cuando encuentre a la mujer que encarne el ideal —quien de hecho termina por llamarse Sofía—, experimentará la conmoción del reconocimiento o, por decirlo platónicamente, la reminiscencia de algo que ya reconoce como propio dentro de sí. [...] Mirará a cada mujer que se presente y dirá: «Ah, pero no es ella»⁶.

No hace falta aceptar expresa y conscientemente las propuestas de estos filósofos. Hago referencia a ellos porque son padres de nuestra cultura. Aunque desconozcamos sus teorías, y la filosofía que sostienen, sus propuestas se han hecho cultura; esto es, en muchos ámbitos marcan el modo de vivir de nuestra sociedad. Es fácil que nos movamos acríticamente dentro de las coordenadas dibujadas por ellos.

Algo así ocurre en todas esas historias de amor en las que, con abrumadora frivolidad, se narran relaciones que nacen y mueren sin dramatismo alguno; amores que en unos momentos dominan a la persona y en otros la abandonan sin más —irracional e inevitablemente—, amores que cambian como el estado de humor. Y es que, en realidad, cuando se entiende así el amor, en poco se diferencian el ser de los humores y el ser de los amores. Este tipo de novelas pueden tener otros intereses, pero ninguno desde el

punto de vista de la antropología del amor. Ignoran —u obvian— una elemental trampa de la psicología del hombre.

Retomo la cuestión planteada: ¿Qué es lo que realmente amas cuando dices que amas? Una posibilidad es que uno no ame nada que se encuentre fuera de él. Hay muchos «átomos» enamorados. Seres cerrados que *sienten* amar, pero que *no aman* a nadie real con una existencia concreta y objetiva fuera de sí mismo.

Quizá ahora se entienda mejor aquello de que aquel al que amo *es bueno porque yo lo amo*: ese que amo es fantástico porque yo lo amo, no porque sea fantástico en sí mismo, sino porque en mi cerrado mundo interior resulta amable, despierta en mí lo que yo buscaba, satisface las ansias y necesidades que yo albergaba, responde a lo que yo quería.

En definitiva: el amor es una relación de un átomo con otro átomo adecuado, una relación de un sujeto —el amante— con un objeto dotado de ciertas capacidades —el amado—.

«Hay química», solemos decir. Y así es: la compatibilidad de ambos produce entre los dos elementos una gozosa reacción que llamamos «amor».

Cuando es cuestión de afirmar a otro

Estaría de acuerdo con quien pensase que no siempre es fácil distinguir si una determinada experiencia —supuestamente amorosa— es sólo un estado gozoso despertado *con ocasión* de alguien, o si es verdadero amor. Marquemos el contraste con la otra posibilidad. La llamaremos «amor de un *tú*».

A la cuestión planteada —¿Qué es lo que amas cuando dices que amas?— es posible responder: lo amo a él —la amo a ella—. En este caso, el panorama cambia absolutamente.

Octavio Paz dice que aunque el amor sigue siendo el tema de los poetas y novelistas del siglo XX, está herido en su centro: ignora la noción de persona.

Si en el «amor de átomos» el amado es bueno porque yo lo amo, en el «amor de un *tú*» *amo al amado porque es él*. Se descubre la existencia de otro. Diría que, en el instante mismo en que el amor nace, el ser humano hace un descubrimiento enorme: que el mundo no está hecho sólo de cosas, sino que el mundo es, sobre todo, el escenario de la persona. El amor es una de aquellas situaciones en las que el ser humano descubre en toda su riqueza lo que significa ser persona.

La maduración del ser humano incluye necesariamente superar el mundo de las cosas y entrar en el de las personas. Entendido así el amor, se descubre un sujeto, con un valor propio que se aprecia, con una biografía independiente de la propia.

El hombre ama a la mujer —y más concretamente a *esta* mujer— para poder ser el hombre que es. Y la mujer ama a *este* hombre precisamente para ser la mujer que es. Quien ama, entonces, no persigue otro fin más allá de *el otro*. El amor no es la búsqueda de nada distinto a la persona concreta que es el otro. En palabras de Paz:

«El amor no busca nada más allá de sí mismo (del amor mismo), ningún bien, ningún premio; tampoco persigue una finalidad que lo trascienda: principia y acaba en él mismo. Es una atracción por un alma y un cuerpo; no una idea: una persona. Esa persona es única y está dotada de libertad: para poseerla, el amante tiene que ganar su voluntad. Posesión y entrega son actos recíprocos»⁷.

Cuando se ama un *tú*, el otro no desaparece con el amor, más bien, todo lo contrario: el trato amoroso permite que aparezca el *tú*, progresivamente, en su verdad más pura. Antes de que el amor nazca, el hombre o la mujer se sienten llamados, atraídos por las cualidades exteriores o el carácter con que la otra persona se presenta. Pero al nacer el sentimiento, lo que se ve es la persona en cuanto tal, el bien inefable que es aquel ser en concreto, y no simplemente las características atractivas que aquella persona ofrece.

La simple y popular expresión *el amor es ciego* parece referirse a lo que digo: cuando se ha desvelado la verdad de la persona, el dato exterior y las cualidades exteriores pierden parte de su importancia. Lo que fascina, lo que funda el amor verdadero, es la realidad personal que se plasma en los rasgos aparentes. Frente a la verdad de lo que esta persona es, su apariencia exterior representa el valor de un anuncio del *tú*: el único de quien de verdad merece la pena enamorarse.

Vania, protagonista de Dostoievski en *Humillados y ofendidos*, tiene curiosidad por conocer a Katerina, una joven de la que ha oído hablar maravillas. Por fin tiene ocasión de conocerla. Busca «algo» —cualidades, belleza...— y no encuentra nada llamativo a ese nivel. Sin embargo, deja emerger el *tú*, abre sus puertas, permite que le hable en miradas y gestos... y finalmente la descubre:

«Busqué con la vista a Katerina Fiodorovna. Se hallaba en otra pieza con Aliocha, pero vino apenas se enteró de nuestra llegada. El príncipe le besó la mano cariñosamente y la condesa me presentó. El príncipe intervino para que empezáramos a conocernos. Era una rubita vestida de blanco, de escasa estatura, de expresión plácida y dulce y ojos de un azul muy claro, como nos había dicho Aliocha. Sólo tenía la belleza de la juventud. Yo esperaba ver una beldad, y no lo era en modo alguno. Un rostro ovalado, de fino contorno, facciones regulares, cabello abundante, y verdaderamente hermoso, sencillamente peinado, y una mirada dulce y atenta. Si me hubiera cruzado con ella en la calle o en cualquier parte, habría pasado por su lado sin prestarle atención. Pero ésta fue la impresión que recogí en el primer momento. En el curso de la velada tuve ocasión de observarla un poco mejor. Me tendió la mano, mirándome a los ojos con una fijeza penetrante e ingenua, sin decir palabra. Este simple detalle me sorprendió como algo

fuera de lo corriente, y, a pesar mío, le sonreí. Me había dado cuenta en un instante de que tenía ante mí un ser de corazón puro. La condesa la vigilaba. Después de haberme estrechado la mano, Katia se apresuró a dejarme y se sentó con Aliocha en el otro extremo de la sala. Aliocha, al saludarme, me había dicho en voz baja: “Sólo estaré aquí un momento. Enseguida me voy allí”.

»Aquella noche y en días sucesivos penetré hasta el fondo de su ser. Tenía un corazón impetuoso y sensible. En algunas ocasiones parecía despreciar el arte del autodomínio y ponía la verdad en primer término. Consideraba toda presión como un prejuicio y parecía sentirse orgullosa de esta convicción, como ocurre con frecuencia a las personas apasionadas, incluso cuando ya no son demasiado jóvenes. Esto le prestaba un encanto especial. Le gustaba pensar, buscar la verdad, pero estaba tan exenta de pedantería, tenía salidas tan infantiles, que desde el primer momento resultaban simpáticas sus originalidades y ella misma. Me acordé de Lev y de Boris y me pareció natural la actitud de todos ellos»⁸.

Si en el amor de átomos *la imaginación* tiene un papel importante, en el amor de un *tú*, *la realidad* asume el protagonismo insustituible. La realidad más real del *tú* asume toda su verdad: grandezas y limitaciones, sublimidades y bajezas, cualidades y carencias...

Si la educación del Emilio de Rousseau exigía educar su imaginación para crear en la subjetividad aquello que amará, la educación para el amor de un *tú* requiere educar la imaginación no ya para redescubrir lo más lejano e ideal, sino lo más íntimo y cotidiano: el misterio que somos cada uno de nosotros, el misterio que encierra el *yo* y el *tú*.

Resulta interesante la experiencia de C. S. Lewis, atento siempre a desactivar la trampa de sustituir el *tú* de Hellen —su mujer— por algo imaginado por él. En su caso, el riesgo es mayor, pues ella acaba de morir. Pero se da cuenta:

«Y, es más, cuando caigo en ello, me doy cuenta de que me lleva a tergiversar la imagen misma de H. En cuanto le doy alas a este humor, al poco rato la mujer de carne y hueso viene sustituida por una simple muñeca sobre la que lloriqueo. Gracias a Dios, el recuerdo de ella es todavía suficientemente fuerte (¿lo seguirá siendo siempre tanto?) como para salir adelante»⁹.

Sabe que si su amor, vivo todavía, no recae en el *tú* de carne y hueso, terminará por no amar más que a un producto suyo, que usará a su capricho. No le resulta fácil, pero está prevenido:

«Por primera vez he vuelto atrás y he estado leyendo estas notas. Me he quedado horrorizado. Por la forma en que he venido hablando, cualquiera tendría derecho a pensar que lo que más me importa de la muerte de H. son sus efectos sobre mí mismo. Su punto de vista parece haber desaparecido del panorama. [...] Tengo que pensar más en H. y menos en mí mismo».

«Sí, ya, se dice muy fácil. Pero existe una dificultad. Estoy pensando en ella casi siempre. Pensando en la realidad de H.: en sus verdaderas palabras, miradas, risas y acciones. Y sin embargo es mi propia mente quien las selecciona y las agrupa. Ya ahora, a menos de un mes de distancia de su muerte, puedo percibir el lento e insidioso comienzo de un proceso que irá convirtiendo a la H. que recuerdo en una mujer cada vez más imaginaria. Claro que basándome en la realidad como me baso, no crearé nada totalmente ficticio, o por lo menos eso espero. Pero de todas maneras, ¿no resultará inevitablemente una composición cada vez más de mi propia cosecha? La realidad ya no está aquí para hacerme un chequeo, para agarrarme por las solapas, como ella, la real H., hizo tantas veces, tan de sopetón, a base de ser tan palmariamente ella y no yo».

Cuando el amor se convierte en capricho incontrolable

¿Tiene algo que ver todo esto con la persona normal de la calle? ¿Quién se plantea estas inquietudes cuando ama? Queremos terminar afirmando que estas cuestiones están presentes en la mente de cualquier persona que mantiene una relación amorosa. De forma consciente o inconsciente, todos entendemos el amor como una experiencia encerrada en nuestra subjetividad, o como una relación —experimentada en lo subjetivo, pero establecida con un ser objetivo— que nos une a otro *tú*.

El norteamericano Raymond Carver, siempre austero y lacónico, en sus novelas no es gris, tampoco rosa; se esfuerza por reflejar en los personajes de sus novelas el espíritu de sus contemporáneos, busca siempre plasmar en ellos la verdadera y auténtica realidad. No se plantea de forma expresa la cuestión que aquí hemos tratado, pero —no puede ser de otro modo— está presente.

En su obra póstuma *Si me necesitas, llámame*¹⁰, nos cuenta la relación entre Nancy y su marido Dan, que en esos momentos se encuentra algo fría. Ella y él mantienen relaciones extramatrimoniales. Un verano quieren probar si es posible sacar adelante su matrimonio. Envían a su hijo Richard a Washington, con su abuela, donde se sacará algo de dinero con algún trabajo eventual. Padre e hijo charlan un rato acerca de la situación:

«—¿Os vais a divorciar mamá y tú? —preguntó.

»Era sábado por la mañana y no había mucho tráfico.

»—Si podemos evitarlo, no —contesté—. No queremos. Por eso nos marchamos, a pasar el verano sin ver a nadie. Por eso hemos alquilado nuestra casa durante el verano y por eso hemos alquilado otra en Eureka. Y por eso te vas tú también, supongo. Por no hablar de que volverás a casa con los bolsillos llenos de dinero. No queremos divorciarnos. Queremos estar solos durante el verano y ver si arreglamos las cosas.

»—¿Sigues queriendo a mamá? Ella me ha dicho que te quiere.

»—Pues claro que la quiero. A estas alturas deberías saberlo. Sólo que hemos tenido un montón de problemas y muchas responsabilidades, como todo el mundo, y ahora necesitamos tiempo para estar solos y encontrar una solución. Pero no te preocupes por nosotros. Tú ve a casa de tu abuela, pasa un buen verano, trabaja mucho y ahorra dinero».

Llegan a la bonita casa de campo alquilada —la había escogido él con su amante Susan—, disfrutan del paisaje, del campo; pasean, hablan, se besan, van de compras, quieren comprar un perrito... Se detienen y observan a un pescador, con quien intercambian unas palabras. En el transcurso de la conversación, el pescador lanza inocentemente la palabra que en la cabeza de Nancy se convertirá en explosivo de acción retardada:

«—Gracias —dijo al pescador—. Y buena suerte.

»—A usted también —dijo él—. Suerte a los dos». Entran en una tienda de deportes, compran licencias, cañas y todo lo que necesitan, porque han hecho el plan de ir a pescar a la mañana siguiente.

«Pero por la noche, después de cenar, fregar los platos y encender la chimenea, Nancy sacudió la cabeza y dijo que aquello no iba a dar resultado.

»—¿Por qué dices eso? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

»—Quiero decir que no va a dar resultado. Reconozcámoslo. —Volvió a sacudir la cabeza—: En realidad no tengo ganas de ir a pescar mañana, ni tampoco quiero un perro. No, nada de perros. Más bien me apetece ir a ver a mi madre y a Richard. Sola. Quiero estar sola. Echo de menos a Richard —dijo, rompiendo a llorar—. Richard es mi hijo, mi niño, y ya es casi un adulto y pronto se irá. Lo echo de menos.

»—¿Y a Del (así se llama el amante de ella)? —dije yo—. ¿También echas de menos a Del Shraeder? A tu amigo. ¿Le echas en falta?

»—Esta noche echo a todo el mundo en falta. También a ti. Hace mucho que te echo de menos. Te he echado tanto de menos que es como si no estuvieras conmigo. No sé cómo explicarlo, pero te he perdido. Ya no eres mío.

»—Nancy.

»—No, no.

»Sacudió la cabeza. Se sentó en el sofá, frente al fuego, sin dejar de mover la cabeza.

»—Mañana quiero coger el avión para ir a ver a mi madre y a Richard. Cuando me marche podrás llamar a tu amiga.

»—Eso no —dije—. No tengo ninguna intención de hacer eso.

—La llamarás —dijo ella—».

A pesar de los intentos del marido, ella se irá al día siguiente. Pero antes tienen tiempo, porque ella se desvela:

«—Voy a hacer café —dije—. ¿Te apetece, Nancy?

»—Te diré lo que me apetece —dijo ella—. Estoy en las nubes, Dan. Como si me hubiera drogado. No sé explicar esta sensación, pero me gusta. [...]

»Así que nos sentamos frente al fuego bebiendo café y escuchando una radio de Eureka que emitía toda la noche mientras hablábamos. [...] Bailamos. No mencionamos para nada nuestra situación. La bruma pendía al otro lado de la ventana y charlamos y estuvimos cariñosos el uno con el otro. Al amanecer apagué la radio, nos acostamos e hicimos el amor».

Pocas cosas son explícitas en el relato. Pero, es inevitable preguntarse ¿cómo es posible una relación tan inestable, y de una forma tan pacífica? Ella basa todo en una sensación que no sabe explicar, «pero me gusta». El desencadenante es aquel «Suerte a los dos» del inocente pescador. Sí. Parece que es cuestión de suerte. Como quien echa una quiniela, o quien compra un sobre en la tómbola y se mantiene a la expectativa hasta leer el número impreso en el interior, como quien juega a la ruleta hasta que la bolita se para indicando el destino del dinero apostado.

Así de azaroso también, el amor: hay que esperar a ver cómo salen las cosas. Por eso, su crisis se fundamenta en sus sensaciones: «Quiero decir que no va a dar resultado», y empieza a hablar de lo que le apetece y no de lo que tiene o no tiene ganas. Ella encuentra el amor dentro, en su propia subjetividad; es testigo de lo que allí dentro ocurre, pero reconoce que no lo controla: no tiene el control sobre los sentimientos que se generarán. Por eso es cuestión de probar, de esperar la suerte, de ver cómo resultan las cosas.

En otro relato del mismo autor, «¿Qué queréis ver?»¹¹, sucede casi lo mismo. La pareja tiene previsto separarse. Todo del modo más pacífico. La historia de sus vecinos, por el contrario, es una formidable historia de amor. Ella comenta: «A veces las cosas salen bien. Dan resultado».

Y ya está. Al día siguiente... cada uno por su lado. Parece que este realismo *descomplicado*, que quiere reflejar sin más la realidad, es una bonita forma de vivir pragmáticamente también la vida amorosa: una buena forma de liberar el amor, de alejarlo de torturas y sufrimientos. Parece que no tiene ninguna antropología detrás. Y no es así.

Toda esta literatura se apoya en los cimientos del amor de átomos, que entiende el amor como una experiencia cerrada dentro de uno mismo, sensibilidades despertadas por una persona ahora, y quizá dentro de un tiempo las despierte otro. El *tú* es secundario: sólo importa en la medida en que haya química y sea capaz de provocar buenas sensaciones. Es posible que resulte, es posible que no funcione: para saberlo no queda más remedio que probar y esperar a ver cómo van las cosas. No hay quien controle el caprichoso mundo de los sentimientos.

CAPÍTULO 3

EL SIROPE NO HACE PAREJA

Si la pareja es posible, ¿qué es?

Son muchos los modos de entender qué sea la pareja. Leí en la prensa que alguien había logrado que reconociesen legalmente su emparejamiento con una piedra. Había descubierto el valor de una piedra bastante singular, con la que vivía desde hacía tiempo. Recurrió a la legislación de su país —del norte de Europa— y exigió que se le reconociese la relación matrimonial entre la piedra y él, ya que cumplía todas las exigencias.

Independientemente de la verosimilitud de la noticia, se ve que el modo de entender la pareja admite diferencias. El doble modo de concebir el amor expuesto en el capítulo anterior —amor de átomos o amor de un tú— condiciona dos modos de concebir la pareja. ¿Qué es la pareja? ¿En qué medida el amor como sirope es capaz de hacer pareja? También en esta ocasión lo encontramos reflejado en nuestra literatura.

Cuando no es posible superar la soledad

Emilio —protagonista de la obra de Rousseau— un día abandona París para buscar a Sofía en lugares menos urbanos. En esas páginas Rousseau se convierte en maestro de numerosos novelistas del siglo XX que seguirán su inquietud por analizar la psicología

de los hombres y mujeres enamorados, de acuerdo con la sensibilidad moderna. Y hace una denuncia: nadie —ningún dios ni ningún filósofo— ha dado al ser humano la educación necesaria para superar su soledad en el matrimonio. Interesante denuncia. Muy interesante, pero habría que ver si es verdad. El problema es que a partir de los presupuestos de Rousseau, tal y como él entiende las cosas, romper la soledad de los amantes no resulta fácil —por no decir que resulta imposible—. ¿Por qué?

Si la relación amorosa se asemeja a la de dos átomos yuxtapuestos, si lo que el amado hace en el amante se reduce a provocar sentimientos de necesidades y tendencias saciadas en la subjetividad del otro, no pasa de ser una satisfacción individual y privada. Entonces, este amor —mejor dicho, este *supuesto* amor—, sí que se vive desde el aislamiento, desde la soledad: el amor así entendido no es escalera que asome a la verdad del otro, ni taladro capaz de romper la sólida y escondida armadura que encierra al *yo* en su más profunda existencia.

Este encerramiento lo expresa con acierto Ernesto Sabato. Su protagonista se ve condenado a la soledad. Irremediablemente encerrado en el túnel de su existencia, incapaz de establecer verdaderas relaciones con la chica, hace balance:

«¡La hora del encuentro había llegado! Pero ¿realmente los pasadizos se habían unido y nuestras almas se habían comunicado? ¡Qué estúpida ilusión mía había sido todo esto! No, los pasadizos seguían paralelos como antes, aunque ahora el muro que los separaba fuera como un muro de vidrio y yo pudiese ver a María como una figura silenciosa e intocable... No, ni siquiera ese muro era siempre así: a veces volvía a ser de piedra negra y entonces yo no sabía qué pasaba del otro lado, qué era de ella en esos intervalos anónimos, qué extraños sucesos acontecían; y hasta pensaba que en esos momentos su rostro cambiaba y que una mueca de burla lo deformaba y que quizá había risas cruzadas con otro y que toda la historia de los pasadizos era una ridícula invención o creencia mía y que en todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida. Y en uno de esos trozos transparentes del muro de piedra yo había visto a esta muchacha y había creído ingenuamente que venía por otro túnel paralelo al mío, cuando en realidad pertenecía al ancho mundo, el mundo sin límites de los que no viven en túneles; y quizá se había acercado por curiosidad a una de mis extrañas ventanas y había entrevisto el espectáculo de mi insalvable soledad, o le había intrigado el lenguaje mudo, la clave de mi cuadro. Y entonces, mientras yo avanzaba siempre por mi pasadizo, ella vivía afuera su vida normal, la vida agitada que llevan esas gentes que viven afuera, esa vida curiosa y absurda en que hay bailes y fiestas y alegría y frivolidad. Y a veces sucedía que cuando yo pasaba frente a una de mis ventanas ella estaba esperándome muda y ansiosa (¿por qué esperándome? ¿y por qué muda y ansiosa?); pero a veces sucedía que ella no llegaba a tiempo o se olvidaba de este pobre ser encajonado, y entonces yo, con la cara apretada

contra el muro de vidrio, la veía a lo lejos sonreír o bailar despreocupadamente o, lo que era peor, no la veía en absoluto y la imaginaba en lugares inaccesibles o torpes. Y entonces sentía que mi destino era infinitamente más solitario que lo que había imaginado»¹.

Impresionante imagen: ¡que cada uno viva en un pasadizo levantado por muros de plástico! Pero detengámonos en considerar que la concepción que tengamos del *yo* y del amor es la que nos determina a entender que el hombre esté condenado a una soledad infranqueable, o que, por el contrario, la pareja derrote y venza la soledad.

El otro como elemento edulcorante

Por supuesto que el amor pone *en contacto* a dos. Así es. Pero ¿qué tipo de contacto es éste? Si se entiende el *yo* como individuo y el amor como estado subjetivo, la pareja es contacto de dos que se agrupan. La pareja es eso: dos juntos, y nada más que eso. Uno y otro. Uno a continuación del otro. Mera agregación, como se agregan el helado y el sirope.

Entender la pareja como la agrupación libre de dos individuos tiene su razón de ser. El modo más común de entender la pareja en nuestra cultura —frecuentemente reflejado en la literatura— es éste. Esta agrupación de dos exige cierta compatibilidad, la voluntad de compartir algo, y permite relaciones contractuales, contratos que resultan del mutuo acuerdo, algo que se asume, se legisla, se estipula, se exige... Se diferencia de otras agrupaciones o asociaciones en el contenido que se pacta.

En toda sociedad hay muchas agrupaciones. La misma sociedad es una agrupación. La ciudad, una asociación política, una peña futbolística, una sociedad gastronómica, una comunidad de vecinos, una comuna, un matrimonio... Todas tienen en común ser una agrupación. Todas se fundan sobre el contacto entre individuos agrupados. ¿En qué se diferencia la pareja de otras agrupaciones? Si el amor es un puro estado subjetivo, esencialmente no se diferencia en nada. Se distinguirá en aspectos circunstanciales, que dependerán de la voluntad de los amantes. Ellos establecen las condiciones de esa relación: de uno con otro, de un sexo u otro, con separación de bienes o no, para siempre o por un tiempo, con formalización jurídica o simplemente de hecho...

Pues bien, la pareja entendida como átomos agrupados, lógicamente será una sociedad establecida entre dos personas, con las exigencias que entre ellos quieran asumir. Una agrupación consentida que pone el contrato como base del contacto (también podría ser cosa de tríos: cuestión de gustos). Y el contrato, los derechos y deberes no encuentran otro fundamento ni exigencia que la libre voluntad de los contrayentes. Las relaciones entre átomos fácilmente —inevitablemente, me atrevería a

decir— toman la forma de defensa contra posibles intromisiones del otro en la vida de uno.

Es posible que en el amado se haya descubierto un *tú*, que se le quiera y se le quiera mucho, que en la relación reine la mejor de las intenciones, que se le respete y se quiera lo mejor para los dos... Pero si se entiende el *yo* como individuo y el amor como algo sólo subjetivo, la pareja no será algo muy distinto a *dos buenos amigos que se juntan*, y que se juntan del modo, durante el tiempo y con la finalidad que ellos libremente acuerden.

De forma inconsciente en muchos casos, el espíritu utilitario de nuestro tiempo dicta la relación de la pareja así entendida. Nos hemos habituado de tal forma a tratar con *cosas* que se corre el riesgo de que a las personas se les dé el trato que correspondería sólo a las cosas. Enteras áreas del saber —como la economía por ejemplo— se establecen sobre el concepto de *cosa*. Y cuando, con espíritu utilitarista, se abordan los problemas humanos, se adopta la actitud del mecánico —experto en cosas— cuyo interés y habilidad se mueven en el ámbito de lo instrumental.

Quizá sea más sencillo de expresar de este otro modo. Si toda la realidad del amor se reduce a la experiencia subjetiva, el amor no se relaciona realmente con nada que se encuentre fuera del sujeto. Por lo tanto, lo único que realmente relaciona con el otro es *la voluntad de agruparme* con el otro, y esa voluntad no tiene más exigencias que las que uno quiera asumir. Por eso, matrimonio, parejas de hecho, divorcio, matrimonio homosexual... y toda variable que se quiera introducir es algo absolutamente lógico o coherente con este presupuesto. A todo se tiene derecho.

Kierkegaard lo advierte. En una relación así no cabe la eternidad, el para siempre, como algo exigible.

«Lo eterno en el amor se convierte en objeto de burla, lo único que queda es lo temporal, pero con un renovado refinamiento de eternidad sensual»². Se dan por satisfechos en el momento bello y el matrimonio se considera como su dilatación en el tiempo. Se hace del matrimonio una institución civil. Sin más. Una institución civil, sin naturaleza propia.

El amor, así considerado, no exige nada. La amistad tiene sus exigencias, la maternidad las suyas, como las tiene la paternidad; pero el amor... no exige nada en nombre propio. Su realidad es subjetiva; su única realidad objetiva es la voluntad de agruparse en las condiciones que entre ambos se establezcan. Pero el amor, por sí mismo, no exige nada.

El matrimonio, entonces, no es una cosa demasiado seria. No es más que una institución civil. Lo ha visto con claridad el francés Albert Camus. Su protagonista de *El extranjero*³ —escrita en 1942— supone una lúcida descripción del estado de los valores del mundo contemporáneo europeo. Después de haber pasado un par de fines de semana

en el apartamento de él, ella le hace una propuesta:

«Por la tarde, Marie vino a buscarme y me preguntó si quería casarme con ella. Le dije que me daba igual y que podíamos hacerlo si era su deseo. Me preguntó entonces si la quería. Contesté, como ya había hecho una vez, que nada significaba eso, pero que ciertamente no la quería. “¿Por qué te casarías entonces conmigo?”, dijo ella. Le expliqué que la cosa no tenía importancia alguna, pero que si ella lo deseaba podíamos casarnos. Además, era ella la que lo preguntaba y yo me limitaba a responder que sí. Comentó ella que el matrimonio era una cosa seria. Respondí: “No”. Se calló un momento y me miró en silencio. Después habló. Quería simplemente saber si yo habría aceptado la misma proposición de otra mujer, a la que hubiese estado unido de igual modo. Dije: “Naturalmente”. Se preguntó entonces si ella me amaba a mí, pero yo nada podía decir sobre ese punto. Después de otro momento de silencio, musitó que yo era raro, que sin duda ella me quería por eso, pero que tal vez un día yo le repugnaría por las mismas razones. Como me callaba, porque nada tenía que añadir, me tomó del brazo sonriendo y declaró que quería casarse conmigo. Le dije que lo haríamos cuando quisiera».

Por sorprendente que resulte, el autor mantiene un paralelismo entre su relación con Marie, y la relación de su vecino Salamano con su perro. Nos los presenta así:

«Al subir, en la oscura escalera, me di contra el viejo Salamano, mi vecino de piso. Iba con su perro. Hace ocho años que los veo juntos. El podenco tiene una enfermedad de la piel, sarna, creo, que le hace perder casi todo el pelo y que lo cubre de placas y costras oscuras. A fuerza de vivir con él, solos los dos en una pequeña habitación, el viejo Salamano ha llegado a parecersele. [...] Parecen de la misma raza, y sin embargo, se detestan. Dos veces por día, a las once y a las seis, el viejo pasea a su perro. Al cabo de ocho años, no han cambiado de itinerario. Se los ve a lo largo de la calle de Lyon, el perro tira del hombre, hasta que el viejo Salamano tropieza. Entonces golpea al perro y lo insulta. El perro se agacha aterrado y se deja arrastrar. Entonces tiene el viejo que tirar de él. Cuando el perro ya se ha olvidado vuelve a tirar de su amo y vuelve éste a golpearlo y a insultarlo. Los dos se detienen entonces en la acera y se miran, el perro con terror, el hombre con odio. Así todos los días. Cuando el perro quiere orinar, el viejo no le deja tiempo y tira de él; el podenco deja tras él un reguero de pequeñas gotas. Si por azar el perro lo hace en la habitación, es golpeado de nuevo. Hace ocho años que la historia dura. Celeste dice siempre “Qué desgracia”, pero, en el fondo, nadie puede saber. Cuando le encontré en la escalera, Salamano estaba insultando a su perro. Le decía: “¡Cabrón! ¡Carroña!” , mientras gemía el perro».

Una relación bien descrita bajo las coordenadas de la convivencia, de un hacerse la vida imposible, de un aparente odio pero que, «en el fondo, nadie puede saber». Y nadie puede saber porque, unos días más tarde, cuando el viejo pierde a su perro llora

desconsoladamente, lo busca y lo rebusca sin aceptar su ausencia. Nuestro protagonista intenta consolar al viejo: «Dije al viejo Salamano que podría tener otro perro, pero tuvo razón al responderme que estaba habituado a aquél».

Este episodio lo pone el autor a continuación de la relación del chico protagonista con Marie, dando a entender cierto paralelismo. Trata de mostrar así que las diferencias entre las dos parejas son sólo accidentales: lo esencial —convivir juntos, habituarse entre ellos, necesitarse por costumbre, entre insultos y fobias— es común. Según la propuesta de Albert Camus, lo que distingue a mi pareja de otras es que a la mía me he habituado; poco más.

Ahora sí podemos decir lo que antes hemos evitado por miedo a no ser entendidos. Una mirada atenta sobre esta concepción de la pareja desvela lo siguiente: hablando en sentido filosófico, la pareja se levanta sobre un error inherente a esta relación, el error de *cosificar* al otro, dejar de tratarlo como un *tú*. Se le puede querer, respetar y admirar, pero el trato que de hecho se le da no es el que exige un sujeto: así entendida la pareja, el único sujeto es el de uno mismo. El otro es poco más que algo capaz de endulzar la vida durante un tiempo.

Pareja como «nosotros»

Sin embargo, otras obras literarias presentan la relación de la pareja como algo radicalmente distinto:

«Paseábamos por la orilla del río y éramos grandes. Me gustaría saber qué éramos en realidad. Poseíamos toda la verdad porque no queríamos nada más. Y poseíamos la belleza porque estábamos contentos, pero no sabíamos muy bien por qué»⁴.

La pareja no es un *yo* más un *tú*, no es suma o yuxtaposición. ¿Qué es, entonces? «Me gustaría saber qué éramos en realidad», dice. Y es que no es fácil de explicar. Se trata de algo nuevo a lo que solemos referimos con «nosotros». Otros acuden a imágenes: «Éramos un solo barco»⁵. O formulan poéticamente el deseo de «vaciar me de mí y estar a solas contigo en la esencia de nosotros»⁶.

Este *nosotros* es de tal intensidad que no desaparece uno mientras vive el otro. La escritora Marisa Madieri lo vio realizado en sus padres:

«Fue en San Giovanni donde mi madre pasó el último año de su vida, aquejada de una enfermedad grave, el síndrome de Alzheimer, que, en un proceso irreversible, la hizo caer rápidamente en una senilidad precoz, consumiendo su cuerpo y su mente hasta la muerte. Las primeras señales de este mal se hicieron notar después de que muriera la abuela. Comenzó con unas amnesias relacionadas con pequeñas acciones cotidianas, episodios marginales de su vida. Después olvidaba los nombres de las cosas. Mamá se

daba cuenta de que estaba perdiéndose y luchaba desesperadamente, y escribía en papelitos, que esparcía por la casa, el nombre de los objetos —reloj, cojín, silla—, inútiles salvavidas arrojados en el pantano del olvido que la estaba engullendo. Olvidó poco a poco la ortografía y al final la escritura. La realidad, también la más terrible, parece a veces un plagio de célebres páginas literarias.

»Su memoria, inexorablemente destruida, se precipitó en la noche. En los últimos meses no fue ni siquiera capaz de reconocernos a mi hermana y a mí. Continuó en cambio hasta el final llamando a papá, que fue el último en quedar borrado»⁷.

El amor es una realidad fundada en algo objetivo; es una relación real entre amado y amante, entre un *yo* y un *tú*, que va mucho más allá de los cambiantes sentimientos que la acompañan. Esa realidad nueva que crean libremente, el *nosotros*, tiene su naturaleza propia, su nuevo ser, con sus leyes intrínsecas que se traducen en exigencias objetivas.

a. Ayuda

Lo que une al hombre y a la mujer no es el instinto sino la ayuda. Ambos trabajan juntos en todos los campos de la vida, se complementan.

No entenderlo así pone un límite a la vida del amor. Lajos, protagonista de Sándor Márai, sitúa en este punto la clave del fracaso de su amor con Eszter:

«Tú fuiste... Tú hubieras podido ser para mí lo que me faltaba: mi carácter. Uno se da cuenta de estas cosas. Una persona que no tiene carácter o que no tiene un carácter perfecto es un inválido en el sentido moral de la palabra. Hay muchas personas así. Son seres perfectos en todos los sentidos, pero es como si les faltara un miembro, una mano o un pie. Luego, se les pone una prótesis y se vuelven capaces de trabajar, de ser útiles para el mundo. Perdóname la metáfora, pero tú hubieras podido ser una prótesis así para mí... Una prótesis moral. Espero no ofenderte —añadió, y se inclinó hacia mí con ternura»⁸.

b. Cambio

Abrirse al amor es dejar *que la presencia del otro lo cambie*. Y el cambio supone mucho: superar la indolencia de la costumbre, la inercia de lo habitual, y cualquier forma de egocentrismo en donde el *yo* ocupa el centro del propio interés y atención.

El *yo* no absorbe al *tú*. El amor de uno no anula al otro: esto sería posesión, apropiación y, en definitiva, destrucción del *tú*. El amor hace del otro «mi» *tú*: el *yo* y el *tú* se encuentran en el *nosotros*. Y este tránsito sólo se puede verificar si dejo que la presencia del otro me cambie, arrancándome de aquella soledad existencial en que el *yo* se encontraba antes de enamorarse.

La relación hombre-mujer se hace problemática si el movimiento de aceptación del otro se encuentra con la negativa a dejarse cambiar por su presencia. En la dinámica del amor un movimiento imprescindible es el de aceptar al otro como un don; si recibo el regalo de un coche, puedo seguir siendo el mismo; ahora bien, si lo que recibo es una persona, necesariamente ese don es capaz de cambiarme. Pues bien, el amor es irresponsable si la aceptación del otro se recibe con la actitud de quien acepta una cosa, que es siempre inerte. Si no estoy dispuesto a cambiar sería mejor no aventurarme en el amor.

Este cambio exige cierta grandeza, «que no tiene tanto que ver con lo que hacemos como con lo que deja de hacer el animal que hay en nosotros, que tiene mucha fuerza pero necesita una fuerza mayor para dejar de tenerla»⁹.

Cambiar, ¿hasta qué punto? Lo que sea preciso para ser la mejor ayuda, para realizar el mejor *nosotros*. Sin condiciones. Eso es lo que merece el *tú*.

c. Para siempre y exclusivamente

En los primeros días del matrimonio de Lev Tolstói, la experiencia del *nosotros* es tan intensa que le lleva a exclamar: «No puede ser que esto acabe con la vida»¹⁰.

Quien descubre un *tú* y decide unirse absolutamente a él, no necesita demostración que le razone la exclusividad —unirse sólo al amado— y la indisolubilidad —unirse para siempre—. Quizá se podrían encontrar argumentos que lo demostrasen, pero de forma pacífica entendemos que el amor es así. Con independencia de la legislación que rija el Estado, el amor tiene *su propia legislación*.

Hegel lo dice con claridad cuando se enfrenta con la tremenda contradicción que encierra el amor desde el punto de vista racional: «El primer momento del amor consiste en que yo no quiero ser una persona autosuficiente para mí, y, si lo fuera, me sentiría indigente e incompleto». Y es que sin una unidad real no hay amor: el amor «es un poder unificador que vincula de tal modo naturaleza y libertad, sujeto y objeto, que cada uno de ellos mantiene su especificidad a la vez que se encuentra relacionado con el otro en una unidad inseparable».¹¹

CAPÍTULO 4

EL CUERPO: ¿CARNE O MISTERIO?

¿Tengo cuerpo, lo soy, o *también* lo soy?

La modernidad viene acompañada de un progresivo dominio del hombre sobre la materia. También la realidad corporal ha ido siendo controlada en mayor medida. Este control ha permitido al hombre disminuir la dependencia respecto a su cuerpo, llegando a manipulaciones que le enseñorean sobre él de modo formidable.

Pero ¿también en las relaciones amorosas se ha disminuido la dependencia del cuerpo? ¿Pretenden acaso prescindir de la materia? ¿Quién ejerce dominio sobre quién? ¿Amor y cuerpo son rivales o aliados? La importancia de la cuestión es enorme. En último término, la respuesta a estas preguntas está condicionada al modo en que entendamos la identidad del *yo*.

Las posibilidades que se nos presentan son éstas: o yo *tengo* cuerpo, o yo *soy* cuerpo; y si yo *soy* cuerpo, puedo entender que yo soy *sólo* cuerpo o que yo soy *también* cuerpo. Tres posibilidades que nos introducen en tres mundos distintos —sí, absolutamente distintos— que la literatura recrea.

La presencia del cuerpo en toda relación amorosa es evidente. El cuerpo tiene mucho que ver en cualquier historia de amor. Su protagonismo es de primer orden. Ahora bien: ¿qué tiene que ver con el amor?

¿Qué valor tiene el cuerpo? ¿Cuál es su papel?

El cuerpo banalizado

Una forma de entender la realidad corporal del ser humano es «yo tengo cuerpo». En consonancia con el *yo atomizado* propuesto por la filosofía moderna, el cuerpo es parte de uno mismo, pero no *es* uno mismo. Corporalidad —en su sentido más amplio, incluida su dimensión sexual— es una realidad de la que uno dispone, algo con lo que uno cuenta.

Son realidades *mías*. No en el sentido de que sean partes de mí, sino en el sentido de que me pertenecen sin condicionarme. De la misma forma que tengo unos zapatos y hago con ellos lo que mejor me venga, con mi cuerpo también: si se quiere se mantiene el género, por ejemplo; si no, se cambia. Cada uno, único propietario de su cuerpo y sexualidad, dispone de él como le apetezca o como piense que mejor le pueda servir. Por decirlo de otra forma: el cuerpo es extrínseco a mi persona, es ajeno. El cuerpo está para uno, y —en el mejor sentido de la expresión— uno no le debe nada.

Entonces, ¿exigen los cuerpos un respeto? Por supuesto. Afortunadamente nuestra cultura ha alcanzado una sensibilidad ecologista que vela por relaciones respetuosas con el cuerpo... como con las aguas fluviales, los valles amenazados por la continua expansión de kilómetros de asfalto que lo invaden todo, la especie de monos en extinción o la contaminación ambiental. Esto es, se respeta el propio cuerpo como algo bueno, valioso, que merece ser cuidado y protegido, al tiempo que se considera como algo ajeno a lo que uno es, de lo que se dispone, con lo que cuento... y que más me vale cuidarlo.

En cierto modo, es una vuelta a los antiguos dualismos filosóficos: espíritu y cuerpo, dos elementos yuxtapuestos; como el preso encerrado en la prisión, así el alma en el cuerpo. Si bien el pensamiento moderno, más que un dualismo, supone un «pluralismo»: no es que cuerpo y espíritu sean dos realidades yuxtapuestas, sino que todo en el hombre moderno se encuentra yuxtapuesto: sentimientos, razón, cuerpo, tiempo, relaciones sociales, compromisos profesionales... Cada realidad tiene su propia autonomía, y la libertad es la que centraliza, sin tener que armonizar más allá de lo que exija la mera supervivencia.

Las consecuencias de esta interpretación de la realidad corporal son muchas. Una de ellas, que el cuerpo se puede *usar* como si nada tuviese que ver con el amor. El cuerpo es carne, en el sentido de que las únicas leyes que le regirán con indiscutible autoridad serán las leyes físicas, químicas y biológicas.

El sexo queda liberado de todo aquello que sea ajeno al sagrado código de la salud. Octavio Paz ha tratado el tema con lucidez en *La llama doble*, y delata que la licencia sexual, la moral permisiva «ha degradado a Eros, ha corrompido a la imaginación

humana, ha resecado las sensibilidades y ha hecho de la libertad sexual la máscara de la esclavitud de los cuerpos»¹.

El sexo se acerca más a la práctica de un deporte que a un lenguaje humano. No hay transgresiones de tipo moral. Se aconseja ganar en insensibilidad, pues no sería conveniente ligarse personalmente por el mero hecho de tener contactos corporales, igual que no se liga uno a otro por dejarle el coche. Los límites son evidentes: que no me estropee el cuerpo... ni el coche.

Lógicamente, la sexualidad se trata con soltura, desenfado y «naturalidad». Alguien comentaba la sorpresa que le supuso ver en el *New York Times* una fotografía de dos jóvenes sonrientes que exhibían unos condones en la mano. Se quejaba de la falta de intimidad natural. Habría que preguntarle: ¿Intimidad? Tratar la sexualidad no requiere mayor complejidad.

¿Por qué rodear de misterio la biología?

Hablar abiertamente de cualquier cosa con cualquiera, o en público, supone pasos adelante en esta liberación. Hacer lo que sea con quien se pueda es alcanzar el derecho al placer sexual, como se puede ejercer el derecho a entrar en las salas de juego, a practicar un deporte o a fumarse un puro.

Esta despersonalización del cuerpo llena páginas de literatura de nuestro siglo. En ocasiones no hacen más que reflejar una realidad cultural y social. El protagonista de Albert Camus, el extranjero, exponente del nihilismo más rotundo, experimenta y reconoce este deseo despersonalizado de sexualidad durante su estancia en la prisión; no lo combate, sino que lo acepta:

«Me atormentaba, por ejemplo, el deseo de una mujer. Era natural, dada mi juventud. No pensaba nunca particularmente en Marie. Pero pensaba con tal intensidad en una mujer, en las mujeres, en todas las que había conocido, en todas las circunstancias en que las había amado, que mi celda se llenaba de todos los rostros y se poblaba de todos mis deseos. Ese pensamiento me desequilibraba en un sentido. Pero en otros, mataba el tiempo. Había terminado por ganar la simpatía del guardián jefe que, a la hora de las comidas, acompañaba al mozo de cocina. Fue él quien, primero, me habló de mujeres. Me dijo que ésa era la primera cosa de la que se quejaban los otros. Le dije que yo era como ellos y que consideraba este tratamiento injusto»².

Otros autores crean situaciones en las que el cuerpo es banalizado —carne, frío objeto— para delatar este comportamiento como algo lejano y opuesto a la verdad de la experiencia amorosa. Divakaruni lo expresa con densidad y fuerza —esta vez referido al amor a su hijo:

«Conteniendo la respiración, estrecho a Bijoy entre mis brazos. “Mi talismán”. En el mismo instante en que formulo ese pensamiento, una terrible objetividad se apodera de mí. Por primera vez veo a mi hijo como lo hará un desconocido: un niño delgado de piel

oscura, bastante anodino, con un resto de *ketchup* de la comida ensuciándole la barbilla.

»Angustiada, beso a Bijoy varias veces. “Eres el mejor niño del mundo”, susurro a modo de ardiente disculpa. De todas formas, en la boca me queda un tenue regusto amargo, como de agua de mar»³.

El cuerpo sacralizado

C. S. Lewis nos introduce en otra forma de relacionarse con el cuerpo. Entiende que el cuerpo no es carne, sino algo más. En una de sus observaciones en torno a la pena de la ausencia de su mujer —recientemente aniquilada por el cáncer—, escribe:

«Tiempo, espacio y cuerpo eran los verdaderos elementos que nos unían, los hilos de teléfono a través de los cuales nos comunicábamos. Si se corta uno de ellos o los dos al mismo tiempo, para el caso es lo mismo, ¿cómo no va a interrumpirse la comunicación?»⁴.

Tiempo, espacio y cuerpo. Lógico. Aquel a quien se ama no es una idea, ni una sombra: es un *yo* encarnado en un físico concreto.

Cada uno *es* también su cuerpo. El *yo* y el *tú* son una realidad espiritual y carnal a un mismo tiempo. La persona es corporal, y el cuerpo personal. Una gran unidad. Cuando uno habla, el cuerpo se vuelve voz, algo sensible, y el otro se bebe sus palabras. Cuando uno pone sus labios en la mejilla del otro, el alma besa.

El anciano protagonista de Vergílio Ferreira habla a su mujer, rememorando momentos de su juventud:

«Yo inventaba tu cuerpo, me gustaría contártelo. Inventaba su eternidad, tu cuerpo salía entero a la superficie, se hacía perfectamente visible. No quedabas tú a un lado y tu cuerpo al otro. Era la alegría, la vida entera estaba allí. Entera perfecta, pero no eras sólo tú. Tu cuerpo no era sólo tú. En él estaba el mar y la arena y todo lo que convergía para que tu vitalidad se desbordara. Porque un cuerpo perfecto, querida, necesita mucho espacio a su alrededor para irradiar su perfección. Dios está en todas partes por eso. Existía un vínculo entre tú y las cosas, hasta con las más distantes, para que se cumpliera tu divinidad. Había un pacto entre tú y lo que existe, que es lo que se ve y lo que no se ve de eso que se ve. Espíritu carnal, se debe de llamar así. Y era allí donde me parecías más comprensible. Trascendente corpórea. Sencilla y enorme verdad de ser tú. Y si no consigo explicártelo, a ver si alguien te ayuda un poco. Sobre una roca contra el sol. De la materia de la roca y de la luz. Cuerpo triunfante, es lo que mejor recuerdo. Cuerpo denso y ágil. Furtivo. Tenías el alma toda hacia fuera como los animales»⁵.

Ciertamente se trata de un texto de enorme carga poética. Aunque recurre a imágenes fantásticas, quiere expresar una rotunda convicción: el cuerpo humano escapa a la mera

biología. El *yo* personal espiritualiza el cuerpo, lo ilumina. El cuerpo, entonces, reclama cierta sacralidad. La misma sacralidad que reclama el *tú*: «... venías de dentro de ti y llegabas al límite de los dedos, de las uñas, del pelo. Estabas en todo el cuerpo y yo te reconocía. En la piel, en los gestos. En los ojos eléctricos vivísimos».

El racionalismo tiene cerrada la puerta a esta literatura que espiritualiza la carne. Como uno recurre a las gafas de sol cuando la claridad es tanta que le daña, así el hombre es tentado a ponerse los anteojos de la razón cuando la formidable riqueza de lo real es tanta que le supera. Las lentes filtran, y los ojos ya se sienten cómodos con esa luminosidad rebajada; el racionalista experimenta cierta seguridad cuando simplifica una realidad demasiado rica para ser analizada.

Encontramos toda una literatura que sacraliza el cuerpo, que lo advierte misterioso. Como afirma Octavio Paz, «para los amantes el cuerpo piensa y el alma se toca, es palpable»⁶.

Las relaciones que se originan por esta sacralización del cuerpo son portentosas, inimaginables e inconcebibles para quien no las ha vivido. La literatura nos ilumina unos rincones fabulosos. Nos detenemos en los dos más básicos.

a. Importa que sea él, más que su estado

El mismo anciano de Vergílio Ferreira escribe a su mujer, de joven bailarina de cuerpo irresistible, ahora deteriorada por la enfermedad:

«Querida. Si pudieras venir. Me gustaría tanto verte. En cualquier edad de la vida, que estarías en todas porque en todas tengo necesidad de amarte. En la edad joven de tu pelo *à lo garçon*, en tu edad impulsiva cuando eras más enérgica que la vida, mujer eléctrica, cuando yo me quedaba exhausto sólo con mirarte. O más tarde, a la hora de esta diosa de la primavera que tengo aquí. O incluso ya al final, cuando te llevaba de la mano, renqueante, incómoda con todas las piezas de tu ser, e íbamos a comer al restaurante que había frente a nuestra casa. Si pudieras venir. A pesar de todo»⁷.

Por supuesto que la atracción de la belleza del cuerpo tuvo su papel en el comienzo de la mayor parte de las historias de amor. Pero pronto se sufre una transformación: lo que más interesa del cuerpo es quién es, y no los placeres que pueda proporcionar.

¿Qué amante puede resistirse a besar el cuerpo de su amado? Deforme... y le dice guapo. Hediondo... y no cobra distancia buscando aires mejores. Roto... y lo acaricia. En un estado repugnante... y deseado. El cuerpo es trascendido. Se ama la persona, y el amor enseña que la persona es corporal, allí se encuentra, en esa concreta realidad material se me tiende un puente que nos comunica, pues sabe que a través de él le llega —o mejor, que le llega llegándole al cuerpo.

Unamuno lo expresa con desgarró, referido a sí mismo: «No siento nada cuando rozo

las piernas de mi mujer, pero me duelen las mías si a ella le duelen las suyas».

b. Hablamos con el cuerpo

La pareja como la fundación de un *nosotros*, pretende la confusión completa del *yo* y el *tú*. Completa significa eso: completa. Si bien es verdad que no resulta posible realizar esa absoluta fusión, no deja de buscarse. Procura realizar la confluencia de dos vidas, confundirse en una sola, con una compenetración integral y lo más perfecta posible.

La fusión a la que aspira el *nosotros* se realiza en las vidas... y en los cuerpos. La intimidad se manifiesta corporalmente. La unión se realiza espiritual, psíquica y físicamente. Ésta es la razón por la que la amorosa entrega corporal necesariamente se rodea de magia y de misterio, de ternura e intimidad.

Cada uno *es* también su cuerpo. Por eso, el cuerpo siempre habla: dice la verdad cuando manifiesta y expresa la relación existente entre amante y amado; engaña cuando no se corresponden sus actos con la relación espiritual real entre ambos.

Mentir con el cuerpo daña dolorosamente el amor. Ernesto Sabato⁸ lo ha expresado magistralmente. Su protagonista advierte que no acaban de amarse María y él. Sus vidas no están unidas; es más, ella está casada, no le pertenece, no se le ha entregado. Le entrega su cuerpo buscando una garantía, y se da cuenta después de que resulta pernicioso. Mentir con el cuerpo —entregarlo cuando de hecho no se ha entregado la vida— perjudica porque esa unión corporal no expresa la realidad:

«Durante más de un mes nos vimos casi todos los días. No quiero rememorar en detalle todo lo que sucedió en ese tiempo a la vez maravilloso y horrible. Hubo demasiadas cosas tristes para que desee rehacerlas en el recuerdo.

»María comenzó a venir al taller. La escena de los fósforos, con pequeñas variaciones, se había reproducido dos o tres veces y yo vivía obsesionado con la idea de que su amor era, en el mejor de los casos, amor de madre o de hermana. De modo que la unión física se me aparecía como una garantía de verdadero amor.

»Diré desde ahora que esa idea fue una de las tantas ingenuidades mías, una de esas ingenuidades que seguramente hacían sonreír a María a mis espaldas. Lejos de tranquilizarme, el amor físico me perturbó más, trajo nuevas y torturantes dudas, dolorosas escenas de incomprensión, crueles experimentos con María. Las horas que pasamos en el taller son horas que nunca olvidaré. Mis sentimientos, durante todo ese período, oscilaron entre el amor más puro y el odio más desenfrenado, ante las contradicciones y las inexplicables actitudes de María; de pronto me acometía la duda de que todo era fingido. Por momentos parecía una adolescente púdica y de pronto se me ocurría que era una mujer cualquiera, y entonces un largo cortejo de dudas desfilaba por mi mente: ¿dónde?, ¿cómo?, ¿quiénes?, ¿cuándo?

»En tales ocasiones, no podía evitar la idea de que María representaba la más sutil y atroz de las comedias y de que yo era, entre sus manos, como un ingenuo chiquillo al que se engaña con cuentos fáciles para que coma o duerma. A veces me acometía un frenético pudor, corría a vestirme y luego me lanzaba a la calle, a tomar fresco y a rumiar mis dudas y aprensiones. Otros días, en cambio, mi reacción era positiva y brutal: me echaba sobre ella, le agarraba los brazos como con tenazas, se los retorecía y le clavaba la mirada en sus ojos, tratando de forzarle garantías de amor, de *verdadero* amor».

El relato está lleno de matices, y muestra el debate interno de quien sabe que miente con su cuerpo, y al entregarlo se perjudica. Se mueve lejos del amor verdadero. Y continúa:

«Pero nada de todo esto es exactamente lo que quiero decir. Debo confesar que yo mismo no sé lo que quiero decir con eso del “amor verdadero”, y lo curioso es que, aunque empleé muchas veces esa expresión en los interrogatorios, nunca hasta hoy me puse a analizar a fondo su sentido. ¿Qué quería decir?

¿Un amor que incluyera la pasión física? Quizá la buscaba en mi desesperación de comunicarme más firmemente con María. Yo tenía la certeza de que, en ciertas ocasiones, lográbamos comunicarnos, pero en forma tan sutil, tan pasajera, tan tenue, que luego quedaba más desesperadamente solo que antes, con esa imprecisa insatisfacción que experimentamos al querer reconstruir ciertos amores de un sueño. Sé que, de pronto, lográbamos algunos momentos de comunión. Y el estar juntos atenuaba la melancolía que siempre acompaña a esas sensaciones, seguramente causada por la esencial incomunicabilidad de esas fugaces bellezas. Bastaba que nos miráramos para saber que estábamos pensando o, mejor dicho, sintiendo lo mismo.

»Claro que pagábamos cruelmente esos instantes, porque todo lo que sucedía después parecía grosero o torpe. Cualquier cosa que hiciéramos (hablar, tomar café) era doloroso, pues señalaba hasta qué punto eran fugaces esos instantes de comunidad. Y, lo que era mucho peor, causaban nuevos distanciamientos porque yo la forzaba, en la desesperación de consolidar de algún modo esa fusión, a unirnos corporalmente; sólo lográbamos confirmar la imposibilidad de prolongarla o consolidarla mediante un acto material. Pero ella agravaba las cosas porque, quizá en su deseo de borrarle esa idea fija, aparentaba sentir un verdadero y casi increíble placer; y entonces venían las escenas de vestirme rápidamente y huir a la calle, o de apretarle brutalmente los brazos y querer forzarle confesiones sobre la veracidad de sus sentimientos y sensaciones. Y todo era tan atroz que cuando ella intuía que nos acercábamos al amor físico, trataba de rehuirlo. Al final había llegado a un completo escepticismo y trataba de hacerme comprender que no solamente era inútil para nuestro amor sino hasta pernicioso.

»Con esta actitud sólo lograba aumentar mis dudas acerca de la naturaleza de su amor, puesto que yo me preguntaba si ella no habría estado haciendo la comedia y

entonces poder ella argüir que el vínculo físico era pernicioso y de ese modo evitarlo en el futuro; siendo la verdad que lo detestaba desde el comienzo y, por lo tanto, que era fingido su placer. Naturalmente, sobrevenían otras peleas y era inútil que ella tratara de convencerme: sólo conseguía enloquecerme con nuevas y más sutiles dudas, y así recomenzaban nuevos y más complicados interrogatorios.

»Lo que más me indignaba, ante el hipotético engaño, era el haberme entregado a ella completamente indefenso, como una criatura.

»—Si alguna vez sospecho que me has engañado —le decía con rabia— te mataré como a un perro.

»Le retorció los brazos y la miraba fijamente en los ojos, por si podía advertir algún indicio, algún brillo sospechoso, algún fugaz destello de ironía. Pero en esas ocasiones me miraba asustada como un niño, o tristemente, con resignación, mientras comenzaba a vestirse en silencio.

»Un día la discusión fue más violenta que de costumbre y llegué a gritarle puta. María quedó muda y paralizada. Luego, lentamente, en silencio, fue a vestirse detrás del biombo de las modelos; y cuando yo, después de luchar entre mi odio y mi arrepentimiento, corrí a pedirle perdón, vi que su rostro estaba empapado en lágrimas. No supe qué hacer: la besé tiernamente en los ojos, le pedí perdón con humildad, lloré ante ella, me acusé de ser un monstruo cruel, injusto y vengativo. Y eso duró mientras ella mostró algún resto de desconsuelo, pero apenas se calmó y comenzó a sonreír con felicidad, empezó a parecerme poco natural que ella no siguiera triste: podía tranquilizarse, pero era sumamente sospechoso que se entregase a la alegría después de haberle gritado una palabra semejante y comenzó a parecerme que cualquier mujer debe sentirse humillada al ser calificada así, hasta las propias prostitutas, pero ninguna mujer podría volver tan pronto a la alegría, *a menos de haber cierta verdad en aquella calificación*.

»Escenas semejantes se repetían casi todos los días. A veces terminaban en una calma relativa y salíamos a caminar por la plaza Francia⁹ como dos adolescentes enamorados. Pero esos momentos de ternura se fueron haciendo más raros y cortos, como inestables momentos de sol en un cielo cada vez más tempestuoso y sombrío. Mis dudas y mis interrogatorios fueron envolviéndolo todo, como una liana que fuera enredando y ahogando los árboles de un parque en una monstruosa trama».

Esta forma de concebir la sexualidad entiende que la promiscuidad disuelve el amor, y está siempre atento a que el sexo no se convierta en mera ocasión de diversión y en pasatiempo.

El cuerpo absolutizado

También existe una tercera posibilidad: que uno no sea nada distinto al propio cuerpo. Puede no ser pensado así de forma expresa, pero sí puede quedar implícitamente aceptado este presupuesto. Es el caso de la cultura del *carpe diem*, de vivir el momento, sin proyectos ni planteamientos que trasciendan un pragmático «ahora y aquí, esto es lo que hay».

Si la corporalidad es todo lo que hay, habrá que estar atento a lo que pida: cuando pide más, darle más; cuando rechaza, rechazar. Él es el absoluto.

Resulta expresiva la llamada de atención que hace Kundera mediante el doctor Havel a una de sus enfermeras:

«Querida Alzbeta, no consigo entenderla. A diario anda usted metida en heridas infectadas, pincha arrugados culos de viejecitos, pone enemas, retira bacinillas. El destino le ha otorgado una envidiable oportunidad de comprender la corporalidad humana en toda su vanidad metafísica. Pero su vitalidad es incorregible. Su encarnizada voluntad de ser cuerpo, y nada más que cuerpo, es inamovible. ¡Sus pechos son capaces de restregarse contra un hombre que esté a cinco metros de usted! Ya me da vueltas la cabeza de los eternos círculos que describe al andar su incansable trasero. ¡Diablos, aléjese de mí! ¡Esas tetas tuyas están en todas partes, como Dios! ¡Hace ya diez minutos que debería haber ido a poner inyecciones!»¹⁰.

Es abundante la literatura que advierte y se revela contra la indignidad con la que se trata a la persona cuando ésta no hace respetar su cuerpo, o cuando la misma persona no mima la dignidad de su propio cuerpo exponiéndolo, que es un modo de comerciar con él. Pérez Reverte protesta con este artículo:

«Muchas veces me avergoncé de ser hombre. Las razones son diversas, pero no hay cosa que me saque más los colores que cierto tipo de rituales varoniles, charlas de barra de bar, actitudes a la vista de ejemplares del otro sexo. Fulanos que dan por supuesto que el mundo es un coto de caza y ellos los gallitos del corral. Miradas castigadoras que dicen aquí estoy, pequeña, siempre listo, dispuesto a hacerte esto y lo otro. A comerte los higadillos. Esas actitudes se dan tanto en individuos con viruta y poder, como en tiñalpas de medio pelo y en mierdecillas impresentables. He llegado a comprobar cómo hasta el animal de bellota más grosero y vil da por supuesto que toda mujer anda loca por sus encantos. También existe el solapado hipócrita disfrazado de misa diaria, de profesor bondadoso o de jefe comprensivo, que acecha el momento —académico, laboral— con la mirada huidiza de quien ni siquiera tiene el indecente valor, o la desvergüenza, de plantear la cosa por las bravas.

»Pero también mis primas, a veces, lo ponen fácil. Asumiendo el riesgo de que el Sindicato de Erizas en Pie de Guerra (SEPG) me ponga como hoja de perejil, diré que un depredador se extingue cuando no encuentra presas disponibles; pero el mundo está lleno

de cabritas esperando que se las coma el lobo. Eso hace que se confundan los papeles. También están las que, por necesidad —la supervivencia es un motivo tan legítimo como cualquier otro—, aceptan jugar en terrenos equívocos. Todo eso viene a cuento porque una amiga acaba de contarme su última entrevista de trabajo. A la mitad yo sabía cómo terminaba la historia. Y no porque sea demasiado listo.

»Imaginen el primer acto. Reunión de trabajo para conocer a futura colaboradora. Tres socios, charla empresarial, whisky. Ella, mujer con excelente currículum, que *necesita* ese trabajo, ha caído en la trampa desde el principio: vestida de niña bien, quiere estar guapa y agradar. Pide una tónica. Tras un par de whiskys, dos socios se despiden. Ella siente que el trabajo es suyo. El jefe le pide que se quede para ultimar detalles.

»Segundo acto. Ella aferra su tónica mientras el jefe inicia una serie de halagos hacia su persona: lo inteligente que es y la mucha clase que tiene. Lo lejos que puede llegar en la empresa. Ella empieza a sentirse incómoda, da sorbitos a la tónica. Al jefe el tercer whisky empieza a volverle la lengua pastosa, y su mirada se vuelve desagradable. De vez en cuando se le escapa la mano y le toca la rodilla. Todo muy paternal, pero ni los ojos ni la mano son los de un padre. Entonces ella comete el segundo error. Necesita ese trabajo, así que en vez de decirle a esa basura que vaya a tocarle la rodilla a su madre, se queda allí, soportándolo. Está segura de que puede con él. Cree que logrará mantenerlo en su sitio. Que si aguanta firme, conseguirá el maldito trabajo. De modo que permanece allí, con su trajecito y su bolso de niña bien, patéticamente agarrada a su vaso de tónica. Conteniendo las lágrimas de asco y vergüenza.

»Tercer error: ella no se ha ido todavía cuando el miserable cambia de táctica. Empieza a hacerle un cuestionario personal y termina desvariando sobre el sexo, mezclando el asunto con consideraciones sobre la existencia o la no existencia de Dios; porque él, eso quiere dejarlo muy claro, es creyente. Al poco rato pregunta si es lesbiana. Y ella no le estampa el vaso de tónica en la cara, por imbécil además de rijoso, sino que todavía aguanta allí, discutiendo el asunto. Por fin, convencido de que no hay nada que rascar, el fulano finaliza la entrevista. Te llamaré para el trabajo, promete. Por supuesto, no llamará nunca»¹¹.

A cualquiera repugna el comportamiento tanto del empresario como de la chica: «Algunos hombres son capaces de portarse como canallas, pero algunas mujeres son capaces de tragar lo intragable». Sin embargo, está de acuerdo con los presupuestos de quienes consideran que son sólo su cuerpo: quien admite que él es sólo su cuerpo, es libre de *comerciar* con él. Entonces, no importa entregarlo si de ese modo puede sacar partido. La protagonista de este artículo necesita el trabajo, y si dejarse tocar la rodilla puede ayudarle a conseguirlo, pues se deja tocar la rodilla. Yo soy sólo mi cuerpo, y lo uso como uso mi inteligencia o mi simpatía para lograr mis objetivos, ya sea optar por

un trabajo, pasármelo bien o liberarme del estrés. Nada me compromete, o mejor, nada compromete mi cuerpo. Entonces, como termina el artículo, «a la dignidad de cada cual corresponde establecer los límites».

CAPÍTULO 5

¿ES NECESARIAMENTE ASFIXIANTE EL MATRIMONIO?

Ceremonia o vínculo: he ahí la cuestión

La soledad del hombre es un tema complejo que, aunque está relacionado con el que nos ocupa, no podemos tratar ahora con detenimiento. De momento nos conformaremos con afirmar que el amor matrimonial es una de las formas de superación de la soledad.

«Éramos uña y carne. O, si lo preferís, un solo barco. El motor de proa se fue al garete —escribe C. S. Lewis ante la muerte de su mujer—. Y el motorcito de reserva, que soy yo, tiene que ir traqueteando a duras penas hasta tocar puerto. O, mejor dicho, hasta que acabe el viaje. ¿Cómo voy a poder alcanzar el puerto? Más que una orilla resguardada, lo que hay es una noche oscura, un huracán ensordecedor, olas gigantes que se te echan encima y el oscilar en el naufragio de cualquier luz que brille en tierra»¹.

Cuando falta el otro, la realidad de la unión constitutiva del matrimonio se levanta en gritos de dolor, en soledad irremediable, en desahogos íntimos que recorren con añoranza el mapa de los recuerdos.

Todo el libro de Miguel Delibes, *Señora de rojo sobre fondo gris*, es un viaje por el pasado tras la muerte de su mujer:

«La nuestra era una empresa de dos, uno producía y el otro administraba. Normal, ¿no? Ella nunca se sintió postergada por eso. Al contrario, le sobró habilidad para

erigirse en cabeza sin derrocamiento previo. Declinaba la apariencia de autoridad, pero sabía ejercerla. Cabía que yo diese alguna vez una voz más alta que otra pero, en definitiva, ella era la que en cada caso resolvía lo que convenía hacer o dejar de hacer. En toda pareja existe un elemento activo y otro pasivo; uno que ejecuta y otro que se allana. Yo, aunque otra cosa pareciese, me plegaba a su buen criterio, aceptaba su autoridad. A sus amigas solía aconsejarlas evitar los encuentros frontales, un sabio consejo. El aspecto formal de la lucha por el poder durante los primeros meses de matrimonio se le antojaba grotesco, por no decir de mal gusto. Creía que el hombre cuida la fachada, y declina la dirección: pero entendía que algunas mujeres ponían por encima de la autoridad el placer de proclamarlo, esto es, aceptaban el poder, pero sin ocultar cierto resentimiento. Por supuesto, ella era de otra pasta. Y si entre nosotros no hubo un explícito reparto de papeles, tampoco hubo fricciones; nos movimos de acuerdo con las circunstancias. ¿Si hubiese aceptado yo un segundo plano, trastocar los papeles, ella arriba y yo abajo, ella a la vista y yo detrás, en la penumbra? Nunca me lo planteé»².

Esa unión no se refiere sólo a una acertada y pacífica distribución de papeles. No es mera compenetración. Se trata de algo difícil de plasmar, pero presente en lo más anodino de la vida en común que discretamente presente, como el sol en la aurora, llena de paz y bienestar. Este recuerdo concreto de Delibes lo plasma adecuadamente:

«En las sobremesas, solíamos sentarnos frente a frente y charlábamos. Yo seguía en el yermo y estas pláticas me serenaban un poco. Asentía cuando ella me preguntaba si bajaban los ángeles, engañándola a sabiendas. Ella también intentaba engañarme diciéndome que se encontraba algo mejor que la víspera. En aquellas sobremesas, empleábamos palabras ambiguas, solapadas. Ninguno de los dos éramos sinceros pero lo fingíamos y ambos aceptábamos, de antemano, la simulación. Pero las más de las veces, callábamos. Nos bastaba mirarnos y sabernos. Nada importaban los silencios, el tedio de las primeras horas de la tarde. Estábamos juntos y era suficiente. Cuando ella se fue todavía lo vi más claro: aquellas sobremesas sin palabras, aquellas miradas sin proyecto, sin esperar grandes cosas de la vida, eran sencillamente la felicidad».

Así es. Cuando la muerte roba al amado, la ausencia del otro —como líquido de contraste— permite apreciar la omnipresente unión que acompaña al matrimonio, aunque la salpiquen interminables y tontos desacuerdos y disputas.

¿Desacuerdos y disputas? Sí. Así ocurre en la vida, y así lo recoge la literatura. El amor es compatible con esas experiencias que hablan de división y separación, de dualidad. La unión es indudable, como indudable es la dualidad que pervive tras el matrimonio. C. S. Lewis, después de referirse a lo estrechamente unidos que estaban en las últimas noches de vida de su mujer, puntualiza:

«Pero no, no tan unidos. Existe un límite marcado por la “propia carne”. No puedes compartir realmente la debilidad de otra persona, ni su miedo, ni su dolor. Lo que sientes

tal vez sea erróneo. Probablemente podría ser tan erróneo como lo que sentía el otro, y sin embargo desconfiaríamos de quien nos advirtiera que era así. De todas maneras seguiría siendo bastante diferente, en todo caso. Cuando hablo de miedo me refiero al miedo puramente animal, al rechazo del organismo frente a su destrucción, a un sentimiento sofocante, a la sensación de ser un ratón atrapado en una ratonera. Esto no puede transferirse a otro. La mente es capaz de solidarizarse con ello; el cuerpo menos. En cierto sentido, los cuerpos de los amantes son menos capaces todavía. Todos sus episodios de amor los han arrastrado a tener no idénticos, sino complementarios, correlativos y hasta opuestos sentimientos de cada uno con relación al otro.

»Nosotros dos lo sabíamos bien. Yo tenía mis miserias, no las tuyas; ella tenía las tuyas, no las mías. Y el final de las tuyas habría de dar paso a la llegada de las mías. Estábamos partiendo hacia diferentes rutas. Esta verdad velada, esta terrible regulación del tráfico (“usted, señor, por la izquierda”) marca precisamente el comienzo de la separación que supone la muerte misma»³.

Unión y dualidad. Entonces, ¿qué unión es la que proporciona el matrimonio? Esta cuestión, de importancia decisiva, no suele afrontarse de forma expresa en la literatura. Sin embargo, hay dos posturas muy distintas que implican desarrollos dispares en las narraciones. Lógicamente, se apoyan en el modo en que se hayan resuelto los conceptos tratados en los capítulos precedentes.

Cuando casarse es lo de menos, pero ya es demasiado

El pensamiento que se apoya en los conceptos de la filosofía moderna entiende la unión amorosa como algo independiente de la unión matrimonial. Esto es, el matrimonio es algo accidental, que ni suma ni resta al amor. Se identifica entonces —como ocurre hoy con frecuencia— el matrimonio con la ceremonia, la celebración y toda su parafernalia. ¿Cómo se entiende, entonces, la unión matrimonial? ¿En qué consiste la novedad —si es que ofrece algo nuevo a la unión del amor— de la unión específica del matrimonio?

Quizá la postura del pensamiento moderno acerca del matrimonio se pueda condensar en estas palabras: *el matrimonio es lo de menos, pero ya es demasiado*.

Efectivamente, en un planteamiento así, el matrimonio *es lo de menos*.

Cada uno es cada uno. A cada uno lo que más propiamente le constituye es su libertad, la capacidad de elegir y actuar de acuerdo consigo mismo. Uno ha decidido mantener una relación de amor con otro porque aquella relación le satisface y le hace sentirse bien. ¿Qué es lo que importa en todo esto? Que nos amamos —en el sentido «moderno» de la expresión— y que entre nosotros nos entendemos; que hemos pactado

unas condiciones; que estamos a gusto. Y resulta que... estando así las cosas, ¿para qué el matrimonio?

¿Qué sentido tiene, si lo importante ya lo tenemos nosotros solos? El matrimonio se entiende como oficialidad, como formas sin valor y sin más sentido que el de pasar por el aro de convencionalismos; lo malo es que esos convencionalismos han hecho nuestra cultura, y el derecho los exige —en algunos países— para gozar de ciertos beneficios.

La novela de Antonio Muñoz Molina, *En ausencia de Blanca*, es un buen exponente de esta mentalidad. Describe la relación de un matrimonio entre dos personas procedentes de ámbitos culturales bastante diversos: En el anillo de boda «[...] tenía grabada la fecha en que se conocieron, no la de la boda, porque los dos estuvieron de acuerdo (aunque la idea fue de Blanca) en que lo digno de conmemorar no es el oficialismo de una ceremonia, sino la rara mezcla de azar y destino del primer encuentro»⁴.

Se reduce el matrimonio al «oficialismo de una ceremonia». La reacción es clara: rechazo de lo institucional, valoración del amor en su libertad originaria. Es un rasgo aparentemente romántico, sorprendente en una cultura tan poco romántica. Digo aparentemente, porque a pesar del parecido, no es igual: la motivación es bien distinta.

Kierkegaard acusa a quienes así piensan de melancólicos: el desprecio moderno del matrimonio está motivado por el temor a que pueda llegar un momento en el que se pierda el gozo del momento presente. De esta forma —continúa el filósofo danés— la unión queda neutralizada por la cobardía y el egoísmo; permanecen todas las dificultades y falta la energía de la voluntad y la confianza del auténtico matrimonio.

A pesar de que el matrimonio sea lo de menos, sin embargo, ya *es demasiado*.

¿Por qué? Porque si el amor es algo subjetivo, su hábitat natural, donde vive, es la subjetividad; oficializarlo es objetivarlo. El matrimonio es introducir algo objetivo en la relación de amor. El matrimonio es un elemento oficial extraño al amor, que incluso atenta contra su pureza en la medida en que hipoteca la libertad —espontaneidad— futura. Introducir este elemento objetivo en el mundo subjetivo del amor puede originar conflictos en un futuro siempre incierto.

Se entiende que, entonces, la libertad —entendida casi siempre como libertad de elección o como cauce de la espontaneidad— quedaría atada, obligada en el futuro por una elección anterior. El matrimonio introduce el deber y la obligación, la necesidad... y ahí no es posible que perviva el amor; y, si sobrevive, será a pesar del matrimonio, por lo cual lo más sano para el amor es, en la medida de lo posible, olvidarse de él.

Si la pareja se entiende como átomos agrupados, lo único que vincula es nuestro acuerdo y la ley. Nuestro acuerdo es espontáneo y libre, siempre está en nuestra mano modificarlo según los momentos: por eso hablamos de agrupación, y no de vínculo. La ley sería algo extrínseco, ajeno a nuestra libre voluntad actual. Y no parece conveniente

introducir elementos coactivos a una relación libre. O, lo que es lo mismo, elementos objetivos en una relación subjetiva.

Cuando casarse transforma

La literatura también recoge otra forma de entender el matrimonio como algo más positivo y compatible con la libertad del amor.

Miguel de Unamuno, por ejemplo, valora positivamente el matrimonio. Él, que un 27 de diciembre ya había escrito que volvería «a casarse cien veces con la misma mujer y a vivir lo vivido», anota:

«El año pasado ha sido para mí fatal; se me ha cerrado con déficit, habiendo tenido que recurrir a oficios de un buen amigo por no deshacer mi seguro. Mis excursiones a Galicia y Andalucía, aunque me pagaron viaje y estancia, me costaron bastante. Pero este año se me presenta mejor. Tengo más sueldo y mis trabajos aumentan. Sin embargo, he observado que la serenidad y alegría de mi espíritu coinciden con los períodos de apuros pecuniarios. Luego está mi mujer, que por nada se acongoja, que guarda su niñez perdurable, que me alegra la casa y el corazón con su inalterable alegría, que es mi mayor sostén y el alba perfecta de mi vida. ¡Un alba, sí, que es lo más hermoso; no sale el sol que agosta y quema, pero nunca es noche!

¡Bendito el día en que me casé!»⁵.

La unión matrimonial no se reduce a un acto oficial y superfluo, algo externo al amor mismo entre los amantes. Más bien, el matrimonio es un hito importante y misterioso de la historia de un amor, exigencia del amor mismo, expresión y consumación de la unión.

Como la nuez no es su cáscara, el matrimonio no es el acto oficial en que se enmarca. El matrimonio es un vínculo, una misteriosa unión que se crea a partir de la libre voluntad de los contrayentes.

El «sí» que se dan los amantes, les transforma. El sí es un acto libre de la voluntad, por el que uno y otro aceptan el pasado —esa «rara mezcla de azar y destino»—, y aceptan el futuro, que a partir de ese momento quedará determinado por el *tú*. Aceptan la realización de un *nosotros* al que darán vida, y que será capaz de generar nueva vida.

La unión del vínculo surge ahí, aunque no destruye la dualidad. El vínculo existe, la unión está ya; pero también hay que realizarla. Quien ama no quiere ser ni vivir sin el amado. Uno sin el otro no quieren tener sentido. Desean la fusión.

«Los amantes no son ni deudores ni acreedores; están simplemente uno en el otro; sus confidencias no son comunicaciones que intercambian, sino actos de vida común. Los amigos se escancian el vino uno a otro; y cada cual lo bebe en su copa. Los amantes, empero, sacian su sed los dos en el mismo vaso»⁶.

La vinculación no viene por la ley, por los estamentos oficiales, por las ceremonias. En este modo de entender la relación de amor, aunque uno recibiese la disolución matrimonial o divorcio acreditado por la jurisprudencia unánime de cinco países, él sabe que el vínculo es intrínseco a su persona: después del sí, el *yo* ya no es el que era; queda vinculado, no se pertenece.

Es decir, la necesidad y obligatoriedad del amor no la introduce nada distinto al mismo «sí, te quiero». Es el mismo amor que se expresa con libertad mediante un «sí, quiero» el que se vincula, y al vincularse cambia, y al cambiar compromete su futuro.

Obligación y libertad se dan cita, entonces, en el mismo amor. Se entiende la observación de Hegel: el amor crea y resuelve al mismo tiempo la contradicción que encierra en sí.

Kierkegaard habla desde su propia experiencia:

«Mas como la esencia de todo amor es una síntesis de libertad y necesidad, también es eso lo que aquí sucede. El individuo se siente precisamente libre en esta necesidad, palpa toda su energía individual, se afianza cabalmente en la posesión de todo lo que él mismo es»⁷.

Y añade: «Para mí no es el deber un clima y el amor otro, sino que el deber me logra del amor un clima auténticamente atemperado y el amor me logra un clima auténticamente atemperado del deber, y esta síntesis es la perfección. [...] Sólo existe un deber, el de amar de verdad, con un movimiento íntimo del corazón, y el deber es tan proteico como el amor mismo, y proclama que es sagrado y bueno todo lo que brota del amor, y trueno contra todo lo que no nazca del amor, por muy bello y embaucador que sea».

Al mismo tiempo, ese vínculo se establece públicamente. Pero su existencia es independiente de su publicidad: el vínculo existe, aunque no se hiciese público. Dos naufragos perdidos en una isla desierta, si se entregan el uno al otro de acuerdo con lo que dicta un amor verdadero, establecen un vínculo, con todas las características propias de esa entrega. Sin embargo, manifestarlo socialmente tiene su sentido, dada la dimensión social del hombre, las repercusiones sociales del vínculo establecido y el servicio que merecen recibir quienes quedan vinculados ante la sociedad.

CAPÍTULO 6

¿QUÉ EXPECTATIVAS REALES OFRECE EL MATRIMONIO?

Experiencias para todos los gustos

La exquisita sensibilidad de la novelista Ángeles Mastretta recoge el encuentro de dos amigas de la infancia:

«Tía Pilar y tía Marta se encontraron una tarde varios años, hijos y hombres después de terminar la escuela primaria. Y se pusieron a conversar como si el día anterior les hubieran dado el último diploma de niñas aplicadas.

»La misma gente les había transmitido las mismas manías, el mismo valor, los mismos miedos. Cada una a su modo había hecho con todo eso algo distinto. Las dos de sólo verse descubrieron el tamaño de su valor y la calidad de sus manías, dieron todo eso por sabido y entraron a contarse lo que habían hecho con sus miedos.

»La tía Pilar tenía los mismos ojos transparentes con que miraba el mundo a los once años, pero la tía Marta encontró en ellos el ímpetu que dura hasta la muerte en la mirada de quienes han pasado por un montón de líos y no se han detenido a llorar una pena sin buscarle remedio.

»Pensó que su amiga era preciosa y se lo dijo. Se lo dijo por si no lo había oído suficiente, por las veces en que lo había dudado y porque era cierto. Después se acomodó en el sillón, agradecida por que las mujeres tienen el privilegio de elogiarse sin

escandalizar. Le provocaba una ternura del diablo aquella mujer con tres niños y dos maridos que había convertido su cocina en empresa para librarse de los maridos y quedarse con los niños, aquella señora de casi cuarenta años que ella no podía dejar de ver como a una niña de doce: su amiga Pilar Cid.

»—¿Todavía operan lagartijas tus hermanos? —preguntó Marta Weber. Se había dedicado a cantar. Tenía una voz irónica y ardiente con la que se hizo de fama en la radio y dolores en la cabeza. Cantar había sido siempre su descanso y su juego. Cuando lo convirtió en trabajo, empezó a dolerle todo.

»Se lo contó a su amiga Pilar. Le contó también cuánto quería a un señor y cuánto a otro, cuánto a sus hijos, cuánto a su destino.

»Entonces la tía Pilar miró su pelo en desorden, sus ojos como recién asombrados, y le hizo un cariño en la cabeza:

»—No tienes idea del bien que me haces. Temí que me abrumaras con el júbilo del poder y la gloria. ¿Te imaginas? Lo aburrido que hubiera sido.

»Se abrazaron. Tía Marta sintió el olor de los doce años entre su cuerpo»¹.

Así es la vida: apasionante y dura en su realidad diaria. Sin embargo, la juventud tiende a idealizar todo; también el amor. Mira el punto de partida y el de llegada, pero fácilmente elimina de su campo visual cada uno de los pasos que es preciso librar para recorrer ese trayecto. Unos pasos se dan acompañados del placer de una buena sombra, otros bañados en el sudor, unas veces ahogan las risas y otros los jadeos... Entre la explanada en que se deja el coche y la cima del monte habrá de todo, como habrá de todo entre el día en que la pasión enamorada nos arrebatara y el día en que pisamos la cumbre del amor verdadero.

No es infrecuente que el joven espere del amor una situación emocional duradera y estable. Pero las cosas no son así: el amor es algo mucho más interesante y complejo. No es una línea recta. No está entero y maduro en la mano desde el primer día. Algunos escritores han sabido reflejar con acierto esta realidad. Maruja Torres lo plasmaba con gracia en un artículo:

«Alguien aseguraba en una antigua película (Albert Finney a Audrey Hepburn, en *Dos en la carretera*) que, en un restaurante, se sabe que una pareja está casada porque no se dirige la palabra. Era una observación cínica y peyorativa, y yo creo que equivocada. Presuponía que el silencio era fruto del aburrimiento propio de la vida en común. Como sabemos, hay un montón de gente casada que no habla mucho entre sí debido a que los cónyuges se conocen muy bien y se sienten a gusto en silencio. Demonios, cómo me encanta ponerme positiva.

»Existe otra vía de comunicación matrimonial, la del gruñido, que no siempre significa que el dúo en litigio se odie. Es más: gozo de la amistad, larga en el tiempo y ancha en la ternura, de una pareja que siempre está discutiendo por nimiedades. Ello me

encanta, porque es señal de que siguen queriéndose, o a lo mejor de que se quieren más que nunca. El día en que no se farfullen mutuamente, me alarmaré. Y por eso no me meto en sus discusiones, en sus interminables consejos sobre dónde he dejado esto o he puesto lo otro, o por aquí no, gira a la derecha, siempre te equivocas, y ahora encima no encontraremos aparcamiento.

»Todo esto viene a cuento porque el otro día, en un aeropuerto internacional mientras hacía cola para facturar el equipaje, comprendí que no hay nada como una irritante espera ante un mostrador previaje aéreo para estimular, en clave de queja, el afecto de los matrimonios bien avenidos.

»—¿Estás seguro de que ese mostrador es el que nos toca? —pregunta ella, con irritación que viene de antes, posiblemente de haber hecho la maleta.

»—¿Por qué no te acercas y te aseguras tú que eres tan lista? —rebufa él, con rencor que sin duda procede de haber arrastrado la maleta.

»—Acuérdate del otro día, que si no llega a ser por mí nos ponemos en la cola de otra compañía.

»—El otro día, si no llega a ser *por mí* —gran énfasis—, habríamos perdido el autocar, el avión y el equipaje.

»—¡Ser puntual no lo es todo! ¡Hay que fijarse en dónde uno se pone!

»Esto, por lo que respecta a la pareja que se encontraba delante de mí. En cuanto a la que estaba detrás:

»—Yo creo que hubiera sido mejor que plastificáramos las maletas —ella—. Mira, esa señora lo ha hecho.

»—Su maleta no está reforzada con correajes ni cerrada con candado —él—. ¿Es que no lo ves?

»—Ya, pero imagínate que las abren y nos roban.

»—Imagina que nos las roban enteras, porque al verlas envueltas en plástico los ladrones comprenden que dentro llevamos algo muy valioso.

»—Pues ahí dentro va un pastón en ropa, guapo. Como tú no gastas en nada...

»—¿Y el carrito? —gime él de repente—. ¿Qué hacemos luego con el carrito? Porque no veo sitio para dejarlo.

»—¿Te quieres tranquilizar de una vez? ¿Me quieres dejar en paz con el dichoso carrito?

»En ese instante, la señora del matrimonio que me precede lanza un alarido:

»—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Esa fila corre más deprisa!

»Y sale zumbando hacia otro mostrador. El marido se mira las uñas. Diez minutos después, la mujer sigue clavada en su sitio y el esposo ya ha facturado. Llega mi turno, me dan la tarjeta de embarque y me retiro para ver qué les ocurre a los cónyuges que van después de mí. Nada del otro mundo: facturan y descubren que hay un lugar a su lado

especial para abandonar carritos.

»Más tarde, merodeando por las tiendas, me encontraré con ambos especímenes de desarmonía conyugal sólo aparente. Tomados los unos de la mano, los otros por la cintura, discuten a gritos, a propósito de qué es más conveniente comprar en la *duty free*, licor o perfume. Ya en el aire, noto que estoy contenta. No me cabe duda de que esa gente se quiere de verdad. Y resulta estupendo, tanto por mí como por ellos, que el avión no se caiga. Es un gusto escuchar el grito de uno de los hombres:

»—¿Otra vez a hacer pipí? ¿No te dije que pidieras pasillo?

»Seguido por el de una de las mujeres:

»—¿Después de tantos años, aún no sabes que sólo puedo volar en asiento de ventanilla? Anda, déjame pasar, y si viene la azafata pídele un zumo de tomate, pero sin sal ni nada, que siempre se te olvida».

El amor existe. Muchas parejas son muy felices después de muchos años de matrimonio. «No me cabe duda de que esa gente se quiere de verdad». Sin embargo, en sociedades en las que escaseen estos matrimonios victoriosos del amor, es lógico que los jóvenes se muestren escépticos ante el matrimonio como camino feliz. Además, las expectativas que ofrece el amor son muy diversas según se entienda lo que es el amor.

Nos detenemos en considerar las expectativas que se alzan según tres modos diversos de pensar: aquellos para quienes el hombre es *sólo biología*, aquellos para quien el amor es *una realidad sentimental* —subjetiva—, y aquellos para quienes el amor consiste en *la afirmación de un tú*.

Cuando no hay más que biología

Quienes conciben el amor como pasión ligada exclusivamente a la biología humana, tienen una respuesta de tipo químico, como recogía este artículo:

«¿Cuánto dura la pasión? Unos resisten toda la vida, otros apenas se soportan a la vuelta de su viaje de novios. A la vista del creciente número de divorcios cabe preguntarse si el amor ya no es lo que era o si se acabó aquello de mantener las apariencias. Entre unos y otros ya hay estudios que dan una explicación a los problemas de “las cosas del querer”. Según parece, lo que ocurre es que el amor cuenta con su propia trayectoria. Si bastan cinco minutos para que el olfato y las feromonas hagan enloquecer de pasión a una pareja, también son suficientes cuatro años para que se les rompa el amor sin remedio. Así lo asegura la bióloga norteamericana Helen Fisher, quien explica que pasado este tiempo la pasión se esfuma y muchos resisten por cuestiones éticas, sociales o económicas. Quienes lo hacen asisten al deterioro progresivo de su relación y el divorcio hace acto de presencia transcurridos unos doce

años de matrimonio. Claro que cada maestrillo tiene su librillo y hay quienes se declaran locamente enamorados tras varias décadas de convivencia. ¿Cuál será su receta?»².

Sin embargo, no es éste el único presupuesto que nos encontramos en la calle. Que los movimientos de amor y desamor vayan acompañados de actividades químicas, no cabe ninguna duda. Ahora bien, que todo el amor se reduzca a química... es otro cantar: quien haya amado tan sólo un minuto en toda su vida sabe que el amor juega en otra liga.

Cuando todo son condicionamientos

Otra posibilidad es considerar que el amor no tiene realidad fuera del ámbito subjetivo. Evidentemente, no podrá ser mucho más estable el amor que el estado de ánimo. La fragilidad de una emoción, la variabilidad del bajón o del subidón, la vulnerabilidad del entusiasmo y del aburrimiento... también acompañan, entonces, al amor. Cuando se llama amor tan sólo a un estado de satisfacción, el amor está condenado a cambiar a cada paso; y el matrimonio no puede consistir más que en la agrupación de dos que se sienten a gusto entre ellos.

Los novelistas que no ven en el matrimonio nada más allá que la agrupación de dos, reflejan en sus novelas la frustración que necesariamente llegará a quienes apostaron por este proyecto. El escritor de origen indio y premio Nobel en Literatura en 2001, V. S. Naipaul, por ejemplo, se manifiesta contundente: el matrimonio no sólo dificulta el amor, sino que lo imposibilita. Comentando su libro *Media vida*, afirma:

«... Es una condición universal de la vida. Todo el mundo cree que, encerrado dentro de él, hay otra persona que no está saciada ni totalmente satisfecha, que existe otra vida que podría haberse desarrollado si..., si esto o aquello. Desde luego, toda la gente casada acaba sintiéndose amargamente decepcionada. Piensa que podían haber sido posibles otras cosas. Todos los matrimonios son fracasos. Porque terminan en desilusión. Todos los matrimonios terminan en desilusión». Le preguntan: «Entonces, ¿lo que hace uno es controlar los daños?» Y responde: «Controlar los daños»³.

La agrupación tiene su razón de ser: compartir la vida puede presentarse como una necesidad irresistible y ofrecer ventajas en un momento determinado. Pero no cabe duda de que también supone una serie de limitaciones. Las limitaciones de mayor envergadura no son las que se refieren al ámbito de lo físico, de funcionamiento o de compatibilidad entre los dos, sino aquellas que dificultan la independencia, la afirmación personal de acuerdo con las propias conveniencias, las que condicionan la capacidad de elección, el desarrollo de la propia especificidad y autoconciencia al gusto de uno.

Si se determina el valor personal y el sentido de la propia existencia en relación con la capacidad de elección libre, si se considera que uno se realiza con sus actos —que

vale por lo que hace—, para alguien así el matrimonio supondrá necesariamente un encorsetamiento y limitación frustrante. Se entienda como se entienda el amor, ciertamente supone limitación o abandono de otras posibilidades, como lo expresa uno de los personajes femeninos de Mastretta:

«Cuando salió de la angustia propia de las sorpresas, la tía Cristian miró su anillo y empezó a llorar por sus hermanas, por su madre, por sus amigas, por su barrio, por la catedral, por el zócalo, por los volcanes, por el cielo, por el mole, por las chalupas, por el himno nacional, por la carretera a México, por Cholula, por Coetzálan, por los aromados huesos de su papá, por las cazuelas, por los chocolates rasposos, por la música, por el olor de las tortillas, por el río San Francisco, por el rancho de su amiga Elena y los potreros de su tío Abelardo, por la luna de octubre y la de marzo, por el sol de febrero, por su arrogante soltería..»⁴.

Siempre se abandona algo. La diferencia está en el lugar que ocupan estas limitaciones. El matrimonio entendido como la agrupación libre de dos átomos tiene que pagar el precio de autolimitarse por estar con el otro. Sin embargo, el matrimonio entendido como la creación de un *nosotros* será capaz de ver en lo que abandona realidades que ya no le hacen falta para su nuevo ser: no hay negación, sino afirmación de algo nuevo.

Además, el amor que empieza su historia con la fuerza de la pasión, pronto pasará a experimentarse con *otros* sentimientos. «Otros», lo que no significa que sean peores o inferiores, pero sí distintos. Quien reduzca el amor a pura subjetividad satisfecha, quien haga depender su relación amorosa de la primera satisfacción sentida, pronto recogerá en su subjetividad sensaciones distintas, que llevarán al desengaño y a la frustración como único final posible.

No puede ser de otro modo. Todo lo relativo a los sentidos y sentimientos es temporal, es momentáneo y pide la satisfacción inmediata. La verdadera eternidad en el amor no puede provenir de lo sensual, ni siquiera de lo sentimental, sino de la libertad que se entrega. Y es que... agruparse no cambia al *yo*: sólo cambia las circunstancias en las que vive. Pero la entrega libre sí transforma el *yo*, lo hace nuevo.

Las expectativas no son muy felices. Por «magia» comenzó el amor; cuando por «magia» deje de sentirlo, la opción será la resignada desilusión o el abandono de ese amor para buscar que se produzca la «magia» con otro.

Cuando es un proyecto desde la novedad

Por último, existe otro modo de entender el matrimonio; como en cada uno de los casos anteriores, siempre en dependencia de la forma de entender el *yo*. La literatura

también lo refleja magníficamente. Cuando el *yo* que ama es una persona, el amor es la unión real, entonces el matrimonio resulta ser un proyecto.

Las expectativas, entonces, son distintas: el matrimonio y el hogar son una *tarea*, el amor es algo real desde el primer día, pero desde el primer día está en proceso, en cambio; su naturaleza orgánica nace un día, crece bien o mal, puede enfermar y sanar, puede continuar o morir, admite debilidad y robustez...

El amor matrimonial está marcado, como todo, por la seriedad de la vida. Este realismo que lleva a definirlo a Octavio Paz como «flor de sangre».

Lo que conlleva el matrimonio «no son coqueteos de los primeros días del enamoramiento, ni ensayos de un erotismo experimental [...], se trata de la seriedad de la vida y, sin embargo, no de nada frío, ingrato, no erótico o no poético»⁵.

Los primeros sentimientos, si bien son transfigurados, no tienen por qué anularse.

El amor en su principio es abstracto, en el sentido de que apenas tiene historia y realidad. Debido a la rapidez de su encendimiento todavía no ha sido apropiado, la vida de la persona no lo ha hecho verdaderamente suyo, ese amor todavía no encierra historia. Con el tiempo vivido, la persona tendrá que hacerlo suyo, vida propia.

La vida de matrimonio es la que incorporará esa relación amorosa a la vida personal, no sólo como un don recibido, sino como conquista, como lucha que contiene la victoria. El matrimonio es un proceso de asimilación en el que se integra, día a día, el *tú* en el *yo*: «El matrimonio es una larga carrera de obstáculos en la que hay que aprender la forma de andar del otro sobre la marcha...»⁶.

Gozo y dolor acompañan en este proceso de asimilación. No se pretende que el sentimiento de satisfacción sea fijo e inalterable; lo único fijo es el *tú*, para el que uno vive definitivamente.

El amor hay que vivirlo. Su realidad del día a día quizá sea uno de los más difíciles retos con los que se encuentra la literatura, como reconoce Kierkegaard: «El amor romántico se deja representar a las mil maravillas en el momento, no así el amor conyugal; puesto que un esposo ideal no lo es simplemente quien lo sea una vez en su vida, sino el que lo es todos los días»⁷.

El amor es la unión libre de un *tú* y un *yo*. Al principio es sentida con toda intensidad, pero su realidad apenas se ha hecho vida. Realizar el amor supone escribir una historia. Como en toda historia, vivirá sus etapas, sus crisis, acompañados por sentimientos cambiantes.

Antes de terminar, una breve consideración.

La tragedia de una utopía

Gustave Thibon hace esta observación:

«Vespasiano decía al morir: “Siento que me vuelvo Dios.” Es lo mismo para todas las cosas creadas: se suben a la cabeza como ídolos cuando abandonan el cuerpo como principio de vida; su divinización es el primer síntoma de su agonía»⁸.

El amor del hombre es el de un ser encarnado, con todas sus limitaciones. La ingenuidad resulta dañina. Al hablar del amor matrimonial y de las expectativas que ofrece es preciso tener muy presente que los implicados en ese amor están sujetos a las limitaciones inherentes a la realidad de este mundo.

«¿Quién no advierte enseguida el elemento radical de tragedia que existe irremediabilmente en todo amor? La amistad es una forma de vida que escasea, sin duda, pero que en principio puede realizarse. El amor, en cambio, pretende un imposible; y lleva en su seno un germen inextinguible de dolor y de tragedia. Porque esa confusión total y exclusiva entre los amantes es algo que contradice en su raíz misma la esencia de la vida. La vida es individual y la persona impenetrable. Y esa superación de la dualidad yo-tú, con que sueñan los amantes, dirige, sin duda, los afanes y da sentido a las dilecciones; pero constituye un fin que la condición de la vida humana no puede de ningún modo lograr. El amor, como forma de vida, es algo que los amantes quieren, pero que nunca obtienen. Siempre les parece poca la compenetración; siempre se les antoja incierta e insuficiente la identificación. En todo amor existe un fondo de inquietud, de duda, de angustia. [...] esa confusión de las almas existe sólo como una aspiración, pero sin realidad lograda.»⁹.

El amor se mueve dentro de las coordenadas trazadas por el binomio *utopía y desencanto*. El amor matrimonial es un ideal irrenunciable, una exigencia insuprimible para quien la decide para sí, aunque su realización *plena* no sea posible encontrarla hasta el final: nunca es suficiente la unión alcanzada, siempre se desea que sea mayor.

«Quienes creen que el encanto es algo fácil, son fáciles presas de cinismo reactivo cuando el encanto revela sus grietas o deja de manifestarse. En el desencanto, como en una mirada que ha visto demasiadas cosas, se da la melancólica conciencia de que el pecado original ha sido cometido, de que el hombre no es inocente y el yelmo de Mambrino es una bacía. Pero se da también la conciencia de que el mundo de vez en cuando es tan encantador como el Edén, de que los hombres débiles y malvados son también capaces de generosidad y amor, de que un cuerpo efímero y mortal puede ser amado con pasión y el yelmo de Mambrino, aun inencontrable, refleja su resplandor en las cazuelas oxidadas. El desencanto es un oxímoron, una contradicción que el intelecto no puede resolver y que sólo la poesía es capaz de expresar y custodiar, porque dice que el encanto no se da pero sugiere, en el modo y el tono en que lo dice, que a pesar de todo existe y puede reaparecer cuando menos se lo espera. Una voz dice que la vida no tiene sentido, pero su timbre profundo es el eco de ese sentido. Fue la ironía de Cervantes, que

desenmascaró el fin y la torpeza de la caballería, la que expresó la poesía y el encanto de la caballería»¹⁰.

El amor se entiende, entonces, como un proyecto.

Y el espíritu con el que afrontarlo, deberá ser esperanzado, con la ilusión de acometer una tarea que vale la pena. Sirve el consejo que Rilke da en una de sus obras:

«Entonces, querido señor Kappus, no debe asustarse si se levanta ante usted una tristeza tan grande como nunca haya visto otra; si hay una intranquilidad, como luz y sombra de nube, que pasa por sus manos y por toda su actividad. ¿Por qué quiere excluir de su vida ninguna intranquilidad, ningún dolor, ninguna melancolía, si no sabe lo que esas situaciones producen en usted? ¿Por qué quiere perseguirlas preguntando de dónde viene todo eso y adónde quiere ir a parar? Pues usted sabe que está en transición y no querría cosa mejor que transformarse. Si algo le es molesto en sus procesos piense, sin embargo, que la enfermedad es el medio con que un organismo se libera de lo extraño; no hay más que ayudarle a estar enfermo, a tener toda su enfermedad y a que haga crisis, pues ése es su progreso. En usted, querido señor Kappus, ocurre ahora mucho; debe tener paciencia como un enfermo y confianza como un convaleciente; pues acaso sea usted lo uno y lo otro. Y más aún: usted es el médico que tiene que vigilarse. Pero en toda enfermedad hay muchos días en que el médico no puede hacer más que aguardar. Y eso es lo que debe usted hacer, sobre todo ahora, en cuanto que es su propio médico.

»No se observe demasiado. No saque consecuencias demasiado rápidas de lo que ocurre; déjelo ocurrir sencillamente. Si no, llegará muy fácilmente a mirar su pasado con reproches (esto es: moralmente), su pasado que, naturalmente, forma parte de todo lo que ahora le ocurre»¹¹.

Sí: paciencia. Un proyecto formidable que necesita las armas del entusiasmo y la paciencia.

Cualquier buen amante lo admitirá: en esta vida, amar lleva la tortura en sus entrañas, ya que ansía una fusión imposible de realizar mientras el cuerpo y la edad le precinten en su individualidad. Al mismo tiempo, cualquier buen amante lo admitirá: el amor es lo que alegra sus entrañas, ya que transforma esta realidad dura y contingente permitiendo que brille en cada nimiedad la belleza y trascendencia que ponen en contacto con lo sublime. Así de apasionante y contradictorio resulta esto de amar.

CAPÍTULO 7

DECÁLOGO PARA NOVELES EN EL AMOR

(Antes de leer, estudie atentamente las páginas anteriores).

Un decálogo, en el sentido amplio de enumeración de principios, es un concentrado que —de ordinario— requiere cierta preparación y, en este caso, no debe ingerirse sin leer antes el prospecto explicativo precedente. El decálogo obliga a sintetizar y lleva de la abstracción a la situación concreta. Acerca del amor podrían enunciarse miles de miles de principios... Aquí escribo unos cuantos que responden a situaciones hoy frecuentes.

Dos advertencias. Primera: no tiene unidad en su conjunto ni pretende ser completo en ningún sentido. Segunda: justificar las afirmaciones sería un trabajo extenso, pero sus presupuestos teóricos se encuentran en la interpretación del amor que he expuesto en las páginas de este libro y en las del que escribí hace unos años, *Construir el amor. Etapas, crisis y sentimientos* (editorial Martínez Roca).

El amor es como el pan: si no es del día, se queda duro

Cada día hay que volver a amar. No se puede vivir de las rentas. Si no afirmo cada día, con palabras y hechos, que le amo, el corazón se endurece.

En amor sólo hay dos calificaciones: sobresaliente o suspenso

Hay un amor y muchos sucedáneos. La naturaleza del amor es tal que sólo se puede amar dándolo todo, y sin exigir correspondencia. En amor, los sucedáneos son más baratos pero no funcionan.

La relación que te hace mejor es buena; la que te hace peor es mala

Cuando se aprecia al otro, es bueno que surja el deseo de darle el mejor yo: «No quiero darme así de defectuoso», «Él se merece más». No es malo que aparezca cierto sentido de indignidad, pues significa que apreciamos el valor sagrado de la intimidad que nos acoge. Ésta es la fuerza que hace que queramos mejorar libre y eficazmente: entregar al otro algo más valioso, menos indigno. Se crea así una sinergia que necesariamente mejora.

El aire de los pulmones del amor es la confianza: sin ella, se ahoga

Es mejor estar dispuesto a ser engañado que negar al otro la confianza. Al principio, puede parecer que se pierde; al final, vence la bondad.

En el noviazgo se debe conocer si el otro es digno de mi confianza. No significa pasar todo por alto: cada uno debemos exigir que se nos respete. Pero respetar al otro implica no dudar de él, de su intención.

Quien bien te quiere, te hará llorar. Quien mal te quiere, te hará flotar

No se trata de hacer llorar por capricho, sino porque lo exige el crecimiento. No se trata de crear ocasiones difíciles al otro, sino de no evitar las que surgen: se le enfrenta con la realidad, y se le ayuda. Si no le gusta estar con determinadas personas, o si prefiere estar conmigo saltándose su horario de trabajo, o si le resulta arduo ver a un familiar enfermo, o le disgusta que dedique tiempo a amigos... son situaciones en las que necesita de mí para ser capaz de asumirlas; darle mi blanda compasión no le hace mejor. Quiere mal quien en lugar de acompañar mientras el otro pisa el terreno, le ayuda a vivir flotando sobre la realidad, sin enfrentarse a las cosas.

En boca cerrada no duran los amores

Es esencial llevar al día la verdad. De otra manera, se acumula y se hace una bola que no hay garganta que pueda tragarla. Ser sincero es el medio para llevar lo que habita mi intimidad hasta la suya, y para traer la suya hasta la mía. Hablar y escuchar, para tratar de comprender.

Sin embargo, ser sincero al cien por cien se trata de una actividad inteligente: por ejemplo, radiar la interioridad como se radia un partido de fútbol puede ser contraproducente. Algunos datos pueden desinformar o confundir.

El amor dominante no es amor, eso es posesión

El único dominio que conoce el amor es el sometimiento voluntario que suscita la entrega del otro. Las estrategias de dominio son siempre desgraciadas. El amor da alas, no tiende cadenas. La única cadena que conoce es la coacción que supone el amor incondicional recibido.

Entre amantes, mandar es pedir por favor

La naturaleza del amor necesita la libertad. El amor se ha embrutecido si necesita manifestar, explícitamente o con amenazas, sus deseos. Aunque sea más lento, no es bueno romper con esta norma del amor.

Lo que no subas hoy, lo subirás mañana... con más kilos

El noviazgo es un tiempo formidable de la vida que, como las monedas, tiene cara y cruz. Subir a la cima en el amor exige una dolorosa purificación del *yo*, purificación de todo lo que no me permite amar mejor. Afirmar el *tú* significa negar el propio *yo* en muchos aspectos para ser capaz de crear el *nosotros*. Tarde o temprano, hay que pasar por esta lenta purificación. Por eso, no importa sudar en el noviazgo: al subir esas rampas nos conocemos mejor y también al otro; además, se hace con la libertad del que no se ha comprometido definitivamente.

«Jugar a novios» daña seriamente la salud del corazón

Ser novios supone una etapa de relación entre dos personas que consideran posible unir sus vidas en un futuro y se abren paulatinamente para conocerse y confirmar o desechar expectativas. Salir con una persona porque gusta, durante un tiempo —un verano, hasta que me canse, mientras dure una circunstancia... — es jugar. Si uno de los dos va en serio, terminará herido por quien está jugando. Puede no estar mal jugar a novios si los dos están de acuerdo en que eso es lo que hacen y, entonces, no se confían su intimidad. Pero ¿y si dan a pesar de estar jugando? En tal caso, las supuestas manifestaciones de amor pueden ser fingimiento, imitación o indiscreción, y entonces endurecen, vician o hieren.

Yo puedo deformar mi visión de la realidad, pero la realidad no se deforma

La realidad no se deja manipular. Si una persona no me conviene, por más que quiera convencerme de que es la mejor para mí, seguirá sin convenirme. Y el tiempo dará la razón a la realidad, no a mi montaje mental.

El noviazgo no es una heroica obra de caridad

Declarar que el otro me necesita, que me da pena, que se moriría sin mí... no es criterio para establecer o continuar el noviazgo. Ayudar al otro no es ni puede convertirse en el objetivo *exclusivo* de la relación. Por el bien de los dos, uno debe elegir... el mejor complemento para los años de su vida. Cuando hay compromiso... ya es otro cantar.

Cualquier complicidad entre amantes es pan para hoy y hambre para mañana

La complicidad para el mal acaba desuniendo. El entendimiento entre amantes es tan grande que resulta fácil que se comparta la atracción del mismo mal. Aunque uno mucho hacer el mal juntos, hacerlo cogidos de la mano no hace bueno lo malo; y lo malo, como es mentira, termina por desunir. Cualquier complicidad es un bumerán que, aunque se pierda de vista, acaba volviendo y golpeando a sus autores... Ser cómplice en algo es introducir una mina en la relación que, tarde o temprano, explotará. Así se explican los odios superlativos a quienes estuvieron tan unidos... incluso para el mal.

El cuerpo, como la sal, debe ajustarse a cada plato

Es verdad que la atracción física en muchos casos es la que despierta el proceso amoroso, pero pensar... «enganchado lo tendré», «más mío será»... es una estrategia peligrosa. Aunque el cuerpo sea cebo para picar, usarlo para «alimentar el bicho» es contraproducente. Cada etapa de la relación exige su adecuada y verdadera relación corporal. Medir el amor por la cantidad de cuerpo que se da... no es acertado. La máxima entrega física no es *la* mejor manifestación del amor; la mejor es la que sea verdadera. Si en vez de manifestar el amor con el cuerpo, se usa éste como arma, se engaña con el cuerpo. Lo mejor no es la máxima entrega física, sino la máximamente verdadera, la entrega física adecuada a la relación.

Quien lleva la cama a la plaza, fácilmente te reemplaza

Lo que rodea a la donación plena de los amantes se vive desde lo más hondo e íntimo de la persona. La intimidad aireada que no duele habla de una relación todavía impersonal. Posibles diagnósticos:

- 1) no hay núcleo íntimo que salvaguardar,
- 2) no se tiene nada que dar en exclusividad.

Conclusión: las intimidades fuera de la intimidad no son intimidades. La intimidad pública es contradictoria: ciertos arrebatos amorosos en mitad de la calle son tan incoherentes como un secreto a voces.

ATREVIMIENTOS

Con este título de «Atrevimientos» añado una parte con la que querría incitar al lector a enfrentarse con algunas películas, novelas y ensayos.

Sé que el primer atrevimiento es el mío, ya que cualquiera podría proponer otras creaciones formidables acerca del amor... pero dos motivos me hacen *atrevido* en esta ocasión: uno, que pretender el listado perfecto me paralizaría, ya que no sería capaz de ofrecer la mejor de las listas; dos, que yo lo he pasado muy bien viendo, leyendo y pensando lo que propongo.

ATRÉVETE A VER

Antes del amanecer

Año: 1995 | Duración: 101 min. | País: Estados Unidos | Director: Richard Linklater | Reparto: Ethan Hawke, Julie Delpy

Tras un desengaño amoroso, el protagonista emprende un viaje de evasión. Veinticuatro horas de trato y conversación despierta en ambos el amor. Una película fresca en la que se muestran con acierto la naturalidad con la que surge un amor, los contrastes de la personalidad masculina y femenina, y abundantes críticas a los lugares comunes acerca del amor en la sociedad occidental. Sugerente. Guión e interpretación magistrales, que hacen pasar más de una hora con una sonrisa en los labios.

Secretos de un matrimonio

Año: 1973 | Duración: 168 min. | País: Suecia | Director: Ingmar Bergman | Reparto: Liv Ullmann, Erland Josephson, Bibi Andersson

Cómo precipita una historia de amor envidiable de puertas afuera. Parece sólida, pero sus cimientos y levantamiento deberían presentar alguna falla. Ella descubre un involuntario servilismo; él, cretino, no es capaz de reconocer nada. El director, siete veces casado, vuelca experiencias que narra con sutileza y fuerza:

«Tardé dos meses en escribir estas escenas y toda una vida en experimentarlas». Dura de ver, pero apasionante al fin. Es una de esas películas que van creciendo en el interior de uno en la medida en que la deja reposar.

Comprométete

Año: 2002 | Duración: 114 min. | País: Italia | Dirección: Alessandro D'Alatri | Reparto: Stefania Rocca, Fabio Volo, Gennaro Nunziante

Moderna creación, con la belleza propia de un director italiano (su título original resulta más comercial: *Caso mai!*). La película filma la boda de una joven pareja, que se promete fácil y difícil. En ella pesa ser hija de separados, y la inseguridad le acompaña en todo momento. Las dificultades, ¿unen o separan? Comportamientos convenientes para el trabajo y en apariencia insignificantes para la pareja, merman la relación. Una película en la que resulta fácil sentirse identificado, que grita la necesidad de la ayuda de los cercanos. Plantea problemas, no cierra las soluciones.

Fácil de ver, bonita, invita a comentarla después de vista con unos y con otros.

Un corazón en invierno

Año: 1992 | Duración: 105 min. | País: Francia | Director: Claude Sautet | Reparto: Emmanuelle Béart, Daniel Auteuil, André Dussollier

El miedo a los sentimientos, a la falta de autonomía y al compromiso «huelan» el corazón del protagonista, que corta obcecadamente una relación amorosa. El trabajo resulta ser la trinchera de un egoísta que no quiere exponerse a la vulnerabilidad del enamorado. Este formidable duelo entre pasión y frialdad puede ser un espejo en el que cada espectador se vea reflejado. ¿Hasta qué punto vale la pena hacernos violencia por

mantenernos distantes de lo que supone entrega? La historia se desarrolla entre buena música y excelentes diálogos. El *savoir-faire* francés que sabe calar en unos personajes excelentemente caracterizados.

Onegin

Año: 1998 | Duración: 102 min. | País: Gran Bretaña | Directora: Martha Fiennes | Reparto: Ralph Fiennes, Liv Tyler, Toby Stephens

Un clásico del romanticismo. El amor de juventud que no culmina en matrimonio, pero que no muere. Median otros amores oficializados, y la espera de la viudez para el reencuentro. Imagen y sonido acompañan para disfrutar con la pasión del amor y el lujo.

Tú y yo

Año: 1957 | Duración: 115 min. | País: EE.UU. | Director: Leo McCarey | Reparto: Cary Grant, Deborah Kerr, Cathleen Nesbitt

Un elegante vividor y una bella cantante de un club nocturno se conocen a bordo de un lujoso transatlántico y surge entre ellos el amor. Aunque ambos están comprometidos (ella es la amante de un magnate y él se va a casar con una rica heredera), los dos se hacen una promesa antes de abandonar el barco: encontrarse en el Empire State Building en un plazo de seis meses si siguen sintiendo lo mismo el uno por el otro...

Cuestiones como el valor del amor y el compromiso están reflejadas en este magnífico *remake* del filme rodado por el propio McCarey en 1939.

París-Texas

Año: 1984 | Duración: 144 min. | País: EE. UU. | Director: Wim Wenders | Reparto: Harry Dean Stanton, Nastassja Kinski

Una historia de amor «rota» que rompe al marido hasta que no vuelve sobre su pasado para reconciliarse con la verdad de lo ocurrido. La verdad antropológica de que el hombre es relación, exige que buscarse a sí mismo signifique buscar (y rehacer) la relación con su hijo y con su mujer. Su profunda reflexión exige en el espectador cierta madurez y sensibilidad.

Sentido y sensibilidad

Año: 1995 | Duración: 135 min. | País: EE.UU. | Director: Ang Lee | Reparto: Emma Thompson, Kate Winslet, Hugh Grant

Las dos fuerzas que entran en la experiencia amorosa —razón y corazón, sentido y sensibilidad— están representadas por las dos hermanas protagonistas. Muestra cómo se da primacía a una sobre otra, o a la otra sobre la una, y sus consecuencias. Una buena muestra de cómo en el amor lo que se hace bien, aunque parezca que va mal, acaba bien; y lo que se hace mal, aunque parezca que va bien, acaba mal.

El hombre elefante

Año: 1980 | Duración: 125 min. | País: EE.UU. | Director: David Lynch | Reparto: Anthony Hopkins, John Hurt, Anne Bancroft

Una formidable narración basada en la historia verídica novelada por Christine Sparks, en la que se muestra las limitaciones que puede presentar el cuerpo para reflejar el alma. Una especie de la bella y la bestia, un conflicto de hermosura y fealdad, una convivencia de la inocente y sublime capacidad de amar con la dificultad de mostrarlo. De enorme interés para conocer la riqueza y dignidad del corazón humano. En momentos resulta dura, en momentos emocionante.

Cyrano de Bergerac

Año: 1990 | Duración: 135 min. | País: Francia | Director: Jean-Paul Rappeneau | Reparto: Gérard Depardieu, Jacques Weber, Vincent Pérez, Anne Brochet

Clásica y formidable adaptación al cine de la obra de Edmond Rostand. Un amor casi prestado para agradar a la amada. Aprecio y donación absoluta, aceptación de todo lo que viene de la amada, incluso de su rechazo, hacen feliz al verdadero amante. Amor y sufrimiento se dan la mano. Bella en todos sus elementos.

Deseando amar

Año: 2000 | Duración: 95 min. | País: Hong Kong | Director: Wong Kar-Wai | Reparto: Tony Leung, Maggie Cheung, Rebecca Pan, Liu Chum

Una moderna historia de traición e infidelidad. El director, Wong Kar-Wai, cuida la

belleza de los elementos formales del filme, y con sutileza oriental muestra las pasiones y sufrimientos que acompañan al desamor.

Breve encuentro

Año: 1945 | Duración: 85 min. | País: Gran Bretaña | Director: David Lean | Reparto: Celia Johnson, Trevor Howard

El gran director de películas como *Doctor Zhivago*, *Lawrence de Arabia* o *El puente sobre el río Kwai*, narra la historia de la infidelidad afectiva de alguien bueno que ha permitido que la rutina entre en su matrimonio. Aunque en un primer momento pueda verse con cierta frialdad o distanciamiento —filmada en 1945, vestuario, música y fotografía no actuales— no tarda uno en darse cuenta de su cercanía y su modernidad. La infidelidad, que comienza por un hecho corriente que casi pasa inadvertido, da paso a la mentira consciente. La voz en *off* de la protagonista narra cada uno de los pasos de este angustioso camino. Encierra gran riqueza psicológica y un extraordinario conocimiento del alma femenina (en este sentido, similar a *Infiel*, de Ingmar Bergman). No hay que confundirla con otra del mismo título, de Alan Bridges, 1974.

ATRÉVETE A LEER

Romeo y Julieta, William Shakespeare

Un clásico imprescindible acerca del amor, un amor que pretende vencer incluso a la muerte.

El libro de los amores ridículos, Milan Kundera

Recopilación de relatos más o menos breves. Resulta sorprendente el conocimiento

de la psicología humana que muestra el autor, siempre lejano a simplificaciones. Algunos de los relatos terminan en grandes escenas eróticas que, en la intención del autor, son filosóficas. En el primer capítulo de este libro he recogido fragmentos de un par de relatos. Siempre plantea comportamientos aparentemente intrascendentes que afectan a cuestiones fundamentales. De gran carga antropológica, siempre implícita.

El diablo en el cuerpo, Raymond Radiguet

Apasionante novela escrita en 1923, cuando R. Radiguet tiene diecisiete años. Extraordinaria exposición del amor adolescente, donde celos, amor, cuerpo, libertad, fidelidad, falsedad, curiosidad, placeres aburridos y placeres placenteros... son vividos por los jóvenes, esos «animales rebeldes al dolor», en palabras del autor. Refleja bien los móviles y las causas de una conducta censurable.

El primer amor, Ivan Turguenev

La joven y bella Zenaida enamora a sus vecinos, padre e hijo. Sin embargo, ella no ama: sólo juega al amor. Capricho e independencia determinan el modo de amar de esta distinguida protagonista. Otros también son atraídos por ella, de esos solterones que juegan al placer y pierden su dignidad. Una obra de 1860 que continúa siendo moderna.

Señora de rojo sobre fondo gris, Miguel Delibes

Un delicioso recuerdo de su mujer, ya muerta. La historia real de un amor. Recoge tantos momentos íntimos y cotidianos que, considerados desde su ausencia, se revelan grandiosos y únicos. El fondo gris de lo cotidiano y los sinsabores de la enfermedad, es el lienzo sobre el que la pluma de Delibes da los brochazos que dibujan el perfil de su mujer y de su vida en común.

La voz a ti debida, Pedro Salinas

Colección de poemas que ayudan a descubrir el *tú*, pieza irreductible, palabra que es sólo referencia, pronombre que desnuda al amante, puerta de cualquier vivencia a la que se quiera llamar amor.

Ardiente secreto, Stefan Zweig

Copio del mismo libro: «Se encontraba en esa edad decisiva en la que una mujer empieza a lamentar el hecho de haberse mantenido fiel a un marido al que al fin y al cabo nunca ha querido, y en la que el purpúreo crepúsculo de su belleza le concede una última y apremiante elección entre lo maternal y lo femenino. La vida, a la que hace tiempo parece que se le han dado ya todas las respuestas, se convierte una vez más en pregunta, por última vez tiembla la mágica aguja del deseo, oscilando entre la esperanza de una experiencia erótica y la resignación definitiva. Una mujer tiene entonces que decidir entre vivir su propio destino o el de sus hijos, entre comportarse como una mujer o como una madre. Y el barón, perspicaz en esas cuestiones, creyó notar en ella aquella peligrosa vacilación entre la pasión de vivir y el sacrificio».

En nombre de la Tierra, Vergílio Ferreira

Un anciano decide recordar su pasado con Mónica, su mujer, enferma que no se vale por sí misma. Considera «la sobrecogedora epifanía del propio cuerpo, envilecido ahora y antaño transcendente, cuerpo sustancial como la tierra, absoluto y sexual, única posesión en donde el hombre se vive a sí mismo y por el que intenta abarcar todo lo demás».

Cristina, hija de Lavrans, Sigrid Undset

Trilogía narrada por una voz femenina que trata las tres edades del amor. Locura e impulso de la adolescencia y juventud son las fuerzas que mueven la primera parte; la madurez protagoniza la segunda; enfermedad y muerte, la tercera. Ambientada en la Noruega del siglo XIV. Su autora recibió el premio Nobel de Literatura en 1928.

La dama del alba, Alejandro Casona

Breve obra de teatro que muestra, mediante la joven protagonista, la ingenuidad con la que se desea el enamoramiento, y los sufrimientos que le acompañan desde el primer momento.

El velo pintado, W. Somerset Maugham

«A veces, el viaje más largo es la distancia entre dos personas». Esta novela inglesa del siglo XX recoge acertadamente la experiencia femenina del amor, de la pasión, del adulterio y del afán de redención. Ayuda a un mayor conocimiento de uno mismo, del otro, de las relaciones humanas y, sobre todo, de la gran estafa de la educación de la mujer burguesa. Recientemente ha sido llevada a la pantalla por Edward Norton y Naomi Watts.

ATRÉVETE A PENSAR

Los cuatro amores, C. S. Lewis

Un repaso sencillo y profundo acerca de las cuatro relaciones de amor entre personas: afecto, amistad, eros y caridad. Sugerente.

La llama doble, Octavio Paz

Un interesante recorrido por la historia y las civilizaciones en relación con el eros y el amor. No pretende un ordenado y plano repaso académico, sino un análisis de las fuerzas del eros, cómo se han entendido y pervertido en cada etapa. Su lenguaje es a la vez poético y comprensible, aunque de gran intensidad. Analiza también el problema actual en torno al amor: el olvido de la persona.

Cuando el amor no es romance, Jean Guitton

Un sencillo y breve ensayo en el que propone que el amor sigue un ritmo de tres tiempos: «Conocer primero, sufrir después y conocer otra vez de manera profunda y apacible hasta que el amor sea total y duradero. Y no sólo romance».

Amor líquido, Zygmunt Bauman

Estudio actual de un sociólogo de prestigio internacional. Los cambios radicales del mundo globalizado afectan a la condición humana y a la forma de entender el amor, uno de los fundamentos de la civilización. Los criterios comerciales se aplican a la relación amorosa, y se procura el círculo cuadrado de pretender vivir juntos y separados al mismo tiempo, esto es, gozar del amor eterno y evitar las exigencias del compromiso. Interesante, de lectura no fácil.

Construir el amor, José Pedro Manglano

Con perdón, por incluirlo en la lista... Intenté hacer un ameno ensayo de carácter antropológico. En él se repasan las etapas, las crisis y los sentimientos que acompañan la experiencia amorosa. Resulta fácil encontrarse a uno mismo en estas páginas, entendiendo dónde nos hallamos, cómo hemos llegado hasta ahí y cómo seguir para construir una buena historia de amor.

El amor: de Platón a hoy, Alfredo Álvarez Lacruz

Una visión panorámica de cómo se ha conceptualizado el amor a lo largo de la historia de Occidente, desde Grecia hasta nuestros días. Ordenado y asequible. Interesante también para conocer las raíces del amor según la modernidad.

Eloísa y Abelardo, Étienne Gilson

«Pedro Abelardo es una figura original y sorprendente; un espíritu inquieto del siglo XII, famoso tanto por su pensamiento como por su vida. Este lógico y teólogo de la escolástica medieval vivió con intensidad tanto el éxito y el reconocimiento intelectual y social, como las más duras humillaciones y calamidades que le acaecieron tras su relación con la joven Eloísa. La correspondencia que mantiene con Eloísa es el tema

principal de estudio de Étienne Gilson. Para clarificar los motivos antropológicos y teológicos de aquellos desdichados amantes, recurre no sólo al epistolario, sino a los mismos escritos de Abelardo. Lo que está en juego, según Gilson, es, en primer lugar, el sentido del matrimonio y la donación del uno al otro; en segundo lugar, la determinación del puro amor y la moral de la mera intención que no cuenta con las obras».

Deus caritas est, Benedicto XVI

Este catedrático alemán convertido en Papa nos ofrece un análisis formidable, profundo y asequible, del eros y el ágape en la historia. La naturaleza del amor no ha sido conocida por los hombres de manera sencilla: las etapas de este descubrimiento nos las expone, recogiendo críticas, aciertos y desaciertos. Eros y ágape son los centros en esta concepción elíptica del amor, donde el eros inicial necesita purificarse convirtiéndose en ágape. San Juan y Nietzsche son los primeros citados en un escrito que resulta apasionante, fruto maduro de las reflexiones de uno de los mayores intelectuales de nuestro tiempo.

Saber amar con el cuerpo, Mikel Gotzon Santamaría

Breve y sencillo ensayo antropológico, en el que con sentido común se abordan cuestiones profundas acerca de la relación de amor.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Capítulo 1

¹ Milan Kundera, «El falso autoestop», en *El libro de los amores ridículos*, Tusquets, 7.^a ed., Barcelona, 2003.

² Luis Landero, *Juegos de la edad tardía*, Tusquets, 5.^a ed., Barcelona, 1997.

³ Milan Kundera, ob. cit.

⁴ Kundera Milan, «Eduard y Dios», en *El libro de los amores ridículos*, Tusquets, 7.^a ed., Barcelona, 2003.

⁵ Ernesto Sabato, *El túnel*, Cátedra, 26.a ed., Madrid, 2002.

⁶ Luigi Pirandello, «Cada cual a su manera», en *Seis personajes en busca de autor. Cada cual a su manera. Esta noche se improvisa*, Cátedra, Madrid, 1998.

Capítulo 2

¹ Liev Tolstoi, *Diarios (1847-1894)*, El Acantilado, Barcelona, 2002.

² Vergílio Ferreira, *En nombre de la Tierra*, El Acantilado, Barcelona, 2003.

³ J. Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, Salvat Editores, Barcelona, 1985. Stendhal es un romántico del siglo XIX, deudor de Rousseau en algunos pensamientos, como en este del papel de la imaginación, con su poder de idealizar el objeto.

⁴ Milan Kundera, «La dorada manzana del eterno deseo», en *El libro de los amores ridículos*, Tusquets, 7.a ed., Barcelona, 2003.

⁵ Jean-Jacques Rousseau, *Emilio*, Maucci, Barcelona, 1913.

⁶ Allan Bloom, *Amor y amistad*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, pp. 102-103.

⁷ Octavio Paz, *La llama doble*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1997.

⁸ Fiodor Dostoievski, *Humillados y ofendidos*, Editorial Juventud, Barcelona, 1999.

⁹ C. S. Lewis, *Una pena en observación*, Anagrama, Barcelona, 1994.

¹⁰ Raymond Carver, *Si me necesitas, llámame*, Anagrama, Barcelona, 2001.

¹¹ Raymond Carver, «¿Qué queréis ver?», en *Si me necesitas, llámame*, Anagrama, Barcelona, 2001. Es curiosa la importancia que cobra, también en esta obra, este tipo de saludos: «Bueno, no nos olvides. Y buena suerte», «Y que os vaya muy bien».

Capítulo 3

¹ Ernesto Sabato, *El túnel*, Cátedra, 26.ª ed., Madrid, 2002.

² Søren Kierkegaard, *Dos diálogos sobre el primer amor y el matrimonio*, Guadarrama, Madrid, 1961.

³ Albert Camus, *El extranjero*, Alianza/Emecé, Madrid, 2003.

⁴ Vergílio Ferreira, *En nombre de la Tierra*, El Acantilado, Barcelona, 2003.

⁵ C. S. Lewis, ob. cit.

⁶ Vergílio Ferreira, ob. cit.

⁷ Marisa Madieri, *Verde agua*, Minúscula, Barcelona, 2000.

⁸ Sándor Márai, *La herencia de Eszter*, Salamandra, Barcelona, 2000.

⁹ Vergílio Ferreira, ob. cit.

¹⁰ Liev Tolstói, *Diarios*, El Acantilado, Barcelona, 2002.

¹¹ Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Suhrkamp, Frankfurt, 1986.

Capítulo 4

¹ Octavio Paz, *La llama doble*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1997.

² Albert Camus, ob. cit.

³ Chitra Divakaruni, *El nombre de las estrellas*, Ediciones B, Barcelona, 2002.

⁴ C. S. Lewis, ob. cit.

⁵ Vergílio Ferreira, ob. cit.

⁶ Octavio Paz, ob. cit.

⁷ Vergílio Ferreira, ob. cit.

⁸ Ernesto Sabato, ob. cit.

⁹ Plaza Francia: plaza cercana al cementerio de la Recoleta.

¹⁰ Milan Kundera, «El doctor Havel al cabo de veinte años», en *El libro de los*

amores ridículos, Tusquets, 7.a ed., Barcelona, 2003.

¹¹ Arturo Pérez-Reverte, «Tú vales mucho», artículo de *El Semanal*, 12 marzo de 2000.

Capítulo 5

¹ C. S. Lewis, ob. cit.

² Miguel Delibes, *Señora de rojo sobre fondo gris*, Destino, Barcelona, 1993, pp. 41-42.

³ C. S. Lewis, ob. cit.

⁴ Antonio Muñoz Molina, *En ausencia de Blanca*, Seix Barral, Barcelona, 2000.

⁵ Citado en «Miguel de Unamuno y la esperanza desesperada», en *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Charles Moeller, tomo IV, Gredos, Madrid, 1960.

⁶ Manuel García Morente, «Ensayo de la vida privada», en *Encuentro*, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filosofía, Madrid, 2002.

⁷ Soren Kierkegaard, *Dos diálogos sobre el primer amor y el matrimonio*, Guadarrama, Madrid, 1961.

Capítulo 6

¹ Ángeles Mastretta, *Mujeres de ojos grandes*, Seix Barral, Barcelona, 1995.

² *El Semanal*, número 753.

³ *El País*, «Babelia», 1 de marzo de 2003.

⁴ Ángeles Mastretta, ob. cit.

⁵ Soren Kierkegaard, ob. cit.

⁶ Chitra Banerjee Divakaruni, *Los nombres de las estrellas*, Ediciones B, Barcelona, 2002.

⁷ Soren Kierkegaard, ob. cit.

⁸ Gustave Thibon, *La crisis moderna del amor*, Fontanella, Barcelona, 1976.

⁹ Manuel García Morente, ob. cit.

¹⁰ Claudio Magris, *Utopía y desencanto*, Anagrama, Barcelona, 2001.

¹¹ Rainer Maria Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.



JOSÉ PEDRO MANGLANO

José Pedro Manglano es sacerdote, profesor universitario, doctor en Filosofía, teólogo y escritor. Desde hace más de diez años dirige Planeta Testimonio. Los jóvenes son el centro de su trabajo. Vive en un colegio mayor universitario.

Es el creador de “Showing Foundation”, una fundación dirigida a jóvenes de todo el mundo, que promueve la conciencia social y solidaria con actividades internacionales y promociona actividades artísticas que ayuden a hacer de los jóvenes buenas personas.

Uno de los autores de libros espirituales más leídos, con más de un millón de ejemplares vendidos y más de treinta títulos publicados.

Con la convicción de que las nuevas tecnologías tienen mucho que aportar, es asimismo autor de ocho aplicaciones que superan el millón de descargas de sus episodios.

+ info www.manglano.org

Índice

EL AMOR Y OTRAS IDIOTECES	2
INTRODUCCIÓN	5
1. TODO DEPENDE DEL YO CON QUE SE MIRE	8
2. ¿QUÉ ES LO QUE AMAS CUANDO DICES QUE AMAS?	26
3. EL SIROPE NO HACE PAREJA	39
4. EL CUERPO: ¿CARNE O MISTERIO?	47
5. ¿ES NECESARIAMENTE ASFIXIANTE EL MATRIMONIO?	58
6. ¿QUÉ EXPECTATIVAS REALES OFRECE EL MATRIMONIO?	64
7. DECÁLOGO PARA NOVELES EN EL AMOR	73
ATREVIMIENTOS	78
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS	88
AUTOR	91